

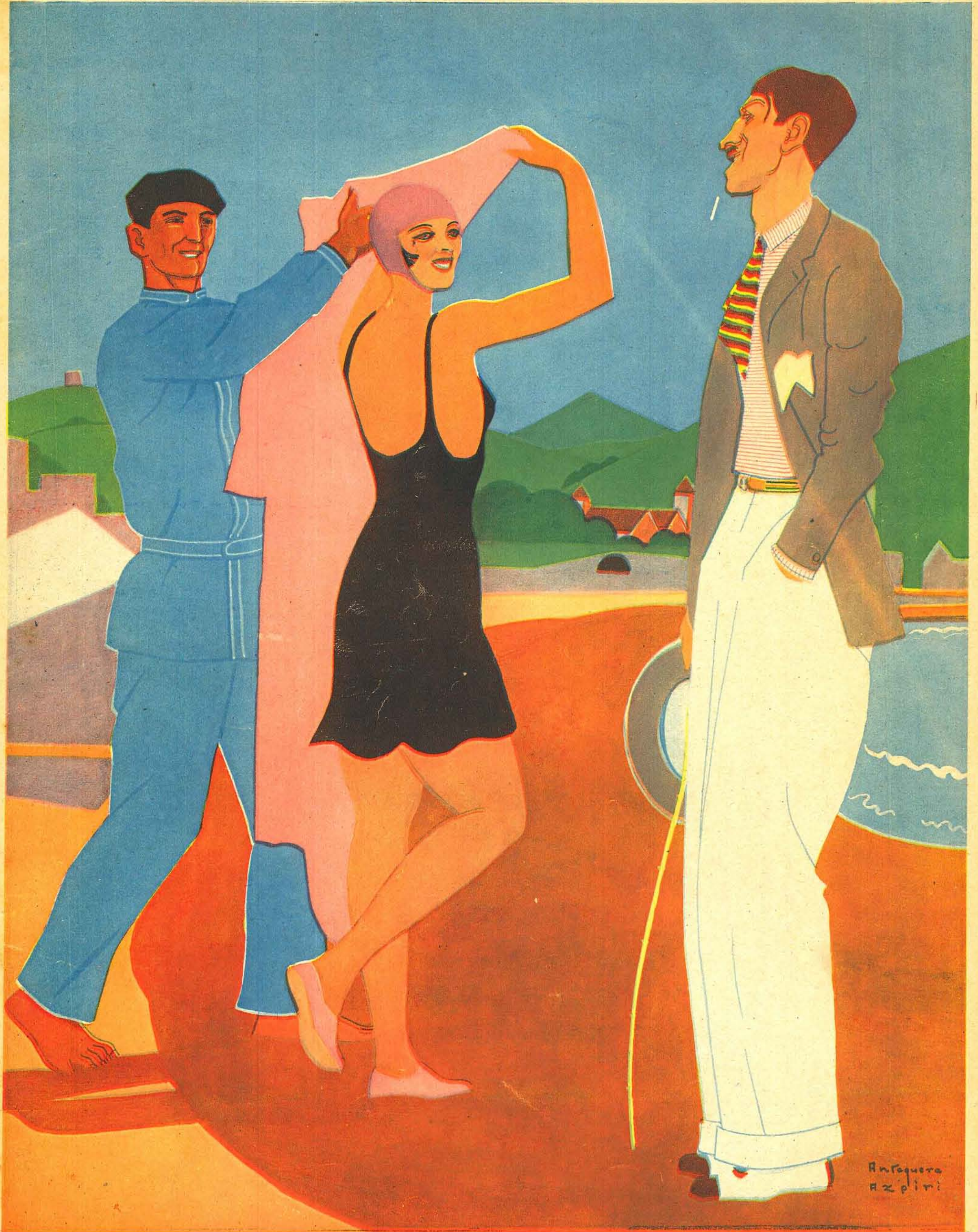
LA NACION

REVISTA SEMANAL

AÑO I

BUENOS AIRES 16 DE MARZO DE 1930

NÚMERO 37



ESPECIAL PARA LA NACION

POR ANTEQUERA AZPIRI.

EL TRITÓN

MILES DE PESOS SACRIFICADOS

Los avisos en "LA NACION" están sujetos a una rigurosa censura que rechaza gran número de ellos cuya publicación podría causar daño o pérdida a los lectores o cuya estética ofendería el buen gusto de los mismos.

Sacrificando de este modo decenas de miles de pesos anualmente, "LA NACION" no solamente defiende los intereses de sus lectores sino también los de sus avisadores, manteniendo inmaculadas sus columnas y conservando intacta la alta confianza que se deposita en todo lo publicado en este diario.

DERECHOS CIVILES

Por ERNESTO EDUARDO MARCHESE

ELLA—(Sin interrumpir su tarea). ¿Querías hablarme?

EL—Sí. Ya sabes de qué.

ELLA—Escucho.

EL—(Una pausa). He de darme el placer de trabar relación con el autor de esa ley.

ELLA—¿Para qué? Si es soltero, dirás que lo hizo porque nada perdería; si casado, porque su mujer es pobre o él suficientemente rico para no temer los efectos del arma que creó.

EL—¡Del arma! Has dicho bien... es un arma, esa ley, en manos de la mujer... Un arma que puede ser de dos filos y que de todas maneras es un arma en manos de mujer... Un arma que tú esgrimes después de sei años de ser felices.

ELLA—Sobre todo tú.

EL—¿Tú no has sido feliz?

ELLA—Yo me atrevería a intercambiar un "casi", si no te ofende.

EL—Nunca lo demostraste.

ELLA—A las mujeres nos gusta guardarnos nuestros secretos, que aunque sean pequeños, por ser secretos son siempre grandes para nosotras.

EL—Cabal. Nunca sabe decidirse la mujer a considerarse feliz en absoluto... porque siempre tiene a mano una pena que la hace un poco mártir.

ELLA—Será que somos previsoras, y nos preparamos por lo que pueda ocurrir.

EL—Y cuando esa pena no existe, se la crea.

ELLA—No soy una cerebral, felizmente. No dirás que invento.

EL—No inventas, bueno; pero te afanas en descubrir.

ELLA—Lo que se descubre, existe.

EL—La infamia de mi vida, por ejemplo...

ELLA—No he calificado de tal manera tu conducta.

EL—No fué necesario.

ELLA—Es cierto. Te adelantas a hacerlo. (Hay una pausa, durante la cual el semblante de ella se ha ensombrecido. Luego reanuda el discurso con mal disimulada emoción). Habría dado diez años de vida por no llegar a esto... No creas que no alcanzo lo deprimente de la situación. Para ti, que te sientes juzgado...

EL—... Acusado...

ELLA—... y para mí que me toca juzgarte... Doblemente para mí, porque me ha correspondido el ingrato papel del juez y porque el... acusado, como dices, eres tú.

EL—¿Te ves salpicada por el lodo?... ¡Diablos, creo que exageras!... ¡Vaya con las bondades de la malhadada ley esa!

ELLA—Tiene cuando menos la de ofrecernos un punto de apoyo.

EL—Bien dicho. Con ella, la mujer moverá el mundo.

ELLA—Para mí, mi mundo es esta casa. Por otra parte, muchas veces te dije lo que te digo ahora; nunca me atendiste.

EL—¿Quiere decir que si hoy lo hago es porque pesa sobre mi cabeza la espada de esa ley; que lo que no quise hacer por convencimiento, por afecto, lo hago ahora por temor?

ELLA—Porque esa ley te lleva a la realidad. Esa ley de derechos civiles de la mujer me ofrece una tutela, un amparo de que antes carecía. Hasta hoy no había sido más que una mujer que pide algo, razonable o no, al marido.

EL—Ahora eres la mujer que exige, porque se siente fuerte, protegida, defendida contra su marido, que es el enemigo... Hay momentos en que la educación, la categoría, molesta; este es uno de esos momentos; pero me con-

Cuarto de vestir de una mujer joven y bella. DELIA, cuyos gloriosos treinta años resplandecen en sus ojos pardos, grandes y serenos y en la seda pálida de su piel tan suave como la seda del kimono azul que viste. MAXIMO, su marido, dos o tres años más que ella. Guapo muchacho; tal vez demasiado guapo. Ella está sentada delante del gran espejo cuadrado de su mesa de tocador. El un poco atrás, a un costado de su mujer. Al hablar, cada uno se dirige a la imagen que del otro lado se reproduce en la límpida superficie del cristal. En ciertos momentos la cara de él asoma por encima de un hombro de ella, como si fuera besarla. Atardecer de un dorado día de Otoño.



ILUSTRACION DE ERNESTO M. SCOTTI

formaré con decir que hasta ahora había mantenido la ilusión de que lograría corregir el estado de nuestras finanzas. Ello se hace cada día más difícil y tú precipitas las cosas. Sea, ya que nada dicen para ti, seis años de matrimonio y dos hijos.

ELLA—Por esos mismos hijos es que me he decidido a preocuparme del dinero que queda.

EL—Dinero. Siempre traté de evitar esa palabra entre nosotros... y la encuentro ahora en tus labios.

ELLA—Con lo que demuestras que tienes más temor a las palabras que a los hechos.

EL—¿Volverás a acusarme de despilfarros y de imprevisión?

ELLA—Te hago la gracia de no acusarte sino de eso.

EL—¿De qué más podrías hacerlo?

ELLA—Ahora seré yo quien evite las palabras.

EL—Haces mal.

ELLA—Máximo: bien sabes que lo sé... No se gasta el dinero como lo gastas tú, en diversiones entre hombres exclusivamente.

EL—En diversiones y en negocios que fallan.

ELLA—¡Negocios! Adquisición de caballos de carrera. Eso fué siempre y siempre será juego y no otra cosa... Juego perfeccionado, si quieres, pero no tanto que no se pierda, que si no no sería juego.

EL—Son negocios, Delia, que pueden ser malos negocios y que para mí lo fueron. Pero reconoce al menos, que siempre te agradó la vida que llevamos.

ELLA—Ni me agrada ni me disgusta. Es la que llevé siempre, aparte de que mi deber era acompañarte.

EL—De cualquier manera vengo a quedar yo como culpable único.

ELLA—Tú dirás qué debí hacer.

EL—Dí tú lo que he debido hacer.

ELLA—¡Oh, es sencillo! Si hubieras repuesto los fondos que tan rápidamente se evaporaban, no se habría producido este descenso... a pesar de la vida que llevamos.

EL—Repetidas veces he querido demostrarte que no he tenido suerte.

ELLA—¿Lo ves? ¡La suerte es necesaria en el juego! ¡En el trabajo basta la perseverancia!

EL—¡Vaya! ¿Quieres que reconozca que no he sabido ganar dinero; que soy un inepto en ese menester? Complácida: lo reconozco.

ELLA—Los que no saben ganarlo, lo ganan no gastándolo.

EL—No gastando no habríamos podido vivir decentemente.

ELLA—Siempre se vive de manera decente cuando no se gasta más de que lo que se puede.

EL—Eso lo dices cuando adviertes que la bolsa está vacía.

ELLA—Y no la rellenas.

EL—Mi conciencia está tranquila. Traté de hacerlo.

ELLA—Por el juego.

EL—Por los negocios.

ELLA—Volvemos al punto donde estábamos recién.

EL—Recapacitemos. ¿Quieres que nos tomemos un plazo?

ELLA—¿Sobre el principio de mi cambio de propósitos? No.

EL—Delia: te colocas al borde de la separación.

ELLA—Tengo la sensación de que estoy donde debo estar.

EL—Llegas a un paso de lo peor: de lo que no tiene remedio.

ELLA—“Llegas”... Hemos llegado, debieras decir, a donde teníamos que llegar por ese camino, del que no has querido apartarte.

EL—No es mejor el que eliges tú.

ELLA—Cuido el porvenir de mis hijos.

EL—Son también míos.

ELLA—No lo olvido: tú sí.

EL—Fuí el primero en recordarlos.

ELLA—Para lo que los recuerdan siempre los hombres: para reducir a silencio a la madre.

EL—Te vuelves cínica. Pretendes demostrar que el recuerdo de los niños no te conmueve.

ELLA—Eso es una blasfemia en boca de un hombre honrado.

EL—Antes que el dinero, prefieres perder el marido y el padre... Que tus hijos tengan dinero... aunque no tengan padre.

ELLA—Quieres arrojarme injuriándome.

EL—Hasta ahora he sido el de más aplomo de los dos.

ELLA—Lo necesitarás para defenderte.

EL—Eres niña. Mi conciencia, ya lo dije, está tranquila.

ELLA—Bien. ¡Terminemos!

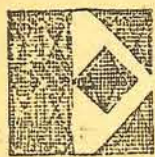
EL—Se diría que me expulsas.

ELLA—Parece que también a ti te agrada sentirte mártir.

EL—En fin: la única solución es la que planteas.

ELLA—Creía, lo confieso, que ante

(Continúa en la pág. 38)



N pocos minutos hemos dejado atrás la deliciosa Torbole, a orillas del lago de Garda. No era sin cierta pena que hace un momento contempláramos por última vez ese mar de aceite rodeado de montañas. Desde la ventana del hotel, una brisa apenas fresca castigando nuestros rostros, aquella vista calma tenía el encanto necesario para disponernos optimistas en la jornada a emprender. El cielo, de un amarillento cada vez más fuerte, definía en el espacio la línea oscura de esos picos que reflejaban en el tranquilo lago. En la orilla, al pie del hotel, entre las plantas del jardín muy verde, los primeros bañistas de ese día que anunciaba radiante el sol filtrado entre las montañas muy altas. Algunas mujeres, el cuerpo cubierto de quién sabe qué líquido, esperando pacientemente el color bronceado que desean a su piel. Todo es calmo y grandioso. De vez en cuando el eco de alguna voz o el trepidar de un motor que ha revolucionado un instante las aguas. Lástima que la distancia a recorrer hasta Cortina d'Ampezzo sea tan larga. A través de los Alpes Dolomitas, por una ruta llena de pendientes, deberemos andar el día entero para, al anochecer, llegar a esa ciudad perdida entre las montañas, allá donde Italia deslinda casi sus fronteras con Austria.

Confiados en la potencia de un Fiat rodamos ahora rumbo a Trento. La carretera, serpenteando precipicios, ofrece a sus costados la naturaleza más hermosa. En frente, las faldas están cultivadas. Sorprende la variedad de tonos de esos cuadritos de tierra trabajados. Diversidad de verdes increíbles. Según nos cuentan, en otras épocas del año todo ello se cubre de nieve.

El automóvil devora kilómetros. Como salpicadas entre tanto verde, casitas muy blancas escalonadas en la montaña. Temperatura otoñal. Cada tanto la carretera que se corta para continuar luego de alguna pequeñísima aldea de casas milenarias, donde las calles en pendiente y de pavimento irregular son tan estrechas, que el ciclista marchando en sentido contrario debe apearse y buscar refugio en algún porcón si quiere llegar a destino.

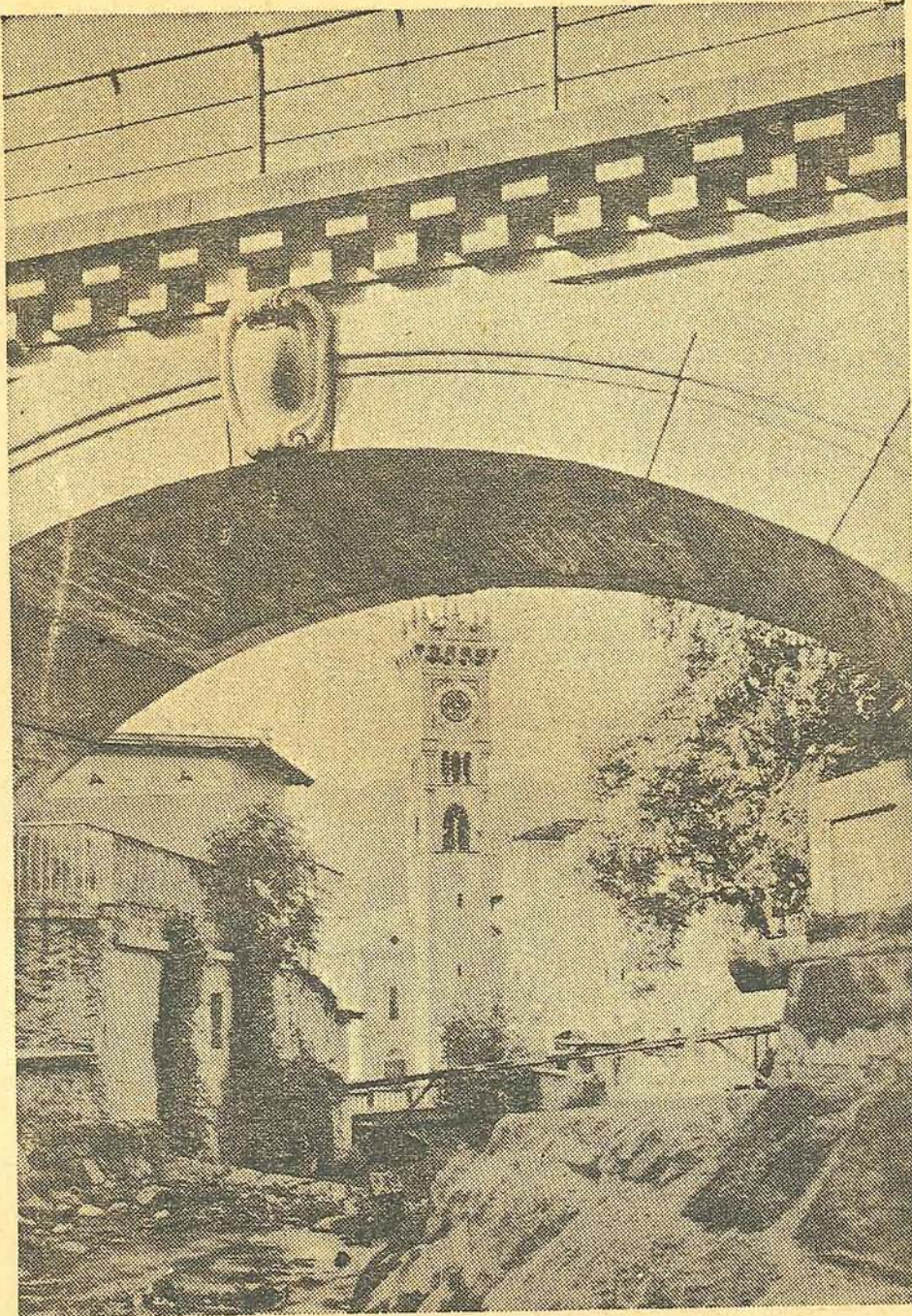
Ahora las montañas están cubiertas de pinos, más allá un valle cultivado que desde la altura asemeja a una cancha de golf. La vertiente, que recorre lo que la mano del hombre ha querido que riegue, parece un hilo de plata. Todos son panoramas risueños. El encuentro de algún vehículo primitivo que transporta la cosecha nos obliga a aminorar la marcha. Los hombres y mujeres son robustos y rosados.

A medida que avanzamos por esa carretera, donde cada curva ofrece alguna nueva vista fascinadora, es curioso notar cómo se van haciendo menos frecuentes los síntomas de religiosidad extrema legendarios en el pueblo italiano. Esos pequeños altares que cual nidos de hornos junto a un pozo, se alzan cada tantos metros al borde de los caminos en toda la península, son aquí más raros. Los pocos aun visibles tienen el poste que los sostiene en posición de descuido y las flores que adornan la imagen protectora de la región están marchitas. ¿Será que nos acercamos a la frontera de Austria, con sus costumbres distintas? Sin embargo, los niños muy rubios que contemplan nuestro paso saludan a la manera fascista.

Un carro de ruedas pequeñas obstruye el camino. El burro que lo arrastra está empacado y de nada valen los oficios de aquella mujer para entrarlo en razón. Impasible recibe el castigo que le aplica el inmenso brazo armado de una rama. Nuestras buenas maneras tampoco convencer al animalito. Luego de un rato, dócilmente y por propia cuenta, hecha a andar cuesta arriba. El descanso merecido que no le quisieron dar optó por tomarlo a las buenas o a las malas. Inconvenientes de la tracción a sangre. Aquí no se conoce más que el carro que a veces tira una yunta de buyes, y la bicicleta.

Continuamos la marcha. La carretera, siempre admirable, a mil metros de altura, como cruzando un valle. Pienso en las velocidades que desarrollarían en ella nuestros Buccis y Riganis.

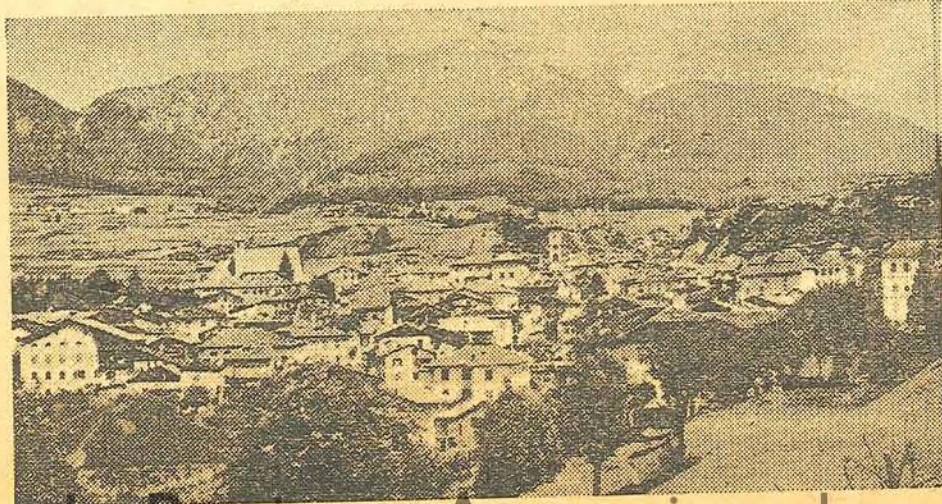
Llevamos andados no pocos kilómetros cuando la vista de una "pensione y albergo" nos recuerda que estamos en ayunas. Promesa de tentador menú italiano. Desde el comedor de esa mansión tan poco concurrida se domina la más grandiosa de las vistas. Para el buen hombre que, gracias a la colaboración de mujer e hijas, puede sostener los gastos de hotel tan solitario,



Cortina d'Ampezzo
Un aspecto de la ciudad

VISIONES DE ITALIA DE TORBOLE A CORTINA D'AMPEZZO Por ALBERTO BULLRICH

Cortina d'Ampezzo
Vista general



Chenier" con Pertile. Plaza con hermoso monumento a Dante y el infaltable "duomo" de líneas romanas del año 1515.

La mecánica del automóvil no ha previsto el escalonamiento de las montañas con los inconvenientes de tantas curvas y los cambios bruscos de temperatura. Por ello el camino se hace ahora más dificultoso.

Trento a las espaldas, caminamos rumbo a Cavalese. Los panoramas se renuevan incesantemente. Las montañas se tornan aquí más importantes y por ello el alpinismo tiene ya sus fieles. De tanto en tanto, cuatro gruesos zapatos que arrastran dos hombres pertrechados a lo tarjeta postal. Diseminados en las montañas hay algunos refugios para los que deben atravesar la región en tiempo de invierno. Construidos de madera en forma de chalet, esos refugios dan un poco de vida a lo que empieza a ser tan frío y solitario.

Bruscamente la naturaleza se torna de nuevo abundante y variada. Valles cultivados y muy verdes, pueblos aquí y allá. Cuesta creer que un mes más tarde desaparezcán bajo el uniforme blanco de la nieve. Llegamos al valle de Fiemme. Cavalese está ahí con sus casas rústicas en ambas márgenes. Delicioso rincón rodeado de montañas más altas.

Ascendiendo de nuevo, el espectáculo de aquella ciudad es hermoso. Comprendemos ahora la finalidad de la compañía de ómnibus de Trento. Pero ésta no debe ser la época de visitar estas regiones, pues en todo el camino no hemos encontrado uno solo de esos carromatos que imaginamos cargados de pintorescos turistas norteamericanos.

Poco a poco la naturaleza va perdiendo su juvenil hospitalidad. Subimos cada vez más y el sol baja rápidamente. A pesar de la temperatura otoñal hasta allí disfrutada, debemos echar mano de los más gruesos abrigos. El panorama se reduce de golpe al parabrisa del automóvil. Andamos por entre nubes. Montañas y más montañas. Al detenernos frente a un puesto que vende recuerdos de la región, nos informan que estamos a 2500 metros sobre el nivel del mar. Provisto yo de sendas tarjetas postales y mi compañero de un cenicero para completar la colección con uno adquirido en cada alto del camino, reanudamos la marcha. Hace frío. La naturaleza se torna agresiva. Las montañas son de piedra y la severidad de sus líneas parecen talladas por el hombre. Pocas casas y ninguna vegetación. ¡Espectáculo grandioso!

Las horas corren. El sol se va perdiendo tras las montañas coincidiendo con la naturaleza de nuevo más alegre. Todo aquel verde tiene un color suave, menos definido... en el cielo una mancha rosa-pálido como último vestigio del sol que se ha puesto.

Atravesamos valles y ciudades que fueron teatro de la tragedia de 1918. Aquí se desarrolló el acto de Austria contra Italia. No hay rastros. El "chauffeur", que fué combatiente en ese campo, se asombra al no encontrar más recuerdo que la torre de una iglesia baleada. Es que allí donde se destruyó una aldea de casas viejas e inhabitables se levanta hoy una ciudad de viviendas modernas e higiénicas. Es verdad que para ello se han sacrificado muchas vidas, pero las casas retaconas incrustadas unas en otras formando a veces túneles que obstruían el paso y donde el granero servía de dormitorio a toda la familia, han sido reemplazadas, como lo han sido en Francia en la zona devastada cuando la gran contienda.

Cortina d'Ampezzo está lejos aun y la noche imponente visita ya montañas y precipicios. Decorado para las Walkyrias. El automóvil sigue rodando. Sus faros son indispensables. Boreamos despeñaderos que se adivinan. A veces un largo túnel.

Agobiados por la grandiosa naturaleza recorrida, quedamos sumidos en el silencio. Sólo nos distrae el comentario de algún síntoma de la proximidad de una ciudad: el agente de recorrida o las luces de algún automóvil que nos cruza.

Frente al Hotel de la Poste. A pesar de que un mes de Italia nos ha brindado la oportunidad de trabar amistad con el idioma del Dante, tenemos dificultad para hacernos entender. A una orden, la mucama responde "bite"... Es que estamos en Cortina d'Ampezzo, ciudad que desde el año 1000 ha venido anexándose sucesivamente a Austria a Italia.

MAURICE RAVEL Y SU "BOLERO"

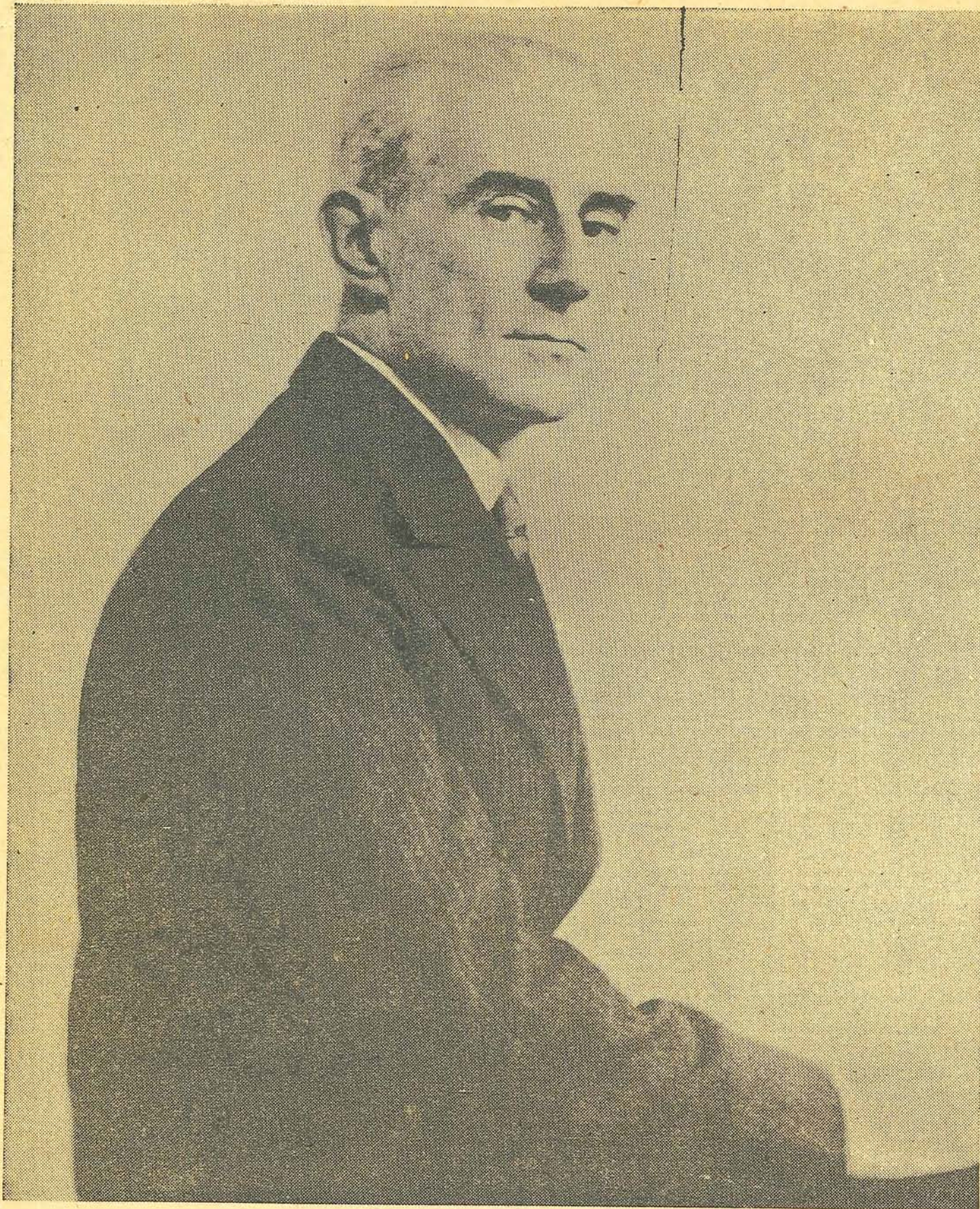
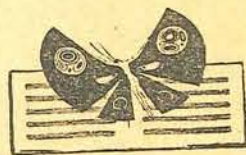
Y no sólo la excelencia del disco, sino la música que contiene, creo, le aseguran desde luego una difusión mundial. Este "Bolero" con su tema repetido hasta la saciedad, uno de esos temas pegadizos que el público canta aunque no quiera y la persistencia de su ritmo obsesionante, constituye un alarde admirable de técnica orquestal.

No hay en él ninguno de esos efectos de color local, de ese españolismo de castañuelas y pandereta, ninguna de las recetas conocidas para hacer música ibérica y, sin embargo, tiene un sabor profundamente español. Una de esas cosas que sólo puede crear el talento incomparable de Maurice Ravel.

Son las doce y media. Salimos del Bal Bullier, tomamos un taxi, y en el camino aprovecho para recoger algunas impresiones del gran músico. No es difícil, porque Ravel, a pesar de ser un artista solitario cuando produce, en sociedad es un "causeur" delicioso que maneja la paradoja más extraordinaria con el mismo ingenio que los timbres orquestales. Así, a una pregunta mía sobre la música contemporánea, me dice:

"Creo, en efecto, que la música actual busca nuevos derroteros. Para esto es necesario cerebralizar cada vez más nuestra producción con el fin de librarse de la pesada carga romántica que nos agobiaba. Será el único modo de encontrar la expresión que concuerde exactamente con la sensibilidad de nuestra época. A nosotros, los franceses, nos está siendo más fácil conseguirlo porque no tenemos el pasado de Beethoven, Schubert, Schumann y Wagner. Pero en Alemania veo que los compositores actuales, a pesar de sus desesperados esfuerzos por obtenerlo, están todavía luchando contra la gran herencia romántica. El mejor ejemplo lo constituye Hindemith, con ser un músico de valor. No creo, pues, en ese retorno al romanticismo, de que se habla, en estos compositores. Lo que hay, sencillamente, es que todavía no han podido librarse de él. A su vez me interroga sobre el movimiento musical en la Argentina. — "Si sé que se hacen cosas muy interesantes, me dice.

Y tengo muchos deseos de ir allá. Pero todo está subordinado, como le dije, a la terminación de mis obras, porque, además, estoy escribiendo un concierto de piano para la mano izquierda de un mutilado... y créame que no es tarea fácil. Llegamos a casa de Albert Wolff. Me despido de Ravel, y al estrecharme la mano, me dice: "Espero que nos volvemos a ver pronto para continuar conversando de estas cosas que nos interesan". Pero a Ravel es difícil darle caza. Siempre está sólo de paso, por un par de días, en París, agitado y arrebatado por sus admiradores. Vive en Montfort l'Amaury, pequeña población no lejos de la capital, donde en un encantador retiro produce con la meticulosidad de un hombre de laboratorio y con la nobleza de un gran artista esas obras admirables que de tiempo en tiempo aparecen en los programas de conciertos y luego recorren el mundo entero".



EL CELEBRE COMPOSITOR FRANCIS MAURICE REVAL

P O R
J O S E
A N D R E

(Para LA NACION)
PARIS, enero de 1930.

LAS diez de la mañana. El viejo Bal Bullier, en la rue de l'Observatoire, tiene el aspecto descolorido y cansado de esos

trasnochadores sorprendidos por los primeros rayos del sol. Toda la pacotilla de sus dorados y la vistuosidad de su iluminación nocturna exhibe, ahora, una realidad sucia e indigente que sólo ciertos recuerdos permiten observarla con simpatía. Ahí está, sin embargo, una de las falanjes más ilustres de París, fresca y entusiasta, dispuesta a trabajar bien en una obra de arte. Es la orquesta Lamoureux, con su excelente director Albert Wolff, que se propone imprimir en disco la última producción de Maurice Ravel, el "Bolero", estrenada el año pasado en la Ópera por Ida Rubinstein y ejecutada, luego, con gran

éxito, en los Conciertos Lamoureux. El autor ha anunciado que vendrá personalmente para dirigir su obra. Se le espera. Puntual y elegante aparece Ravel, como extrañado de hallarse a hora tan temprana en semejante sitio.

—Pero esto está muy bien para lo que queremos hacer — exclama.

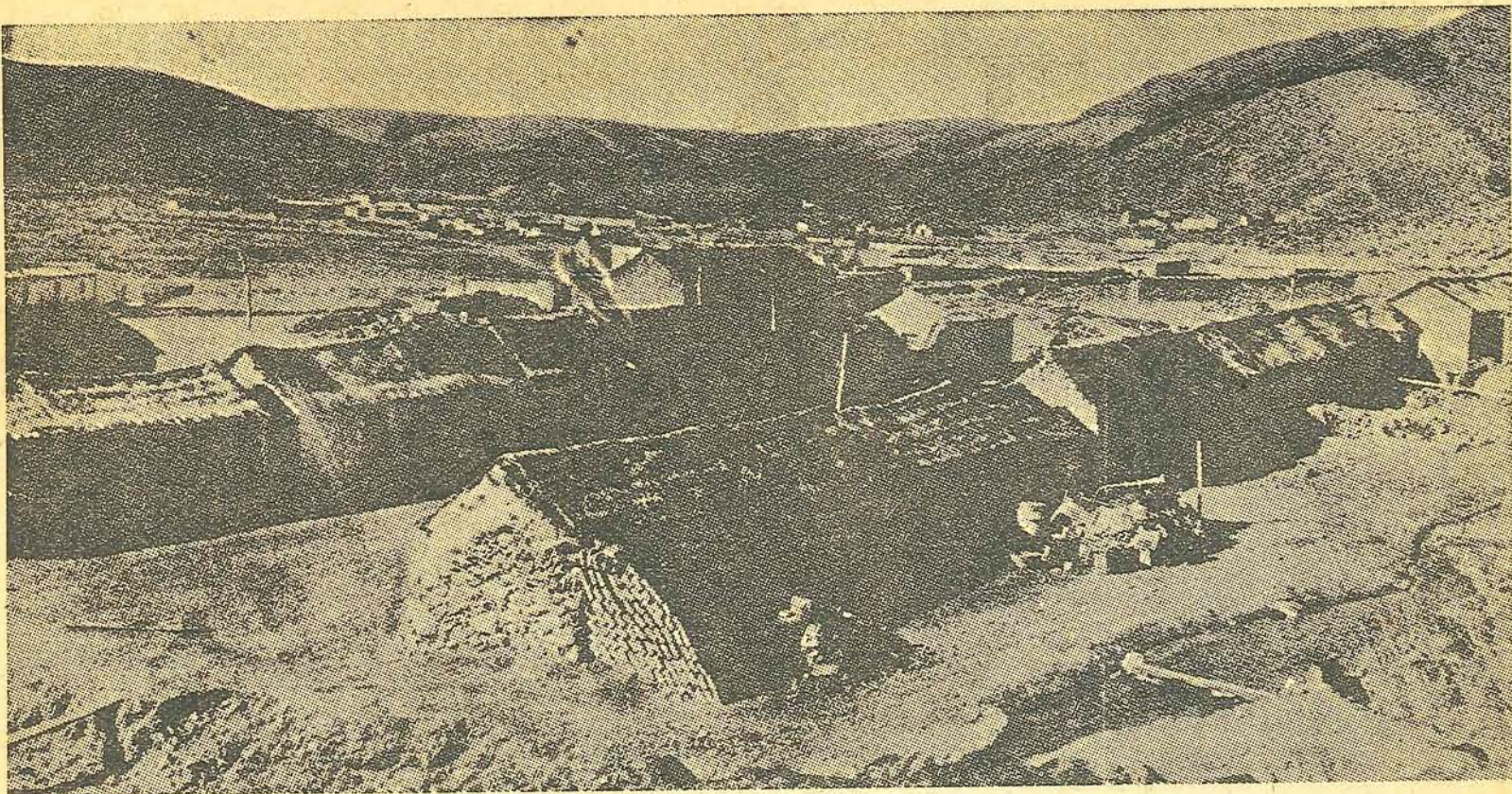
—¿No conocía usted esta sala? — le pregunta alguien—. —Jamás he puesto los pies en ella. Olvida Vd. que siempre he sido habitante de la otra orilla... agrega.

Y quienes conocen la ironía de su espíritu fino sospechan una alusión de orden estético en esta respuesta. Bajito y menudo, con su cabellera totalmente blanca, tez rosada, mirada inquieta y penetrante, toda su persona denuncia extraordinaria animación interior, que se traduce en una movilidad constante y una preocupación minuciosa por todos los detalles del trabajo que se prepara. Albert Wolff me presenta. —"Ah, sí, la Argentina, LA NACION, dice, recalando la c, un gran diario, lo conozco. Tengo las perspectivas de una larga jira que comenzando por la América del Norte, continua-

ría por las Antillas y terminaría por las repúblicas del Sud. La fecha depende de la terminación de dos trabajos en que estoy empeñado: una obra sinfónica, descripción de un raid, y un concierto para piano y orquesta, que ejecutaría yo mismo. En cuanto al "Bolero", quisiera, si Vd. se ocupa de él, que para evitar un mal entendido, dijera que no hay tal bolero en realidad, es decir, no he dado a este trozo el carácter típico de esa danza española, intencionalmente. Se trata de un tema y un ritmo repetidos hasta la obsesión, sin ninguna intención pintoresca, en un movimiento Moderato assai. Este tema, que expone la flauta al iniciarse el trozo, acompañado por un ritmo constante del tambor, pasa, sucesivamente, a todos los instrumentos de la orquesta, lo presentan luego los distintos grupos de instrumentos en un crescendo continuo y después de repetirse así, siempre en do mayor, estalla, hacia el final, en mi mayor. Tanto el tema como el ritmo acompañante, si bien tienen uno y otro el carácter español, son de mi invención. Siempre he tenido una predilección por las cosas españo-

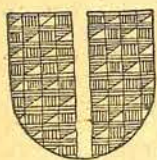
las. Es que he nacido cerca de la frontera y, además, hay otra razón: mis padres se conocieron en Madrid... dice riendo. Albert Wolff interrumpe la conversación. Va a empezar el grabado del "Bolero". Ravel sube al pupitre de director. La orquesta le hace una demostración cordial. A una señal del operador, Ravel ataca en un tres por cuatro rigidamente llevado, con gestos breves y netos, nerviosos y precisos como la gráfica de su música. Al terminar la primera parte, salta con estrépito la cuerda de un contrabajo. El operador lanza una mirada fulminante al pobre instrumentista que tartamudea toda clase de disculpas. — Evidentemente no lo ha hecho a propósito, dice Ravel; hace tiempo que un contrabajo no me daba esta sorpresa. Vuelta a empezar, pues. Esta vez todo sale bien, salvo un golpe involuntario contra el atril al finalizar el trozo, detalle que se corrige, e inmediatamente asistimos a la audición en disco que resulta muy buena, según propia declaración de Emile Vuillermoz, que también asiste a la sesión, gran autoridad en la materia como se sabe.

PANORAMA
DE
SAN
ANTONIO
DE
LOS
COBRES



CAPITAL
DE LA
GOBERNACION
DE
LOS
ANDES

COBRES



NA capilla del tiempo de los jesuitas, una escuela y una comisaría nacionales y diez ranchitos petizos y ruinosos le dan a este lugar rango de villa; pero una villa lilliputiense, cuya única razón de ser son los cincuenta o sesenta indiecitos que cada lunes acuden desde distancias enormes, con su avío semanal, para instalarse en estos ranchos y asistir con puntualidad a la escuela. El gobierno nacional continúa en nuestra época ejerciendo sobre los indios la misión tutelar de los antiguos jesuitas, primeros invasores de la región. La compañía dejó tan honda huella sobre la población del altiplano, que todavía hoy los indios, malgrado su sometimiento a las leyes argentinas, se agrupan en comunidades que reconocen, en cada distrito, la autoridad de un alcalde, y para dirimir sus litigios, la de un consejo de ancianos. Sabido es que la región norte—Susques y Cobres—perteneció primero a Bolivia y después de la guerra del Pacífico, a Chile; por lo que, hasta la anexión del territorio a nuestro país, estas gentes pudieron por largos años considerarse autónomas, sin rey ni roque, tanto, que al primer gobernador argentino—el general Cherri—lo recibieron a pedradas...

Al encargado de cuidar el templo, donde no se oficia sino una vez al año, cuando llega algún cura a dar misas, le llaman "el fábrica", esto es, el adscripto a la fábrica o casa de Dios, y el pintoresco título es un evidente resabio colonial.

En las faldas y cumbres adyacentes algunas minas agotadas, de que el lugar tomó nombre, así como el "maray" donde se tritaba el mineral y los quemaderos ruinosos en que se lo fundía, revelan la actividad que durante la colonia debió bullir en este desierto. La leña y el agua potable, tan escasas en la puna, son elementos básicos de una explotación minera, y Cobres los tenía a mano y abundantes en sus quebradas.

Provisos de linternas eléctricas, exploramos las tenebrosas galerías de las minas que por centenares de metros horadan el corazón húmedo de los cerros. Hallamos bóvedas apuntadas con trozos de roca y bocaminas cegadas por derrumbes que, sin duda, sepultaron, en horrible masacre, cuadrillas de miserables topos humanos. Aquí recordamos el inútil alegato del Padre Las Casas. Aquí la Pachamama piadosa substrajo a la codicia feroz del encomendero el productivo dolor de sus hijos, más aciago que la muerte.

Día vendrá en que la inmigración europea invada la puna, se dedique al pastoreo y sus industrias derivadas, funde criaderos de chinchillas, vicuñas y zorros de las nieves, explote minas, salares y borateras, y concluya con los nativos ya diezmados... Entretanto, el gobierno nacional, si no le reconoce al indígena derecho alguno de propiedad sobre el suelo, procura al menos librarlo de la barbarie mediante su gendarmería, su justicia federal y sus escuelas Lázear. Pero veamos cómo:

En cada aguada del inmenso páramo andino sienta su real una familia

de pastores que—como ocurre en las mesetas del Asia—apacienta sus rebaños y se posesiona de los campos que le convienen. Hay, pues, a discreción pasteaderos de verano y reservas invernales en los rincones menos inclementes de las montañas. El nivel medio de la meseta es de cuatro mil metros sobre el nivel del mar; en esos pasteaderos el agua se congela en estío durante la noche y la nieve cubre en invierno los campos no resguardados de los vientos. En determinado período del año los puneños aparejan recuas de borricos y llamas y se van a los valles de Salta y Jujuy a vender sal y cueros secos, para traer, de retorno, el maíz y las papas que su helado clima no produce y que constituyen su alimento principal. Alcanzada la edad útil, los muchachos, en gran mayoría, emigran llamados por la conscripción, o viajan a conchabarse como jornaleros en alguna provincia, o contratarse como arrieros para conducir a Chile o Bolivia tropas de ganados. Quedan en los ranchos los hombres maduros, los rueros, los párvulos y su vida hogareña escapa al ojo de la autoridad civilizadora.

Los rebaños—ovejas y llamas—pocen al cuidado de los indiecitos de ambos sexos que terminaron su ciclo de instrucción primaria en la escuela de su distrito. Desde el automóvil que cruza a setenta kilómetros por hora las desoladas pampas, los vemos de vez en cuando arrear sus tropillas por las faldas de los cerros y ocultarse arisicamente a nuestras miradas. Peatones infatigables, ambulan así a diez o más leguas de sus casas y comen y duermen a menudo en los abrigos naturales que les brinda una tierra que conocen palmo a palmo. No los arredra el viento, ni el sol, ni la nieve, ni la soledad infinita, y es seguro que tal género de vida los retrotrae a su primitiva ignorancia. Mano a mano con llamas y ovejas, y teniendo que hilar vellones mientras caminan, olvidarán por inútiles las nociones aprendidas en la escuela, y puesto que no leen, permanecerán de por vida impermeables a las sugerencias de una cultura para la que no nacieron.

Ya dije que los chicos, en el período escolar, se aglomeran a la buena de Dios en los rancheríos próximos a la escuela, y aunque la maestra pueda vigilarlos en sus alojamientos, ellos desempeñan, mal que mal—¿sabían sus padres hacerlo mejor?—los personales menesteres: aasearse, vestirse—muchos duermen vestidos—y prepararse en un económico fueguito, entre dos piedras—después de clase, y con leña que ellos mismos traen, la frugal ollita de loco con charqui. Consiste la cama de estos desdichados en un cuero de llama tirado en el suelo y una frazada. No pueden ser más burdos sus trajecitos de

barracán mil veces remendados. La directora me dice que los padres de los alumnos piden que no corran ni jueguen los niños en los recreos.

—¿Por qué?

—¡Para que tengan menos hambre los chicos y la ración semanal no sea tan costosa!

Se resiste uno a creer que estas pobres criaturas serias, astrosas, friolentas y magras sean niños argentinos...

Llegué a Cobres en momentos en que el comisario sumariaba a un chico de doce años que el domingo anterior, jugando en casa de sus padres con un viejo fusil, había dado muerte a una hermanita. Por la flema con que los padres relataban el horrible accidente y por la feliz inconsciencia del coyita, que jugaba alegremente en la comisaría, era fácil inferir la carencia de sentimientos humanos en tal gente. Lo único que preocupaba al hombre era la

necesidad de que su hijo regresara al campo a cuidar sus llamas.

He aquí lo que me refiere un Padre franciscano que vino al día siguiente a dar misiones: habiendo descubierto en cierta familia un incesto de padre e hija, el franciscano recriminó a la esposa del monstruo y la mujer respondió a modo de excusa:

—Será mal hecho, pero en mi casa hacen falta chicos para cuidar la hacienda... Y como no hay hombre...

Por citación del comisario y también por la llegada del Padre misionero, caen de varias leguas a la redonda unos cuantos indios adultos. Les convidamos aguardiente, vino y coca, y uno de mis amigos—empeinado folklórico—ofrece diez centavos por cada copla nueva que le dicten.

—¿Diez centavos?—aduce un taciturno y emponchado coya—. Es muy poca plata.

—¿Y a ti cuánto te cuesta cada copla?

—A mí me ha costao aprender...

—¡Bueno, pero esta es la primera y última vez en tu vida en que puedes vender coplas como si fueran habas!

—Si me paga treinta centavos...

—Mira—aduce mi amigo, reprimiendo su indignación:—Por cada copla nueva que me digas yo te dictaré cien que tú no conoces. No es la plata lo que me interesa.

Pero no hay caso y no logramos con buenas palabras vencer su reserva y su desconfianza. Para que los ceños se desarruguen y estos badulaques se convengan de que no hemos venido a robarlos, tenemos que darles bebida fría y caliente, mate con alcohol, vino con té y un asado y entonces comienza el aquelarre; una baranda en que los invitados rivalizan por endilgarnos coplas. Cantan unos a pulso y otros con

la caja y como hace frío y permanecemos encerrados en un cuchitril que no tiene sino una puerta y ninguna ventana, debo salir de rato en rato a tomar aire fresco y a ventilarme, porque me huelo y me siento impregnado de un tufo caprino. El rebaño folklórico apesta, y mi amigo se ahoga, pero se sale con la suya: ¡doscientas coplas nuevas en una noche!

Se aproxima la fiesta religiosa y los indios queman los cohetes que les regalamos. Los chicos de la escuela procuran economizar nuestros petardos, y los alternan con otros de industria aborigen: unos estruendos de bosta de burro que, indudablemente sus antepasados inventaron, y que se usan aún en las solemnidades religiosas de la puna. Pirotecnia bien simple y no menos eficaz que la china o japonesa. Se arma en el suelo un fogón con boñiga de asno, y cuando las galletas esferoidales están hechas ascuas, se las revienta de un golpe entre dos piedras planas, previamente mojadas con agua. El calor y la consiguiente rápida evaporación originan un estruendo y una humareda semejante a un tiro de escopeta.

Frente a Cobres, al otro lado del salar, que por aquí no tiene menos de veinte leguas de anchura—su extensión de Norte a Sur sobrepasa las treinta—se levanta el Chañi, el pico eternamente nevado, cuyas vertientes orientales se ven desde la ciudad de Jujuy. La horizontalidad absoluta del páramo, lecho de un mar extinguido, atrae la mirada y obsesiona, de día lo mismo que de noche, porque el fogón con boñiga de asno, y cuando las galletas esferoidales están hechas ascuas, se las revienta de un golpe entre dos piedras planas, previamente mojadas con agua. El calor y la consiguiente rápida evaporación originan un estruendo y una humareda semejante a un tiro de escopeta.

Frente a Cobres, al otro lado del salar, que por aquí no tiene menos de veinte leguas de anchura—su extensión de Norte a Sur sobrepasa las treinta—se levanta el Chañi, el pico eternamente nevado, cuyas vertientes orientales se ven desde la ciudad de Jujuy. La horizontalidad absoluta del páramo, lecho de un mar extinguido, atrae la mirada y obsesiona, de día lo mismo que de noche, porque el fogón con boñiga de asno, y cuando las galletas esferoidales están hechas ascuas, se las revienta de un golpe entre dos piedras planas, previamente mojadas con agua. El calor y la consiguiente rápida evaporación originan un estruendo y una humareda semejante a un tiro de escopeta.

HISTORIA DE
AMOR Y DE ARTE

nervioso. Los padecía con lamentable frecuencia. Momentos antes de llegar yo había intentado levantarse para recibirme, mas su estado no se lo consentía. Comeríamos los dos solos y la cena en proyecto realizábase en la semana subsiguiente. Quise irme. No me lo permitió. Conversó de sus interesantísimos asuntos comerciales y díjome después, sin orgullo exagerado, que él no leía novelas. Admitía que su señora cultivara la literatura, pues la conceptuaba un desahogo inofensivo y barato para temperamentos impresionables como el de su consorte.

Cuando pasamos al comedor, la señora, desde la habitación vecina, requirió mi presencia. Quise verla entre sus sábanas olorosas, pero me fué imposible. La luz—a diferencia de la de la sala—era violeta en su dormitorio. Alcanzó a decirme dos frases atentas, prorrumpió en un grito estridente, se contrajo en un rictus de dolor, tembló todo su cuerpo y cayó en un sopor fatigoso que sacudió las más delicadas fibras de mi corazón ardiente.

Volvimos al comedor cuando se hubo serenado, y nos sirvieron el primer plato. Hice esfuerzos por probarlo, mas un nuevo grito aterrador me heló de espanto. El cariñoso cónyuge abandonó los apetitosos fiambres y voló, heroico, al lecho de la paciente. Quiso luego reintegrarse a mi lado, pero un tercer alarido—correspondiente al segundo plato—le recordó sus ineludibles deberes maritales. Me pidió entonces que comiera solo, y así hube de simularlo, pues los sobresaltos continuos habían tenido la triste virtud de secar la fuente—casi siempre inagotable—de mi tradicional apetito.

A las once abandoné el luctuoso comedor de mis funestas torturas.

IV.—LA INDISCRECION

En rueda de amigos hablé del suceso con Pablo Villegas. Uno de los circunstantes cortó el relato y, guiñando el ojo a los otros, dijo risueñamente: —Ya sé, ya sé: es "la epileptica".

La noticia corrió entre los periodistas. Tanto corrió, que al presentarme a alguna persona del gremio, ésta invariablemente me interrogaba:

—¿Es usted, señor Requena, el de la aventura de la epileptica?

—Sí—contestaba yo con azorada timidez.

—Con usted van cinco... Es el impuesto que pagan aquí casi todos los literatos argentinos...

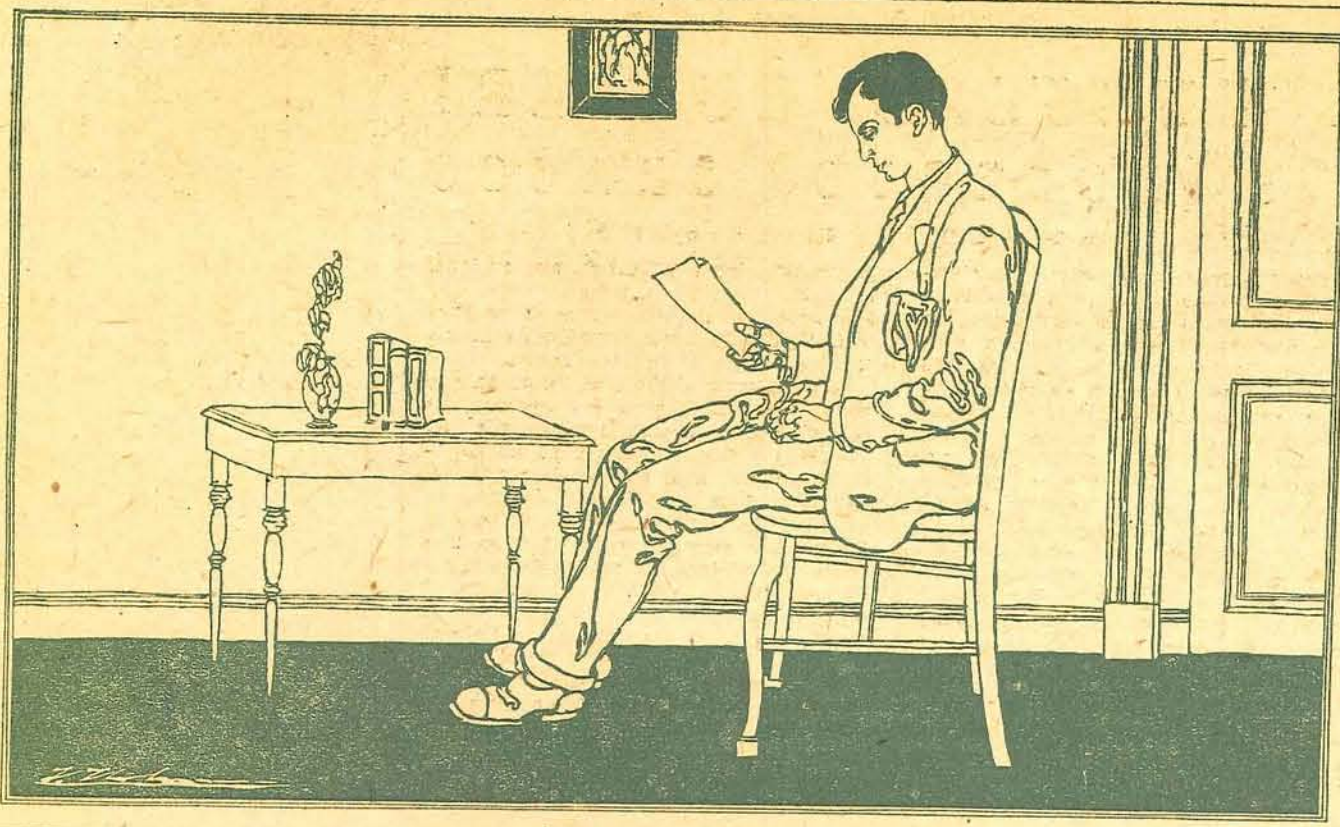
V.—EL RETO

Llevaba una semana en Montevideo y me prometía estar otra. Prefería ser menos admirado y vivir tranquilo mi misera licencia del Ministerio.

Pero me aconteció a la sazón un hecho capaz de hacer abjurar de la literatura a un artista de menos vocación que la mía. Eran las seis de la tarde del séptimo día de vida montevideana. Recibí la visita de dos caballeros que, en representación del marido de Ofelia, exigíanme una reparación por las armas. Su ahijado se había enterado de mi "indiscreción incomprensible" y reclamaba que nombrara inmediatamente mis padrinos, pues el duelo era forzoso. Con entereza espartana les repuse que aceptaba el reto, aunque no era yo el culpable de la inesperada difusión que la noticia había adquirido.

Me sentía protagonista de una curiosa novela y esto satisfacía mi orgullo, mas la posible muerte en tierra extraña—yo que soy tan patriota—sacudió mi dormida conciencia. Entonces, en un rapto de súbita determinación, tomé esa misma noche el vapor de la carrera. Ahora, venturosamente, ya estoy en mi querido y siempre añorado país. He vuelto a la oficina de Puentes y Caminos del Ministerio de Obras Públicas y en ella vivo, sin fatigas, las horas del reposo y del ensueño.

JORGE DAVID
REQUENA



I.—YO, VIAJERO

CUANDO cumplí treinta años lancé al mercado mi segunda novela. No obtuve, cierto es, más que doce compradores auténticos, a semejanza de la anterior, pero me dió vasta notoriedad de hombre de letras. Esta es—pensaba interiormente—la terrible fuerza de los comentarios periodísticos y de las vidrieras de las librerías modernas. Merced a unos y a otras yo me sentía persona importante, y merced, además, a una licencia de quince días (con goce de sueldo) que me otorgaron en la Oficina de Puentes y Caminos del Ministerio de Obras Públicas, decidí irme a Montevideo, donde disponía de algunos amigos en la prensa de dicha ciudad.

Entre éstos figuraba Pablo Villegas, quien había saboreado golosamente la prosa impecable de mis dos obras maestras. Anunció, pues, en tierras uruguayas la llegada del "egregio literato bonaerense". Ese literato era yo. Este aviso—quizá excesivo—surtió en seguida su natural efecto, y casi al desembarcar tuve que someterme a un peligroso reportaje. Me preguntaron cuáles eran mis ideas acerca de "la técnica de la novela" y qué opinaba respecto a "los nuevos rumbos del género en Europa". Debo declararlo sin ambages: en materia de "técnica" nunca he entendido un palote, ya que escribo "a la buena de Dios", y este procedimiento estético no lo he visto mencionados jamás en los manuales escolares y en los volúmenes de alta crítica. En lo referente a los "nuevos rumbos", no soy, precisamente, un especialista, porque mis ocios—por prescripción médica—suelo consumirlos solamente en el empleo de que disfruto desde hace ocho años. Allí, en las horas de tarea, hojeo (u ojeo), con mis compañeros de trabajo, los diarios de la tarde y las revistas semanales porteñas. De éstas, lo que más nos deleita son las páginas dedicadas a las playas extranjeras y nacionales.

Pese a las confesiones, acaso imprudentes, que acabé de formular (y que ruego se conserven con escrupulosa reserva), me despaché a mi antojo sobre los temas que el repórter quiso someter a mi ilustrado criterio. De esta suerte, y gracias también a dos retratos retocados que publicaron los periódicos de mis amigos, quedé convertido en un "turista literario" digno de ser tomado en consideración. No ha de olvidarse que yo—dicho sea sin falsa modestia—soy bastante fotogénico.

Al siguiente día de haber sido así expedido de un solo envío a la gloria, recibí la carta de una dama que—según manifestaba—quería conocerme. Era compatriota mía, oriunda del Rosario, casada, y muy "afanosa de instruirse". Me invitaba a tomar el té y pedía que le contestara si aceptaba el convite.

Dudé. Releí la epístola. Me mareó su perfume. Observé sus trazos nerviosos. Quedé atónito ante el tono chillón de su tinta violeta. Palpé la

UNA GRAN AVENTURA
ILUSTRACIONES DE JUAN HOHMANN

finura del papel y acaricié con mano temblorosa el moderno monograma que lo adornaba. Volví a dudar, "sumido en un mar de perplejidades", original frase esta última que utilicé hasta tres veces en mi novela de costumbres burocráticas titulada "Las horas del reposo y del ensueño". Cuando salí a nado del mar de perplejidades en que zozobraba y gané la orilla de la propia confianza, avisé a mi admiradora—por medio de una tarjeta—que a las cinco de la tarde iría a su casa.

No bien hube despachado al mensajero, me asaltó el arduo problema de la vestimenta. En mi reducido equipaje de empleado nacional (con licencia) no contaba con un traje adecuado para la ceremonia a que iba a asistir. Apenas si un descolorido indumento azul—asaz arrugado—me daba la engañosa ilusión de poderlo lucir en la arriesgada entrevista. Le hablé a Pablo Villegas en demanda de ayuda, y el buen camarada, que era de mi estatura, aunque más delgado, se brindó a prestarme, con generosidad enternecedora, un claro pantalón de fantasía. En él, aquí y allí, como al desgaire, aparecían varias manchas grises, seguro indicio de la escasa prolijidad de mi dilecto propagandista. Con un poco de paciencia y otro poco de bencina limpié aquella prenda salvadora. Después mandé planchar el saco y el chaleco que debían completar mi vespertina elegancia. Hecho esto, y afeitado con esmero minucioso, aguardé a las cinco.

II.—EL "COUP DE FOUDRE"

Inquieto temor me embargaba cuando llegué a la casa donde vivía aquella misteriosa dama. La criada hizo me repetir varias veces mi apellido y otras tantas me respondió que el señor hallábase ausente.

—No, no; si es a la señora a quien vengo a visitar. Dígame usted que está Requena, el autor de "Las horas del reposo y del ensueño".

Se iluminó el rostro de la fámula. —¡Ah!, sí, el escritor de Buenos Aires. Sí, señor; pase usted.

Comprobé con orgullo que mi fama indiscutible invadía ya los dominios del servicio doméstico. Me sentí íntimamente el Jorge Ohnet, argentino.

Entré a un vestíbulo donde no había luz alguna. Al poco rato divisé una silla y esperé allí, en actitud expectante, alrededor de quince minutos. Transcurrido tal intervalo, la mucama me introdujo en una sala muy coqueta, llena de divanes y almohadones y en la que había una estatuilla monísima y poco conocida: un chicuelo, pudorosamente desnudo, extraíase de la palma del pie izquierdo la espina que lo punzaba... Esto lo deduje, más que lo vi, luego que me hube habituado a la semiobscuridad del recinto, tenuemente iluminado por un fanal chino que difundía en la estancia la conturbadora opacidad de su lamparilla roja. En las paredes sospeché dos retratos al óleo:

el de una matrona de pelo cano y abundantes carnes y el de un señor esmirriado de poblados y retorcidos bigotes.

Esta pareja—díjeme con sagacidad de novelista—ha de haber dado al mundo a mi incógnita admiradora. Desde mi fuero interno saludé a ambos con respetuoso agradecimiento.

Recorría aún la intrincada red de mis hondas cavilaciones cuando se abrió la puerta y apareció la mujer de mis desvelos, de la cual sólo pude adivinar los contornos de su figura. La supuse esbelta y la imaginé rubia.

Me tendió, afable, su tersa mano, y quedé anonadado.

Habló en raudos minutos de su pasión por las letras; se refirió a mis producciones, y me pidió disculpas porque la conversación debía terminar fatalmente, "fatalmente"—y lo recalca con pena—en ese instante. No podía atenderme. Una tia del esposo encontrábase gravísima, y mi interlocutora comprendía que su lugar estaba a la cabecera de la enferma. No había podido avisarme: acababa de recibir la infausta nueva. Me rogaba, me exigía, en consecuencia, que al día siguiente honrara su mesa.

Salí confuso. Comprendía que, a la distancia, había despertado una pasión profunda, y yo, a mi vez, me sentía turbado: en torno mío, ¡ay de mí!, aleteaba el amor...

Por otra parte, el pantalón de Villegas me comprimaba atrozmente el abdomen y decidí volver al hotel para eludir el cruel y ya inútil tormento.

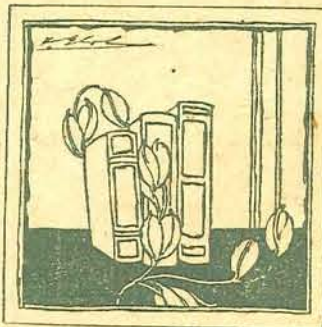
III.—LA ANSIADA NOCHE

Agudo sobresalto sentimental—indigno de un empleado de Puentes y Caminos—conturbó mi sueño. Suspiré por Ofelia (así se llamaba mi reciente amiga) con regularidad cronométrica y mal dije el exiguo sueldo que me vedaba la adquisición de un pantalón de fantasía para mi exclusivo uso.

A las 8 de la noche—y previa la "toilette"—de circunstancias—me acerqué a la residencia de mi adorada. Recorrí de nuevo la "vía crucis" del lóbrego vestíbulo y de la salita penumbrosa. Encontré a los deudos de Ofelia callados y solemnes en sus bastidores de lienzo. Hasta se me antojó que, en mi obsequio, musitaban algunas palabras cordiales.

Consulté el reloj: las agujas corrían sin prisa hacia las nueve. Se abrió la puerta. Mi corazón rompía—como en un verso de no sé quién—"la cárcel de mi pecho"... Entró un hombre: era el marido.

Excusó a su esposa, presa desde horas atrás de un desagradable ataque



DE FERRUCCIO GARAVAGLIA A RUGGERO RUGGERI Por ROBERTO BRACCO

(Para LA NACION)

ROMA, enero de 1930



Ferruccio Garavaglia en 1912

CUANDO escribí "Il Piccolo Santo" me limité a publicarlo en un volumen, creyendo que no era una obra a propósito para el teatro. No creo aquí oportuno explicar el por qué de esto. Si de mí hablo hoy, sólo lo hago para poder hablarlos de los dos primeros y mejores intérpretes del "Piccolo Santo": Ferruccio Garavaglia y Ruggero Ruggeri. Y al hacerlo siento una gran satisfacción, muy parecida a la que experimenta un caballero al pagar una deuda.

La crítica literaria y la crítica teatral de común acuerdo lograron vencerme de mi error. Por lo que me era indispensable el actor "ad hoc". Pensé en Ferruccio Garavaglia por sus características—delgado, reconcentrado, con sus grandes ojos unas veces tenebrosos y otras luminosos, la voz hermosa de timbre emocionante—como también por su arte tan elevado en los momentos culminantes. Me parecía que algo de temeridad no cuadraría mal en esta interpretación.

Yo le conocí cuando todavía era pobre, galán joven en una compañía de tercer orden que representaba una de mis comedias, "La fine dell'amore", en la que se veía obligado a ser un elegantísimo "sportman". La elegancia le imponía la obligación de exhibirse con unos guantes blancos que suplía la falta de éstos recurriendo a un par de guantes marrón teñidos de blanco. Más tarde trabajó como protagonista de otras obras mías. Yo le dejaba en plena libertad para que interpretase mis intenciones. En él subsistía en modo superlativo e indomable la intolerancia que oponen por regla general casi todos los actores italianos a los consejos y a los sugerimientos del autor. Tenía, sin embargo, una singularidad que me consolaba en parte. Le era fácil poderme brindar de un modo espontáneo y rápido las más variadas expresiones, a fin de que yo pudiese elegir entre ellas. Encontrándose él en Nápoles, en el intermedio de dos actos de no me acuerdo qué comedia, le metí en la cartera "Il Piccolo Santo" y le propuse que la representase. Aco- gió mi proposición con extrema vehemencia. Abrió desmesuradamente los ojos que brillaban cuajados de lá- rimas y agarrando el libro, gritó: "Por lo visto, no soy tan "malo" (1) como dicen". A decir verdad, nadie había dicho que él fuese mal actor; y es más recientemente como promotor y direc- tor de la Compañía Permanente de Roma había recaudado una tal cosecha de elogios y de homenajes, que con ellos podía constituir un rico caudal de alegrías y de justificado orgullo. Pero es que en la continua inquietud de su espíritu se daba la manía de persecución. Nos volvimos a ver al día siguiente. Durante toda la noche pasa- da en vela él había leído, releído y estudiado "Il Piccolo Santo". Y defi- nía de un modo exagerado como des- comunal y arduo el papel del cura "Don Fiorenzo". Pero se prometía a sí mismo que llegaría a encarnarlo en toda su integridad. "De ello estoy seguro—me dijo—porque he interpretado Hamlet

y creo haberme compenetrado con este personaje. Lo mismo que en "Ham- let", dos vidas se desenvuelven en "Don Fiorenzo": una interior, la otra exterior. En "Hamlet", la inmensa vida interior es consciente y en "Don Fiorenzo" es inconsciente. Pero las dos se descubren a través del marco y de las acciones de la vida exterior". Se en- tretuvo en analizar las fases psicoló- gicas de "Don Fiorenzo" y poco a poco, según le iba analizando su persona, era un a modo de bosquejo cinematográfico del doble personaje. Y concluyó diciendo: "Capaz sería de ponerlo en escena esta misma noche". Y quedó fijada la fecha de la representación. Dentro de un mes sería. Marchóse a Nápoles y pasaron seis meses sin que yo lograra obtener respuesta alguna a mis ansiosas y nú- merosas cartas. Hasta que una noche de invierno, hacia la media noche, entró en mi casa embozado, tético, casi cir- cunspecto y rodeado de una atmósfera de misterio. Daba la impresión de una caricatura de conspirador en un drama de Arena. Y aquellas miradas hondas, aquellas pronunciadas arrugas del ros- tro, aquella livida palidez de yeso, ¿no eran acaso extremadas y se asemejaban a una especie de trucatura de carica- turesca dramática?

—Acabo de llegar—murmuró callan- do—. Y me volveré a marchar al alba, pero antes es necesario que te hable. Presta atención que es cosa grave.

—Me das miedo.

—Y sin más preámbulos. Te ruego me permitas que suprima todo el cuar- to acto.

No hay ningún corazón de artista que no comprenda mi tormento y es- panto. La discusión entre Ferruccio y

y guasona incredulidad de sus amigos, los cuales esperaban, y no en vano, que sus energías impetuosas le desmintie- sen. Y, por lo tanto, aquella noche no le hice caso y lo tomé a broma.

Transcurrió algún tiempo, hasta que por fin, en el Teatro Mercadante, de Nápoles, comenzaron los ensayos. Al principio y por discreción, yo no llega- ba al teatro más que a última hora. Encontraba a Garavaglia sentado en medio de los otros actores también sen- tados. Los ensayos consistían en una serie de lecciones. El iba explicando "Il Piccolo Santo", palabra por palabra. Y parecía un misionero explicando el Evangelio a los catecúmenos. Lo que para nuestro teatro acostumbrado a la rutina del arte o al arte de la rutina, era una nueva manera de ensayar. En los largos ensayos en que se recitaba, Garavaglia me presentaba algunas y diversas muestras de las escenas en las que mayor relieve alcanzaba el pa- pel de "Don Fiorenzo". Resultaba sor- prendente en toda aquella diversidad de expresiones humanas, cada una de las cuales respondía a una intrínseca vicis- situd del personaje. Y a mí me tocaba entonces elegir; pero yo no escogía nin- guna porque él me comunicaba su espí- ritu amplio y hasta me atreveré a de- cir, aventurado en sus relaciones con los autores.

Si os fuera a contar todas las sin- gularidades de aquellos ensayos, no bastarían las páginas de un libro. Pero he aquí otra. Se estaba ensayando el cuarto acto, que era su pesadilla. En la escena culminante (la escena en la que el cura, impulsado por el hermano para que ruegue al Señor despierte el cuerpo de su esposa que yace petrifi- cada en medio de las campesinas que



Ruggero Ruggeri en 1914

dece. Sigue temblando. Mira hacia arri- ba. Cruza los brazos sobre el pecho. Dirígete hacia la derecha despacio, muy despacio. ¡Muy bien! ¡Basta! Ahora ve- te hacia el fondo. Párate ante el cruci- fijo. Procura estirar el cuello con una cuerda. (El muchacho ejecutaba todo lo que le iban diciendo). Quédate así. ¡Muy bien! Ahora, de pronto, cáete de rodillas. ¡Y también de rodillas, a un mismo tiempo, las campesinas. ¡Admi- rable! Inmovilidad y silencio! ¡Ahora ya estamos! Luego dirigiéndose a mí: Es este el acto más hermoso de tu drama".

Por fin llegamos a hacer un apro- ximado "ensayo general". Garavaglia recitó con todas las fuerzas que pudo. Escasas las fuerzas físicas, vivisimas las fuerzas espirituales que se escapa- ban de vez en cuando como llama- ras de una intensa hoguera escondida. El modo suyo de recitar de un modo luminoso rompía aquí o allá la estruc- tura de mi drama y hasta a veces so- brepasábase llegando a alturas insupe- rables. A todo el quinto acto Garava- glia le daba un modo de fuerza trá- gica "sofóclea".

Dos veces, en la pared del teatro cuando el estreno del "Piccolo Santo", algunos minutos antes de la represen- tación, la empresa anunció el aplaza- miento de la representación por medio de un aviso. El médico no le permitía a Garavaglia que trabajase. La repre- sentación tuvo lugar una noche en que diluviaba. El teatro no estaba lleno. El público se componía de intelectuales cuya malignidad había comentado el involuntario aplazamiento y cubiertos con el impermeable de la curiosidad habían afrontero la lluvia torrencial. Un público por todos conceptos rígido y desconfiado. Y por entre bastidores a Garavaglia le vigilaba su médico, dispuesto a ponerle una inyección en el momento oportuno. En aquella noche tuvo que luchar con la obstinada des- confianza de los intelectuales y con el mal misterioso que le perseguía. Com- batió de un modo prodigioso y dió a mi pobre obra el crisma que la desti- naba a perdurar en el cartel. Una pá- gina de heroísmo en la historia del teatro.

"Enfermo, muy enfermo" (¡Ay de mí, cómo me remordía la conciencia el haber bromeado un día sobre su enfer- medad!), quiso ofrecer a los napolita- nos una segunda representación del "Piccolo Santo".

Y de todos es conocido cómo el gran actor poco tiempo después murió.

Mientras esto ocurría, otro actor—Ruggero Ruggeri—se hacía célebre con sus interpretaciones, que tanto el público como los críticos consideraban muy personales, categóricas, rotundas. Cito aquí unas cuantas entre otras muchas: la del "Marquis de Priola", del "Artiglio", del "Amico delle donne", y aquella magníficamente lírica en el papel de Aligi en la "Figlia di Iorio". Intérprete precioso en algunas de mis obras, él había trabajado en "Nunzio", había representado el papel del ciego en "Sperduti nel buio", encarnando la más dulce humildad sin caer en una fácil melosidad dramática; como tam- bién el papel del Conte di Montefranco en "Maternità" y en "La piccola fon- te", de Stefano Baldin. La fama a que

Romance de la despedida

Después de la medianoche,
ya sabes, he de volver,
cuando se encienda la luna
y el río empiece a crecer.
En el camino de sauces
que al río miran correr,
para que lo sepas todo,
dos palabras te diré,
a ti que no sabes nada,
nada de mi padecer.

Entonces he de decirte
de mi partida cruel,
sabrás lo que más me apena,
todo, todo has de saber:
que te llorarán mis ojos
mientras no te puedan ver,
cómo lejos de tus ojos
he de pensar en volver,
cómo lejos de tus labios,
solo, te recordaré.

Recordaré los mejores
momentos de la niñez,
aquel encuentro en el muelle
cuando por primera vez
me vi de cerca en tus ojos

y los empecé a querer;
las andanzas fugitivas
por el laberinto aquel
de lianas y de zarzas
que nos ataban los pies:
todo vendrá a mi memoria
cuando allá en la ausencia esté,
cosas de triste recuerdo
que me harán entristecer.

Vendré en las noches de luna
en sueños, feliz, vendré
por el camino de sauces
que al río miran correr.
Cómo mirando las aguas
tu llegada esperaré,
cómo por este camino
de sauces te buscaré!

Por este mismo camino
que sólo de dichas fué,
donde los sauces con luna
vieron nuestro amor nacer,
cuando te diga mis penas
y sepas mi padecer,
hacia no sé qué destino
con lágrimas partiré.

Elías Carpena

yo se prolongó hasta muy entrada la noche, en la niebla y el tóxico de los cigarrillos que devorábamos. Resumiendo: él no lograba justificar su petición y acabó por reconocer que pecaba de absurda. Para luego desviarse y en tono lamentoso decirme:

—¿Pero quién me dará la fuerza para sostenerme en estos cinco actos? ¡Estoy enfermo; muy enfermo!

Tenía por costumbre decir que estaba enfermo siempre que los acontecimientos no le eran propicios. Y él mismo se complacía ante la invariable

han llegado para la boda, debe supe- rar la oblicua incapacidad de rezar y debe arrodillarse ante la Cruz), Garavaglia se precipitó en el patio de bu- tacas y llamó con voz estentórea: "¡Raganazzo! ¡Raganazzo!" Este era un jo- venazo delgado y larguirucho que ha- cía de aprendiz. Le endosó la sotana de "Don Fiorenzo" obligándole a que subiese al escenario. El pobrecillo com- pareció allí, vestido de cura, espantado, temblando como un junco. Garavaglia desde el patio de butacas vociferaba: "¡Muy bien! Colócate en mi sitio. Obe-

MEMORIAS DE UN LORO

COMENZARE mis memorias desde que estaba en el cascarón. Pero la dificultad reside en que habiendo cumplido antes de ayer ciento treinta y tres años, mejor dicho, ciento treinta y tres años, mi memoria reacia se niega a acompañarme hasta aquella feliz época en la que yo todavía no tenía plumas. Al hacer hincapié en ello tendría que caer forzosamente en los lugares comunes de todos los biógrafos y que imitar de un modo servil el estilo de ellos. Que no suceda esto jamás. Porque yo soy, ante todo, un escritor original.

Por lo que en seguida, para no confundirme luego, diré que me impusieron el nombre español de Loro. (En la intimidad, Lorito).

Más tarde me enteré de que mi nacimiento había dado mucho que hablar, aunque bien es verdad que por aquel entonces yo no me enterase de esto. Los historiadores lo citaban a menudo como si fuese el principio de una nueva era. Y hasta a veces era cosa corriente (como todavía lo es ahora) el que hubiese un error de ortografía en la cita. ¿Edad del oro? No cabe duda de que quieren decir: Edad del Loro.

Y el tal Loro soy yo.

Difícilmente se puede imaginar la popularidad que adquirió mi nombre en todo el mundo, entre los bípedos de mi especie. Y es muy raro encontrar hoy un semejante mío que no se llame como yo. ¿Qué remedio queda! Durante más de un siglo he dudado ante la tentación de cambiar mi nombre por otro. (Cambiar de nombre es una costumbre muy elegante. Una vez viajé con un rey balcánico, Taldetali, que cuando llegaba a una posada se hacía pasar por el conde Taldetali. A lo que parece, esto es una diversión propia de reyes que se llama viajar de incógnito. Los posaderos están de tal modo acostumbrados a esta manía de los reyes-condes, que para ellos, estos dignísimos personajes equivalen por antonomasia a los sublimes condes de mentirijillas). Pero ¿quién me garantiza a mí que si yo me hubiese puesto a viajar "in incognito" con el nombre, supongamos, de Plata, todos mis semejantes no se hubiesen llamado Plata? "Principiis obsta. Sero medicina paratur" ("Odisea", libro sexto).

Un día vino al bosque de mis padres un bípedo blanco, sin plumas, con un séquito de grandes bípedos negros. Y

había llegado la experiencia demostrada en sus colaboraciones conmigo, amén de la continua amistad que nos unía, todo esto contribuyó para que yo le eligiera como depositario de mi "Piccolo Santo". Pero me cobijaba su reserva, su altivez, su timidez basada en una cierta pereza y por otro lado mi prudencia ante la eventualidad de que a él no le gustase el papel de Don Fiorenzo, puesto que yo sabía que cuando representaba un papel tan sólo por deferencia al autor, esto le irritaba los nervios como el contacto de una mujer irrita al hombre, si ésta le ha sido impuesta como un deber.

Un día me anunciaron la visita del secretario de su compañía. Y yo deduje entre mí, loco de alegría: "Ruggeri se ha resuelto a representar 'Il Piccolo Santo'". ¡Qué milagro! Pero os podéis figurar fácilmente mi dolorosa decepción cuando el secretario con la misma timidez que era la característica de su jefe, me comunicó que Ruggeri pedía permiso para poder representar "Il perfetto amore", una de mis frívolas comedias cómicas. Y lo que el secretario había llamado nada menos que "permiso", le fué otorgado otorgado por mí con el consiguiente acompañamiento de gracias y cumplidos. Ruggero Ruggeri se entretuvo en bordar la aventura amorosa de Ugo Gineti en el "Perfetto amore", y lo hizo de un modo delicioso. ¡Todo lo que era comicidad se estilizaba en él hasta convertirse en humorismo!

De su circunspección, de su altivez, de su timidez, de su silencio surgió de improviso la firme resolución de representar "Il Piccolo Santo", del mismo modo que puede brotar de un apartado rincón salvaje un hilo de agua que haya recorrido Dios sabe cuántas sinuosidades subterráneas! Y él mismo me

movido por la curiosidad me puse a observarlos. Aunque debo decir, aparte modestia, que ellos también me observaban con no menor curiosidad que yo. Todo en ellos me llenaba de asombro: la carencia de plumas y de alas, un pico encorvado y blanducho que no servía de ningún modo para picotear, sino para que pasase el aire y que se llamaba nariz.

Eran mucho más gruesos y grandes que nosotros, pero no obstante esto, más parecidos a nosotros de lo que demostraban ser a simple vista; y esto era lo que más me asombraba. Por ejemplo, cuando yo decía una palabra, ellos la repetían con insistencia hasta el cansancio. Muchos años después fui a parar a una población selva de piedras —ellos la llamaban ciudad— en medio a una multitud de cien mil loros por lo menos, y todos desgañándose repetían como una sola voz: "¡Abajo! ¡abajo! ¡abajo!" Esta palabra de la cual ignoro el significado y que en nuestra lengua no tiene traducción posible, los excitaba de un modo extraordinario.

Lo más gracioso es que luego se encontraban con otra multitud que gritaba: "¡Viva! ¡Viva! ¡Viva!", los cuales estaban no menos excitados que los otros. Para mí también esta palabra es hermética. Lo único que sé es que su significado es en todo opuesto al significado de la otra palabra abajo. Cuando dos de estos bípedos se encuentran en su bosque y uno grita una de las dos palabras y el otro la contraria, antes se matan que llegar a un acuerdo. Palabras, palabras, decía un papagayo a quien llamaban Hamlet.

Y volviendo al grueso bípedo blanco de la selva de mis pobres, pero honrados genitores, diré que él se puso a desarraigar plantas, pinchando con alfileres las más vanidosas mariposas de

comunicó su resolución sin el menor asomo de solemnidad. Con cuatro o cinco palabras serenas junto a una taza de café y fumando un cigarrillo. Pero yo bien sabía que aquellas cuatro o cinco palabras suyas significaban la firme adhesión de su conciencia, la fuerte y leal colaboración de su arte.

¿Qué es lo que era, qué es lo que es su arte?

Vuelven a mi mente retazos de nuestras tranquilas conversaciones de hace tantos años, en las que movido por nuestra recíproca amistad llegaba a hablar, contra su costumbre, de sí mismo. A nuestros gloriosos actores él profesaba gran admiración, pero tan sólo admitía de uno la influencia: de Ermete Novelli. Y en él reconocía a su maestro. En efecto, siendo muy joven y bajo la dirección de Novelli, él pasó "su noviciado artístico" novellegiaba. Trataba de reducir al mínimo grado todo el convencionalismo del escenario y reproducía los más humanos indicios en toda manifestación de vida. Ahora bien, que este su modo de "novelleggiare", es decir, de imitar a Novelli, provenía de una disciplina como discípulo, puesto que orgánicamente mucho se diferenciaba del maestro. En Ruggero Ruggeri no existía como en Novelli el instinto de la exuberancia, de la improvisación, de la facilidad de sacar un a modo de inspiración a través de las exigencias del público, no subsistía en él el atavismo del tradicional actor italiano, fantasioso, petulante, dueño y señor del escenario. Y él bien lo sabía cuando me confiaba: "Yo sé que sigo otros derroteros que no son los que conducen a nuestro teatro. Adoro la gran compostura de los actores franceses y sueño con la aristocracia del género dramático inglés: 'Pensaba en Irving, a quien le había tocado la hon-

POR
**PIETRO
SOLARI**

(Para LA NACION)

ROMA, enero de 1930.

los alrededores y matando a todos los animales del lugar, como monos, leones, tigres, chacales, serpientes, hombres. El realizaba todo esto por encargo de una importante casa que, si no me equivoco, se llama Civilización y Cia.

Debe ser ésta una casa muy importante, una empresa famosa. La he oído nombrar muy a menudo, pero debo añadir, para no faltar a la verdad histórica, que jamás la he visto.

También yo caí en las manos del grueso bípedo blanco. ¿Debido a qué no me mataron? Lo ignoro. Sin duda, como más tarde supe, porque aquellos bípedos nos tienen en gran aprecio ("Graecia capta ferum victorem coepit") y pasan con nosotros horas y horas con el vano afán de aprender de nosotros cualquier palabra.

Pero es difícilísimo enseñarles cualquier cosa. Una vez recuerdo que me pasé tres años repitiendo a una vieja señora que vivía en mi casa, la pronunciación exacta de la palabra "lechuga". Pero sin resultado alguno. Pues su

pronunciación seguía siendo incorrecta. Hasta que un buen día, viéndolo con la perseverancia no sacaba nada en limpio, empecé medios persuasivos y la empecé a llamar con los más dulces nombres con que solía hablarla su marido: "Carcamal, bruja, santurrón, cretina..." Pues bien, ¿queréis que os diga la verdad? No le agradaron estas cosas y tuve que cambiar de casa.

Al llegar a esta parte de mi vida, recuerdo tan sólo que fui a parar a casa de una cortesana ("mi vida es una novela por entregas"), y para recordar desde aquel día todos los dueños y dueñas que tuve, necesité escribir un diario, del cual publico una parte debido a la complacencia del editor.

23 de junio. De nuevo otro dueño. Nos tratan peor que a las criadas; nos echan sin miramiento. Y pensar que

somos también artistas. ¡Ah, si encontrásemos un mecenas!

24 de junio. — El sol entra a raudales por la casa y parece ser que el dueño no me disgusta. Hoy me ha comprado un hermoso aro sobre el cual me balanceo (es esta la expresión exacta) con mi más majestuoso aire, con lo que encuentro mayores facilidades para que la luz se refleje en mi plumaje y lo haga brillar.

He adivinado cómo debe uno ponerse ante la luz en casa de una señora de cuarenta años. Sé de todo esto más que un pintor. (Pero la gente de esta casa, a lo que veo, no debe entender nada de estética).

Entretanto, me resigno a no hacer confidencias a nadie y no abro el pico. El silencio es de oro.

24 de julio. Después de un mes de discusiones entre el dueño y la dueña acerca del nombre que han de darme, deciden llamarme Lorito. ¡Dios mío, qué vulgaridad!

14 de agosto. El dueño está siempre dando vueltas a mi alrededor. La dueña mucho menos. La dueña tiene algo mejor que hacer. (Con el chauffeur. ¡Qué cosas hay que ver y oír en este mundo! Pero yo de sobra sé que no es de buena educación repetir las conversaciones de los demás).

12 de septiembre. Ahora se trata de averiguar qué es lo que quiere de mí el dueño. Todo el día entero no hace más que repetirme: "Lorito, ¿quieres la papilla?" ¿Quién se lo habrá dicho? Puesto que yo no quiero, desde luego, la papilla. Quiero la lechuga y un hueso grande de sepia. (Quisiera también una colección de clásicos. Pero cómo pretender semejante cosa en una casa como ésta...).

15 de septiembre. "Lorito, ¿quieres la papilla?" No cabe duda, debe haber un doble significado.

25 de septiembre. Ya no aguanto más. Este idiota me repite trescientas veces al día el mismo incomprensible aforismo: "Lorito, ¿quieres la papilla". Me da tal rabia, que le daría el perejil. Cuando se cansa de repetírmelo, se sienta. Me parece que está desengañado y descorazonado; pero no sé por qué. Es muy posible que le falte un tornillo. Pero si está enfermo, que se ponga en cura, puesto que mi paciencia tiene un límite. Y hoy le he cantado las cuarenta: "¿Pero no sabes decir otra cosa — le he gritado — raza de papagayo? Más valiera que te ocupases de tu mujer, en cambio. ¡Uf! — P. S. No es una afirmación gratuita si digo que este discurso no ha sido de su agrado...".

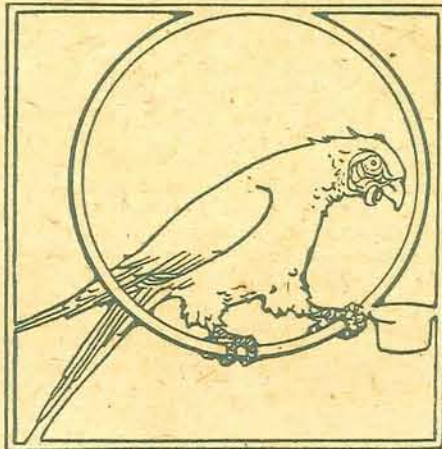
26 de septiembre. — He cambiado de dueño.

diese adivinar el trabajo del artífice, ni pudiera apercibirme del móvil de sus propósitos de intérprete. La figura de Don Fiorenzo — voz, actitudes, gestos, palabras, suspiros, pensamientos, palpitaciones, alma, toda su alma complicada y sugestiva — me parecía se uniesen entre ellos como elementos invisibles difusos en el aire, y reunidos por un mágico poder, se transubstanciaban en un hombre vivo, idéntico al que yo había concebido, con igual apariencia, idéntica substancia, el mismo misterio marcado por las huellas indelebiles de la fatalidad. Y del hombre encarnado por Ruggeri irradiaba, propagándose cada vez más, una vaga luz por la cual la realidad humilde y trágicamente vivida se revestía de algo que no era realidad, sino armonía y pura belleza artística. Mi pobre obra adquiría de este modo una forma escénica definitiva, que durante más de diez y seis años Ruggero Ruggeri ha llevado consigo a través del mundo.

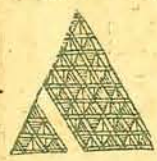
Según os dije ya, Garavaglia se avino sin recelo alguno a interpretar "Il Piccolo Santo", porque había anteriormente interpretado "Hamlet". Viceversa, Ruggeri después de haber interpretado "Hamlet" — con el cual obtuvo su más grande éxito en la patria de Irving — me dijo que él no se hubiera creído capaz de representarlo si antes no hubiese medido sus fuerzas en la interpretación del "Piccolo Santo".

Yo no me he detenido nunca a profundizar los criterios que inspiraron a Ferruccio Garavaglia y a Ruggero Ruggeri estas declaraciones en que la segunda invertía la primera. Lo que sí puedo decir es que encuentro a las dos, unidas e indelebiles en mi memoria, en mi gratitud, en mi ilusión.

(1) "Cane", en italiano.



DIBUJO DE LUIS MACAYA

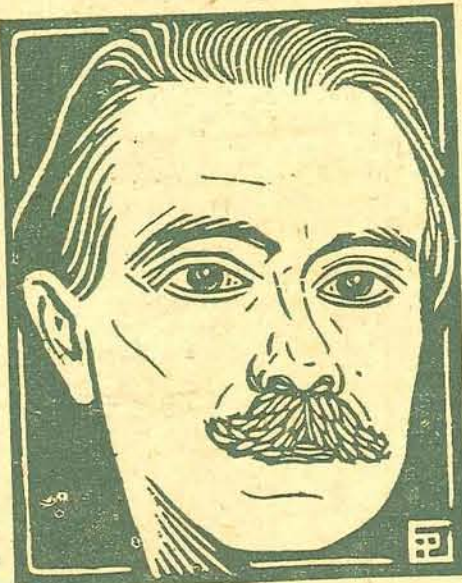


diez años de distancia, la misma pieza apenas retocada, adquiere un éxito mucho más firme y una repercusión mucho más vasta. "Le simoun", el quemante drama de Lenormand, se representó por vez primera en un teatro de París, en 1920. No obstante el prestigio de Firmin Gimier, que hacía su protagonista, la autoridad de Gastón Baty, que lo puso en escena, y la materia fuerte y original que contiene la pieza, fué entonces recibida con respeto por la crítica, pero sin que su llegada a las tablas se comentara más allá de un pequeño círculo de gente de letras, ni se prolongara mucho más de un número contado de representaciones. A los diez años, hace apenas un mes, ha vuelto a subir a otro escenario parisiense y ha llegado al público con la novedad de un estreno. Prueba ello dos cosas, aunque un poco ilógicas, bastante comunes en el teatro: que cuando se representó por vez primera pasó casi inadvertida, y que fueron necesarios diez años para que la fama creciente del autor hiciera reparar en los valores de su obra. La pieza era casi la misma. Tiene que ser muy poco lo que se le ha modificado; y así puede afirmarse con la primera versión a la vista y las referencias que llegan sobre la segunda. El número de sus cuadros apenas cambia en uno y el relato de su trama es igual, según se desprende de las crónicas que cuentan su argumento. Quiere decir que fué necesaria la acción del tiempo para hacerla pasar de una curiosidad de crítica a un éxito de público. Y es que la carrera lenta de "Le simoun" compendia con comunicativa elocuencia la ascensión paulatina de su autor. Henri de Lenormand es muy poco conocido en Buenos Aires, como no sea de las contadas personas que leen teatro y se han procurado sus ya cinco tomos de obras completas. Una única pieza suya se ha representado en nuestros escenarios. Durante la temporada de hace dos años se dió a conocer en el Odeón "Le temps est un songe". La pieza, honda, triste y envolvente, dejó al terminar una impresión desasosegada y fuerte. Fué, sin duda, el estreno de más calidad artística de esa temporada, lo que no impidió que unas niñas de pestañas largas salieran del teatro diciendo que nunca se habían aburrido tanto. Y esto que le ocurrió en Buenos Aires con la única pieza suya que hasta ahora aquí se ha representado, le ha sucedido a Lenormand en París con la mayor parte de sus obras. En ese mismo año de 1920 recién conseguía, después de muchos anteriores esfuerzos infructuosos, estrenar en teatros de mediano cartel. Pero si conseguía estrenar, no lograba atraer auditorios numerosos. La vida escénica de sus obras rara vez iba mucho más allá de las críticas inmediatas. Era original, era sobrio, era nuevo; vale decir, que sorprendía sin divertir. Sus piezas se consideraban desconcertantes y aburridas. Los que van al teatro a divertirse le reprochaban el sabor amargo de sus asuntos y de sus personajes. Y se le resistía. Pero si había una enconada resistencia en el público, había también en sus obras materia, ideas y emoción para imponerse poco a poco a la inteligencia y, acostumbrándola, a la sensibilidad. Y Lenormand, autor discutido de teatro experimental hace diez años, es hoy, si no escritor de gran público, tal vez el autor más respetado de Francia. Se le considera el más hondo y el más nuevo; el que produce con más inquietud y con más originalidad. Muchas veces se ha repetido en otros autores la historia de Lenormand. Es la de todos los que vienen a renovar y son acogidos, primero con sorpresa; después, poco a poco, con una lenta y razonada convicción. Es, para

citar el más cercano, el mismo caso de Henri Becque. Cuando apareció el austero maestro, no sólo su agrio drama de "Les corbeaux", sino hasta su admirable comedia que es "La parisienne", fueron enconadamente resistidos. Fueron necesarios los años para que se le comprendiera como el más sobrio dramaturgo de Francia. Y hoy, cada vez que se repone "La parisienne", todos los públicos, hasta los más frívolos, van a celebrar la concentrada espiritualidad de sus escenas. Tal vez llegue a lo mismo este teatro lo mismo este teatro amargo y un poco torturante de Lenormand; y, como sucede siempre cuando la consagración arriba y la fama se propaga, tal vez hasta las niñas de pestañas largas salgan de ver sus obras diciendo que se han emocionado mucho.

Así parece que ya va sucediendo con "Le simoun", y así parece que empieza a imponerse con la ayuda de la fama, cada día más amplia de su autor, en su emoción ardiente y sensual. Es el drama de un europeo que vive en una colonia africana, deformado en su mentalidad por la lejanía y el aislamiento y atenaceado en sus sentidos por el clima enervante del trópico. Lo mina la lucha con el medio hostil, con las costumbres distintas, con las artimañas intrincadas de los hombres que viven alrededor del desierto. Lo desesperan el aire de fuego, el viento quemante y la tierra caldeada, que forman su atmósfera irrespirable. Y lo envuelve, en complicidad con los elementos de la naturaleza, simbolizando sus tentáculos lujuriosos, una mujer, Aiescha, inquietante compañera de techo y de exaltaciones. Es una mestiza de español y de árabe, que compendia el ardor de una raza y la sapiencia amorosa de

"LE SIMOUN" O LA GARRA DEL CLIMA



HENRI R. LENORMAND
(Grabado en madera original de A. P. Gallienne)

las luces de la ciudad blanca se encienden con lejanía de estrellas, las músicas se oyen distantes y ondulosas y el aire enardece como un aliento de mujer, y el suelo quema como el contacto de un cuerpo, el hombre no puede estar solo. Entonces, la mestiza, dorada como las arenas del desierto, se apodera del europeo y lo hace su presa en la noche alucinante. Pero el europeo tiene una hija, único fruto de su breve matrimonio, que hace venir contra la voluntad de la compañera. Absorbente y desconfiada en su ardor salvaje, la mestiza teme que la muchacha le haga perder el cariño del hombre. Mientras

tanto, en éste se va produciendo un extraño efecto psicológico, al que no es ajeno el medio tentacular que viven los personajes. La hija que llega y a la que el padre casi no ha visto, tiene un extraño parecido con la madre. El europeo conserva de su mujer un recuerdo doloroso, pero arraigado. Se separó de ella al poco tiempo de casarse, porque lo engañaba visible, desgarradoramente. Pero es la única mujer a quien en realidad ha querido en su vida. La hija, que no ha conocido como hija, y que cuando la ve por primera vez la encuentra ya formada, se le presenta entonces como la aparición de la madre que quiso con ardor insatisfecho. Hay en el hombre una lucha entre la ternura paternal y las otras fuerzas que reviven, tenaces, a la mujer de hace veinte años. Y en la lucha tercián otros elementos que conspiran contra la noble naturaleza del europeo. Aiescha, que recibió a la muchacha con impulsos de fiera, se ha amansado en la suavidad aparente de la raza milenaria; pero ello sólo es una estratagemma para cultivar con más eficacia los sentimientos que ha visto asomar

re de muerte a la muchacha y escapa hacia el desierto, mientras el simoun sopla recio, como un fuego que alimentará la tragedia.

Por encima de la intriga, si se quiere hasta un poco excesiva, pero en armonía con el tema y con el ambiente, se percibe, aguijona y se infiltra en "Le simoun" una atmósfera sobrecargada de sensualismo y de trópico, que es, más que sus personajes, su verdadero e impalpable protagonista. Es el mayor acierto, el grande, por momentos hasta el agobiante acierto de Lenormand. Desde que el telón se levanta sobre la siesta lacia, una atmósfera de modorra y de sensualismo, de pesadez y de lujuria, envuelve al espectador como a los personajes. En ese don maravilloso que tiene este autor de infiltrar atmósferas, de hacer vivir sus climas, lo mismo la interminable bruma nórdica que los atardeceres cargados de deseos, todos los detalles contribuyen a inocular el ambiente. Todo en "Le simoun" destila una inquietud de mujer. Los cuadros de interior sólo se avivan cuando una mujer tiende su cansancio sobre el diván suntuoso; los pasacalles son pobres, desvencijados hombres corriendo tras el amor que se compra; en la noche inmensa sólo se oyen las músicas lejanas que mueven a las bailarinas mercenarias y el hilo de voz desfalleciente de la mujer que se desea; y las telas finísimas, hechas para el aire irrespirable, están hechas también para marcar las formas y transparentar las líneas. Todo, el aire quemante y el bochorno de la atmósfera, las sombras que se dibujan y los movimientos lánguidos, el cielo transparente y la tierra jalda, todo es mollicie, ardor y desasosiego en la noche africana, experta y envolvente como una hetaira.

Hay, en todo el teatro de Lenormand, tres fuerzas que lo gobiernan y mueven como hilos a sus personajes: el destino inapelable, la influencia de la organización social y la huella del medio físico. Los tres elementos están presentes en todos sus dramas, manifestándose cada uno de ellos con mayor intensidad en cada una de sus obras. En "Les ratés", que fué su primer gran éxito y que sigue siendo su pieza más característica, la pareja que constituyen sus dolorosos protagonistas va rodando de peldaño en peldaño, encadenada a esa organización social que los va haciendo desilusionarse y claudicar hasta perder toda delicadeza después de haber perdido toda esperanza, por la necesidad y el único medio de proveer a su sustento, que la sociedad les deja. En "Le lache", es sobre todo el destino indesviable el que maneja a ese personaje que, después de haber hecho todo lo posible para huir a los peligros de la guerra, se ve mezclado a ella en sobresaltos todavía mayores. Y en "Le simoun", es en parte el destino que los precipitó ciegos en la tragedia; en parte también, el medio social, presente en la diferencia de las costumbres africanas que deforman poco a poco la mentalidad y hasta los sentimientos del europeo; pero es, sobre todo, el medio físico, el sopor del clima, el aguijón sensual de la atmósfera, lo que transforma a los seres y desencadena las pasiones. En esta parte, es donde la obra adquiere su inigualable valor. Ningún autor moderno ha hecho sentir la naturaleza con la fuerza de Lenormand, que, al proyectarla sobre sus escenas, les imprime una intensidad de tragedia griega. La naturaleza, en las obras de Lenormand, y en ésta sobre todo, flota en el aire y vibra en las almas. Por eso las sacudidas de sus personajes son tan violentas; y por eso su teatro tiene una grandeza como la fuerza incommensurable que le da vida.

Milonga del Destino

Aquí me pongo a cantar
los cantos de mi región;
al par que voy madurando
se acriolla mi corazón.

Mi canto es fruto silvestre;
soy el árbol payador;
bajo el cielo, al aire libre,
madura al sol mi canción.

Por eso es roja y es verde;
agradable de sabor;
tiene el verdor de la tierra
y tiene el rojo del sol.

Vivo en estado de canto;
soy el árbol payador:
por la boca de mis frutos
mi raza da su canción.

Aunque las hachas me corten
he de verdecir igual,
con más verdor y más fuerza
como carne vegetal.

Mientras me quede raíz
renovaré mi verdor;
no hay verano que lo seque:
le está destinado a Dios!

Fernán Silva Valdés

(Para LA NACION) MONTEVIDEO, febrero de 1930

la otra; que sabe querer con entusiasmo de avalancha y con habilidad de caricia. El europeo no está enamorado; está sometido. No la quiere, porque no hay ternura en su unión; ni siquiera la estima, porque la sabe capaz de mortificarlo y engañarlo. Pero está encadenado a su piel de ébano y a sus labios sinuosos. En el sopor de la noche africana, cuando las estrellas, en el cielo clarísimo, brillan como luces y

en su hombre. Y el clima enervante, la penumbra propicia, la atmósfera cómplice, todo lleva al europeo, una noche en que el simoun pone en las almas su huella salvaje, a ver en su hija sólo a la mujer que deseó hace veinte años, que siguió deseando incesantemente en sus vigiliás de desterrado, y que ahora siente, como si la vida hubiera vuelto a entregársela. Y ante el cuadro que ella misma ha preparado, Aiescha hie-

OCTAVIO
RAMIREZ



BUENA IDEA

Sammy.—Muchachos, yo podría llevar una carga mayor; pero, ¿y si todos aligerásemos un poco?
Jack.—Hombre, magnífica idea. Empieza tú.



UN CASO DE PERPLEJIDAD

—No sé, francamente, qué diablo tendremos en las manos para que los extranjeros, cada vez que queremos saludarlos, se pongan guantes de boxeo...

**LA POLITICA MUNDIAL
SEGUN LA VE UN
CELEBRE CARICATURISTA**

OCHO "CARTOONS" DE



LOUIS RAEMAEKERS

(Derechos adquiridos por LA NACION)



Ni estadística ni terror: ¡que triunfe el derecho!



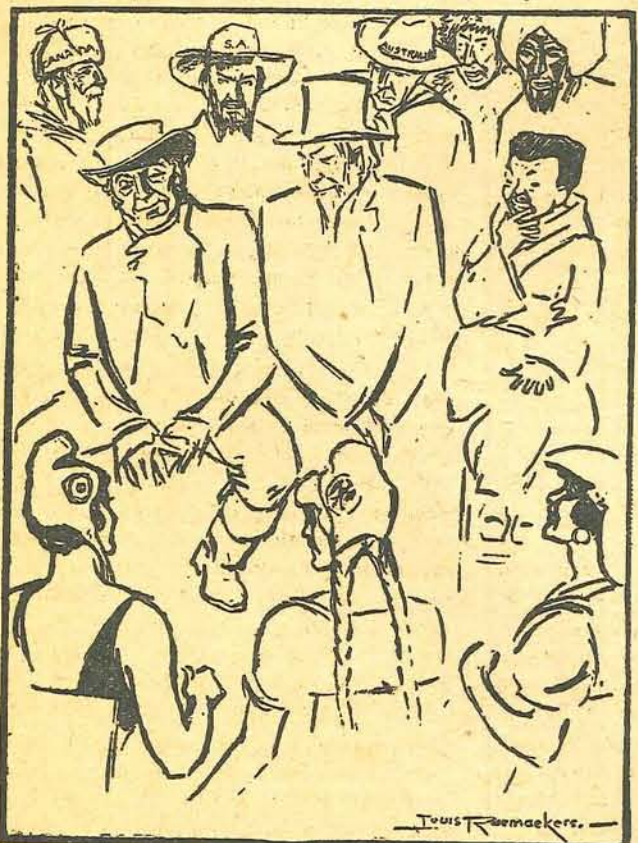
PARA LOS QUE NO CREEN...

—Se hundirán los cañones de acero; no yo.



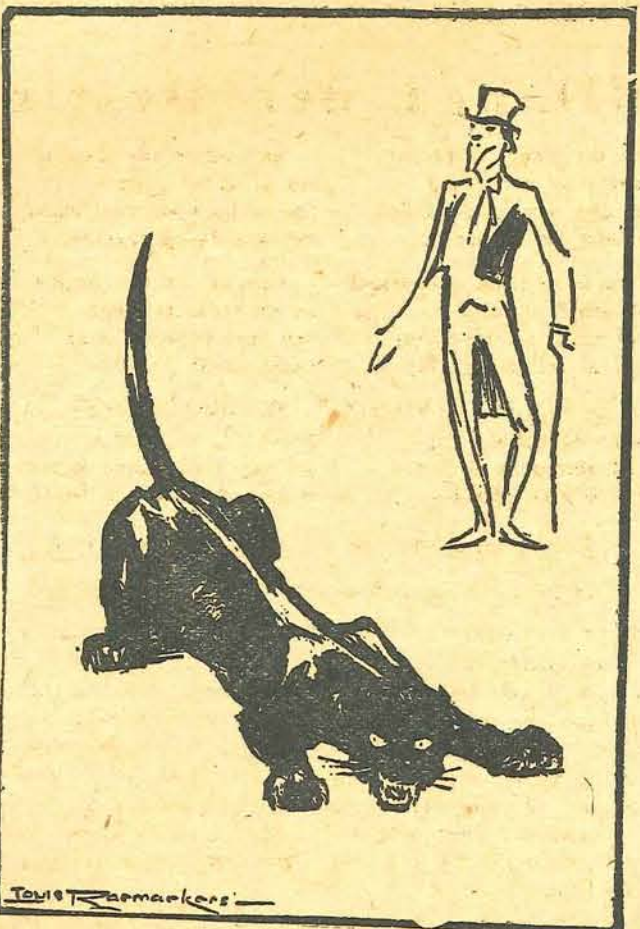
**PENETRACION PACIFICA EN EL AFRICA
DEL SUR**

El agitador bolchevique.—Mandad al diablo la cerveza de los ingleses. He aquí lo que os hace falta...



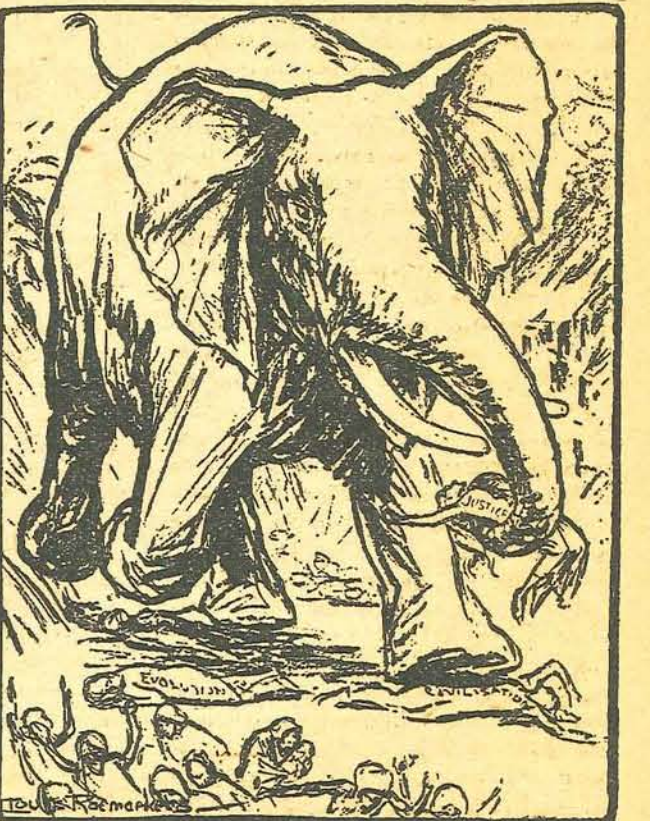
EN REALIDAD...

...¿qué saldría perdiendo cada uno de ellos si todos los ejércitos se redujesen hasta convertirse en fuerzas policiales destinadas a guardar la tranquilidad nacional y la paz internacional?



EL TIGRE DE LA GUERRA

El hermano Jonathan.—Una vez que el tigre se decida a saltar, "debe" permitirsenos alimentarlo.



LA EXPANSION BOLCHEVIQUE EN ASIA

Primer punto del programa: "Independencia absoluta de la India".

EL GENERAL

DON FRANCISCO DE MIRANDA

PRECURSOR,
APOSTOL Y MARTIR
DE LA
EMANCIPACION
HISPANO
AMERICANA

I
POR
CARLOS A.
PUEYRREDON

aun no tenía resolución del Rey que comunicarle y agregaba: "No podrá usted extrañarlo si reflexiona que para proceder con imparcialidad... es preciso tomar por medios



El general don Francisco de Miranda (1750-1816)

la atención general en los salones.

EL CORTESANO

El coronel Smith, secretario de la legación americana, su grande y leal amigo, le facilitó la primera actuación europea; le hizo dar pasaporte, le prestó dinero, reembolsado después religiosamente, y le acompañó al principio de su gira por Berlín, Potsdam y Viena, adonde Miranda fue bien recibido por Federico el Grande y el emperador José II.

De allí pasó a Hungría, Milán, Roma y Nápoles, conoció a los más importantes jesuitas expatriados de España, a quienes deseaba pedir colaboración y consejos para la magna empresa de la emancipación de las colonias.

Visitó después Grecia, Egipto, Asia Menor y pasó a Crimea, coincidiendo su gira con la llegada de Catalina II de Rusia, que a principios de 1787 había emprendido viaje por las provincias meridionales de su imperio para visitar los territorios arrancados a los turcos.

Conoció al príncipe Potemkin, quien le presentó en Kieff a la zarina. Y debió ser muy cordial y afectuosa la acogida de la Emperatriz, para que llegaran los ecos a San Petersburgo, desde adonde el embajador español Normandes escribía confidencialmente al representante francés, conde de Segui, pidiéndole informaciones sobre un coronel español que había sido tan bien recibido por la Corte.

Mientras tanto, el gobierno francés había recibido comunicaciones secretas del Conde de Aranda, expresando el deseo de España de que en cuanto pisara el territorio el reo de Es-

tado, Miranda, fuera prendido y se le remitiera bajo segura custodia para ser juzgado en Madrid.

Pero el astuto venezolano había cambiado su itinerario, deseaba ganar tiempo confiado en su absolución; sabía que en caso de condenarse no habría argumento para absolver al teniente general Cagigal y además confiaba en un cambio de la política internacional europea para poder visitar Francia, entonces aliada de España.

La profunda impresión que causó Miranda a la Zarina fue aprovechada por el hábil proscripso; sabía que tendría dificultades para continuar su viaje y obtuvo una carta circular a los embajadores de la Emperatriz, que le salvó de muchas celedas del gobierno español.

"Habiéndose granjeado el teniente coronel Francisco de Miranda las buenas gracias de Su Majestad Imperial, por sus méritos y cualidades muy distinguidas... Su Majestad, deseosa de dar... una prueba de estimación y del interés que le inspira..., recomienda a Su Excelencia acoja a Miranda con la misma distinción y aprecio que ella lo había hecho, hacerle todo género de atenciones, acordarle protección y asistencia necesaria cuando él la necesite y ofrezca el asilo de la Embajada si llegare a requerirlo. Al recomendar de este modo al coronel Miranda, S. M. la Emperatriz quiere dar un testimonio inequívoco de lo mucho que aprecia el mérito dondequiera que lo encuentra, demostrándose así al coronel Miranda".

Además de tan efusiva recomendación recibió otra nota en la cual "Su Majestad Imperial, persuadida de vuestro celo por su servicio... os permite vestir el uniforme de sus ejércitos".

Estas demostraciones de aprecio colmaron el enojo de la representación diplomática española y don Pedro de Macanaz, encargado de negocios por enfermedad del titular, dirigió una carta a Miranda en los siguientes términos: "Enterado de que usted se ha presentado en esta Corte con el título de conde de Miranda, al servicio del Rey, mi amo, en el grado de coronel, me es indispensable el exigir de usted la patente o instrumento que lo acredite, previéndole que de no hacerlo así procederé contra usted, a fin de que no haga uso de dicho uniforme".

La contestación inmediata de Miranda le pintó de cuerpo entero:

"No me faltarían medios con que satisfacer la incredulidad o vanidad de usted si el modo en que lo solieita por la carta de ayer fuese más propio y decente. La amenaza con que usted concluye es tan ridícula como grosero y despreciable su lenguaje... que sólo puede usted usar con los que tengan la desgracia de ser sus inferiores".

El grado militar lo había conquistado en los campos de batalla y si sus reiterados pedidos de baja y aun el proceso pendiente fueran motivo para no poder usarlo, tenía el nombramiento de coronel de los ejércitos de Rusia; en cuanto al título de conde, jamás lo usó, pero probablemente admitió que se lo dieran en el trato social y su origen debió ser por error de los rusos suponiendo que la partícula "de" significaba aquel título de nobleza.

No sabiendo qué partido tomar el diplomático español reclamó a la Emperatriz, quien, con ingenio, salió del paso, haciéndole contestar que si el conde de Miranda era un hombre peligroso para España, deberían estar contentos de que se encontrara en un país tan lejano.

Recurrió entonces a los embajadores de Francia y Nápoles.

(Continúa en la pág. 35)

EST un Don Quichotte, avec cette difference que "celui-ci n'est pas fou" fué la impresión de Napoleón cuando

conoció a Miranda en un banquete, agregando: "cet homme-là a du feu sacré dans l'âme".

Nacido en Caracas en 1750, de familia decente y adinerada, compró por ocho mil pesos plaza de oficial en las milicias del Rey, regimiento de la Princesa; combatió en Marruecos y Argelia, pasó a Cádiz y se le dió destino después en las tropas que al mando de D. Bernardo de Gálvez, gobernador de Luisiana, cooperaron en las hostilidades contra Gran Bretaña tomando a Pensacola en 1781 y con posterioridad asistió al ataque de la capital de las Bahamas. En Cuba, siendo edecán de Cagigal, desempeñó la misión oficial de pasar a Jamaica para tramitar canje de prisioneros y además se le autorizó secretamente para importar de regreso mercaderías; así bajo el disfraz de contrabandista podría obtener planos de las fortificaciones e influir sobre el estado y fuerzas de aquella guarnición.

La misión cumplida con éxito fué motivo de emulación de oficiales españoles; con motivo de las mercedes introducidas para disimular el espionaje, tanto él como el gobernador cuyas órdenes reservadas cumpliera, fueron procesados por los terribles tribunales de la Península. Hubo orden de prisión por comercio ilícito; ampliándose el proceso acusándolo de haber permitido a un general inglés visitar las fortificaciones de la Habana.

Era entonces teniente coronel y había sido propuesto dos veces para el ascenso, pero el juicio pendiente impidió que fuera confirmado.

Miranda se dió cuenta que los españoles le temían por su prestigio, le tildaban de discolo y exaltado, y para perderle estaban dispuestos a manchar su nombre con fama de traidor.

"Si te acusan de robar la luna, ha dicho Voltaire, ponte en salvo durante el proceso"; Miranda siguió esta máxima y cruzó a los Estados Unidos con cartas efusivas del gobernador de Cuba.

Los ecos del clarín se habían apagado, pero estaban frescas aun las huellas dejadas por los ejércitos; vivían y actuaban los héroes de la epopeya, algunos empuñando el arado y otros dirigiendo la política.

El ex presidente Adams en carta dirigida al periodista Lloyd decía en 1815: "Durante nuestra revolución estuvo el general Miranda en los Estados Unidos y los visitó y recorrió casi todos. Fué presentado al general Washington, a sus ayudantes y a los principales miembros de su familia, lo mismo que a varios generales y miembros de nuestras milicias. Adquirió entre nosotros la reputación de un hombre que había hecho estudios clásicos, que poseía conocimientos universales y era consumado en el arte de la guerra".

"Pasaba por ser muy sagaz, de imaginación inquieta y de una curiosidad insaciable. Según la opinión entonces dominante, Miranda sabía más que ningún otro de nuestra vida social y política, de nuestra guerra, batallas y escaramuzas, sitios y combates, todo lo cual conocía y juzgaba con mayor serenidad y tino que cualquiera de nuestros estadistas. Su tema constante era la independencia de la América del Sur... la impaciencia con que soportan el yugo español y el deseo que las ánimas se rompieran. Indudablemente logró llenar las cabezas de muchos jóvenes militares con visiones brillantísimas de fortuna, de comercio libre, de gobierno republicano..."

En año y medio de estadía, fué anotando en su diario íntimo todas las impresiones que la gente y las cosas de aquel país le producían.

El profesor W. S. Robertson, de la Universidad de Illinois, uno de los más eruditos biógrafos del ilustre hispanoamericano, ha reproducido en 1928, dicho diario, descubierto hace poco tiempo en Gran Bretaña. Ahí figuran los principales hombres de la revolución norteamericana, están anotadas minuciosamente todas las observaciones dignas de atención, detalles domésticos, siluetas de hombres y mujeres, industria, comercio y población. En cada ciudad que visita concurre a las bibliotecas, anota el número de volúmenes; eran pocos pero muy leídos.

Le impresionó el espíritu de

justicia: un labrador sufrió perjuicios por que el ejército auxiliador de Francia había pisoteado parte de sus sementeras; se presentó en queja al "sheriff", quien ordenó la detención del general Rochambeau, a pesar de estar al mando del ejército, y le condenó a pagar daños y perjuicios, sentencia que fué acatada. Miranda se emociona de un acto que contrasta con el sistema arbitrario imperante en las colonias españolas y expresa en su diario: "¿Cómo es posible que baxo de semejantes auxilios no florezcan los países mas aridos y desiertos y que los hombres mas Pucilanimes e infimos sean dentro de poco tiempo honestos, justos, industriosos, Sabios y Valientes?"

Se dió cuenta que la nueva república americana no estaba en condiciones de apoyar materialmente sus ideales: se había desangrado en larga lucha, sus heridas aun no estaban cerradas y el ejército y marina eran apenas suficientes para la defensa de sus fronteras.

Además, fomentar la independencia de las colonias españolas era dar un golpe recio a su reciente alianza, que al debilitarse perjudicaba a Francia, beneficiando por tanto a Gran Bretaña, contra la cual los Estados Unidos no habían aún olvidado sus rencores.

Resolvió embarcarse para Londres adonde llegó el 10 de febrero de 1785, lo que ya sabía el gobierno español por carta de F. de Quintana escrita en Filadelfia, que decía: "Desde ésta se va a Londres a presentar un proyecto para tomar algunas plazas de Nuestra Costa Occidental de América, que a V. E. le será muy sensible y a España pernicioso".

Íntiles fueron las gestiones del gobierno español y aun de amigos de Miranda para que éste se trasladara a Madrid a fin de defenderse de los cargos calumniosos que le inculpaban; sabía que si le absolvieran de ellos le juzgarían por ideas contrarias al vasallaje. Escribió a Florida-Blanca, reclamando su absolución porque ella le era necesaria para el prestigio de su nombre.

El secretario de Estado le contestó en julio de 1785 que

ESTAMOS en Oberammergau, en Baviera, en la Alta Baviera. Es decir, estamos en las cercanías de Oberammergau, en una especie de altiplano. Abajo, como una mancha de plata — plata bruñida — el Ammer, silenciosamente, besa deslizándose las riberas del poético valle de los Alpes. ¿Cómo hemos llegado hasta Oberammergau...? ¿Cuál es el objeto de nuestro arribo a este pueblecito alemán, al que bien pudiera llamarse el segundo Jerusalén...? Digamos que nos llevó la fantasía — la fantasía que es gran viajera — y que nuestro solo objeto ha sido el de "conversar" con tres seres mortales a quienes la dicha señaló con su mano suave.

Cumple, pues, antes de adelantar, que presentemos a nuestros protagonistas. ¿Cómo hacerlo para acertar...? "Haciéndolos" nosotros mismos, presentándolos tal cual los siente nuestra imaginación.

Así, comencemos por Anny Rutz, que hace poco ha sido elegida para representar a la

monumento, además de la figura del Redentor, muestra a la Virgen María y al buen Juan. El grupo es un soberbio acierto del cincel de Halbig y fué su donante el Rey Luis II de Baviera.

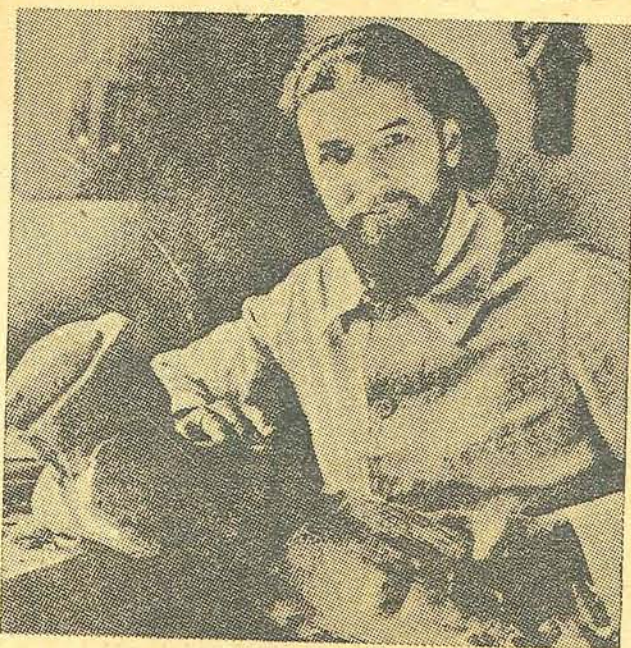
Hemos llegado. Y antes de que crucemos las primeras palabras, nos hemos quedado absortos viendo el milagro de la naturaleza. Como un eco de algún canto que fuese lanzado muy lejanamente, llega hasta nosotros el susurro del Ammer. La brisa tiene fragancias de una delicadeza extremada. El silencio que domina al valle de los Alpes, es roto por un grito que sabe a blasfemia. Allí abajo un mocelón de modales toscos, haciendo con las manos caracola, lanza una palabra larga, estridente. Algo así como un nombre. Al oírlo, pareciera que se oía a un gañán castellano, cuando, en medio de la planicie, expande:

—¡Juanicooooo...ooo...ooo!

Anny Rutz, la frágil muchachita, la Virgen María de Oberammergau, tapa sus



Anny Rutz, la joven dactilógrafa que representa a la Virgen María



Alois Lang, que encarna en el teatro de Oberammergau la figura del Redentor



Anton Isenring, un vecino de Oberammergau elegido para el papel de "Apóstol Jacobo"



Joseph Führer, ("Apóstol Tomás")

nar. Aunque sea de mentira... Habla ahora Anny.

—Tú eres muy bueno. Guido... No tienes por qué estar triste.

—Sí, lo seré, pues que tú lo dices, Anny. Pero también Judas era bueno. ¿Verdad que Judas era bueno...? Esto nadie puede dudarlo. Jesús no lo eligió su discípulo porque fuera malo. Hoy, en nuestros días, abundan los Judas y escasean los que puedan parecerse a Jesús. De los primeros, unos son malos y otros son buenos. Algunos traicionan por vocación, otros lo hacen inconscientemente, movidos por un designio maléfico. ¿Acaso era malo Wilhelm, el carpintero...? Y sin embargo, traicionó y vendió a Friedrich tan sólo por unos dineros, que ni disfrutó siquiera...

Terció Alois:

—Mal le pagó, es cierto, todo cuanto de bueno le hizo Friedrich. El cielo le dió su pago...

Pregunté, a mi vez, interesado: —¿Quién era



Andrés Lindele ("Gamaliel")

Wilhelm y quién Friedrich...? Me contestó

Anny: —Señor y siervo. Maestro y discípulo. El primero lo elevó, lo educó, lo protegió y encaminó sus pasos. Un día Friedrich quiso ser independiente. Era un muy hábil carpintero. Quería establecerse. Y Wilhelm le dió todo lo necesario. De pronto, el bienhechor cae envuelto en un proceso por usurpación. Hacen falta testigos falsos. El primero en acudir...

—Fué Friedrich...

—Fué Friedrich, señor. Sin tiempo para disfrutar la soldada, se hirió una mano con una gubia, y la infección terminó con él.

—Se repitió entonces, la Historia...

—Eso — dice Alois, grave — es la historia de todos los días, de todos los hombres. Siempre hay hombres que se parecen a Jesús y hombres que parecen la encarnación de Judas. Viven entre nosotros, tocándonos, hablándonos, comen a nuestra misma mesa, viven bajo nuestro propio techo, y no podemos descubrirlos. De la misma forma que hay muchas mujeres parecidas a María, madre, y a María, la de Magdala. Vuelvo a preguntar:

—¿Y usted, Anny, nada dijo acerca de su papel...?

—¡Es tan poco lo que puedo decir! En el pueblo todos lo saben. Me llaman la madre, en Oberammergau. Verá usted. Yo era casi una niña cuando estalló la guerra. ¿Sabe usted lo que es la guerra...? ¿Llegó

usted a comprender todo el horror de nuestra guerra...? Pues bien, desde el primer chispazo, todos los días llegaban a Oberammergau grupos de estirados jefes y oficiales. Sus uniformes grises manchaban la pureza de este valle de paz y hasta parecían turbias las aguas del Ammer. Se llevaban a los hombres y a nosotras nos obligaban a coser ropas militares. Un día, creo que en 1916, se llevaron también a mi único hermanito, un niño casi... ¿Verdad que era un crimen? ¿Verdad que la guerra no debe ser para los niños de 17 años? Esto dije yo. Pero no me hicieron caso. Se lo llevaron a la fuerza, señor, después de arrancarlo de entre mis brazos. El lloraba, lloraba porque era un niño. Pero se lo llevaron...

Los ojos de Anny Rutz se empañan de lágrimas. Tiemblan sus labios, y de su cuerpo se apodera un movimiento nervioso.

Interviene Alois:

—Vamos, vamos, mi buena Anny... Aquello ya pasó... —¿Era mi hermano, señor,



El actor encargado del papel de Herodes, Hans Mayo, que en la vida real es un buen amigo de los niños

pero le quería como si fuera mi hijo! ¿Verdad que usted comprende que una hermana, a veces, pueda sacrificarse y hacer de madre por un hermano?

Guido me dice, quedamente: —Por eso le llamamos la madre. La pobre creyó enloquecer cuando, entre los que no quedaron allá, no lo descubrió...

Con la noche, llegamos nuevamente a Oberammergau. Me despedí de Anny, sin pronunciar una sola palabra. La vimos desaparecer por una calleja de casitas blancas hasta perderse en un portón oscuro, sobre el cual resaltó como iluminada, la fina silueta de la joven.

Alois y Guido me instaron repetidas veces a que los acompañase a beber un jarro de cerveza. Rehusé.

Los nuevos Jesús y Judas, juntos del brazo, desaparecieron ante mi vista. Estos dos grandes camaradas habrán de separarse una tarde de 1930 para jugar al aire libre sus respectivos papeles.

Guido Mayr precederá a la soldadesca teatral y besará la mejilla de Alois Lang, como Judas Iscariote, hace veinte siglos, besó a Jesús de Nazareth. Entonces se salvó el mundo y ahora será sólo una conmemoración. Pero, por obra y gracia de los habitantes de Oberammergau, volverá el mundo a saber lo que vale un beso de traidor y lo que representa para el género humano la crucifixión de un justo.

Muy lejos del pueblo, llegó hasta mí el murmullo encantador del Ammer.

Y pensé en Anny Rutz, la nueva Virgen María, la madre de Oberammergau...

El escultor Guido Mayr, que tiene a su cargo el desairado papel de Judas Iscariote

Leonard Maderspacher ("Apóstol Tadeo")

Virgen María, en la Pasión que, de diez en diez años, ofrece al mundo, a consecuencia de un voto, el pueblo de Oberammergau.

Anny Rutz es bella, no mucho, pero es bella como son de bellas las mujeres pueblerinas. Su rostro, un magnífico óvalo sin afeites, proyecta simpatía y bondad, sobre todo bondad. Trabaja todo el día en los quehaceres domésticos, y allá, al caer la tarde, sus brazos, entrecruzados, se llenan de flores blancas y azules. Y las lleva en su regazo para dárselas al mortal que sueña acaso — como nuestro señor Don Quijote — en que la rústica mujer del pueblo es una princesa que habita fantástico palacio.

Es la hora tibia de la media tarde y Anny Rutz nos recibe sonriente, alegres sus ojos esmeralda.

Anny Rutz cambia en su idioma unas cuantas palabras con Alois Lang y Guido Mayr, y me tiende una mano, que no encuentro entre la mía, de tan breve.

Alois Lang y Guido Mayr son dos sencillos trabajadores, elevados de repente, el primero, a la posición de más honor que existe para los felices habitantes de Oberammergau, es decir, a representar el papel de Jesucristo en la Pasión de 1930, y el segundo — Guido Mayr — designado para volver a vender al Justo y a osculizarlo traidoramente de nuevo en el Monte de los Olivos de Oberammergau.

En medio de estos tres afortunados mortales, caminé, no sé cuánto tiempo ni por qué vericuetos, hasta llegar a un magnífico altozano, en cuya cresta se alza un gigantesco monumento dedicado a perpetuar el martirio de Cristo. El

oídos con sus manitas de nieve, y ríe, ríe delicadamente, como podría reír una flor, si fuese dable que las flores sonriesen. Alois Lang fuma una pipa y Guido Mayr desbasta una rama...

Yo los miro indistintamente. Luego me dirijo a Alois, que está más cerca de mí, y que es también, de los tres, quien mejor me entiende.

—¿Está contento, Alois, por haber recaído en usted la designación para desempeñar el papel de Jesús...?

—Sí que lo estoy. No puede usted figurárselo bien. Y mire, ¿sabe por qué? Voy a explicarlo. Porque, además del honor que significa para mí y para los míos — algunos de los cuales fueron como yo favorecidos con la misma designación — porque voy a tener ocasión de hacer revivir las sagradas parábolas del Justo. Si yo pudiera... Si los hombres no fuesen como son, lerds de entendimiento y cortos de espíritu, yo me lanzaría por esos mundos, repitiendo una y mil veces las palabras de Jesús. Pero, el día de la representación, hablaré con toda el alma, pondré el alma en cada palabra, para que lleguen bien al corazón de quienes las escuchen.

Guido Mayr, de pronto, dice:

—Y yo también, ¿sabe...? he de representar mi papel de traidor, con toda el alma. Por mí, Judas volverá a vender a su Maestro. Y, cosa rara, desde el día que supe el papel que me tocaba desempeñar, vivo entristecido... No sé..., pero es muy triste tener que traicio-

LA PASION
EN OBERAMMERGAU
JESUS DE NAZARETH,
MARIA Y JUDAS ISCARIOTE
Por GERMAN FERNANDEZ FRAGA

MARIO COSTA

O EL ALMA MUSICAL DE NAPOLES

HE vuelto a ver a Mario Costa, el autor de una obra maestra — la "Historia de un Pierrot" — que nació en París hace

treinta y cinco años y es célebre en el mundo entero. He vuelto a ver a Mario Costa en su destierro otoñal, invernal y primaveral. Triste cosa el destierro... Pero este destierro os parecerá merecer menos compasión humana en cuanto explique que el ilustre músico italiano, alegre y esbuelto joven de setenta años, está en exilio durante nueve meses del año en Monte Carlo. Pero no es la única originalidad de Mario Costa la de haber elegido como destierro la Tebaida más dorada y poblada del mundo, aparte de sus originalidades musicales de artista que debe todas sus notas a su propio numen. Otro de los rasgos originales de Mario Costa en el destierro consiste en vivir durante nueve meses del año al lado del gigantesco garito del universo, de pasar seis veces por día, mil seiscientas veces, durante su estadía delante de las puertas de la ilusoria e irresistible tentación sin poner jamás los pies en el Casino. El camino de Damasco, la virtud del convertido, del arrependido... ¿Cuántos derechos de autor, recién cobrados en París o en Milán, ha dejado en otros tiempos sobre las docenas, las líneas, las calles, los cuadrados, los números y los colores? Ahora, el jugador arrependido mira cómo se someten los demás al capricho de una bolilla. El, más sensato, a cien metros de la tempestuosa ruleta, juega en su hotel durante largas tardes y veladas un honrado y tranquilo "bridge" con un grupo de señoras jóvenes. Si, jóvenes, porque en Monte Carlo ocurre a menudo que uno encuentra fuera del Casino, viviendo de otra cosa que de martingalas y sistemas, de ruletas y de "croupiers", a algunas señoras jóvenes para quienes el juego no es aún la última salvación. Pero os desafío a que encontréis afuera una sola anciana. Todas las señoras de edad están dentro, en la sala de juego, en su puesto acostumbrado, día y noche.

—No. No trabajo en este momento—contesta Mario Costa a mi pregunta—. Tengo este año el sacrosanto derecho de descansar. Desde Año Nuevo hasta el verano de 1929 he rehecho totalmente—y agregado a la partitura varios trozos nuevos— toda la parte instrumental de mi opereta "Scugnizza". En pocos meses he copiado un millón de notas... Déjame, pues, gozar en paz y sin remordimientos de este otoño dorado, de la paz de mi exilio en este Monte Carlo que adoro...

Adora Monte Carlo porque, en el fondo, tiene algo de París. Este músico italianísimo, este príncipe de la canción napolitana, este italiano del Mediodía, lleno de entusiasmo y de esplendor, es a la vez el más parisiense de los hombres, el más fiel de los "vieux parisiens", animales humanos que viven en París, donde se han incrustado, pero que han nacido, infaliblemente, a 1500 kilómetros, a vuelo de pájaro, por lo menos, del Sena. Mario Costa, cuya música nació triunfante en Nápoles, encontró editores más cordiales y hospitalarios en Londres y en París que en Milán o en Roma, emigró pronto de Italia y asistió en París al memorable bautismo de la "Historia de un Pierrot". No cosas, días, alegrías que no olvida un artista, que atan siempre a un hombre a un país. Así, pues, ardiente italiano, napolitano irreductible, peregrino anual a su tierra, Mario Costa no ha podido separarse en treinta años de su segunda patria: París.

La aventura les ha ocurrido además a muchos otros napolitanos, músicos, artistas, escritores: enamorarse de París para toda la vida, aunque permaneciendo fieles a Nápoles toda la vida. Y es que el alma profunda de las dos metrópolis, París y Nápoles, se parece extrañamente, y es difícil encontrar dos corazonas humanas más próximas, como sensibilidad y manifestación, que el de un parisiense y el de un napolitano. En una y otra ciudad, en una y otra sensibilidad, el sentimiento juega con la ironía, la risa se abre pronto camino entre las lágrimas fáciles, el poeta da la mano al escéptico, los labios sonríen si llora el corazón, y todo, como decía Beaumarchais, "tout finit par des chansons..."

Canções... Canções súgidas impetuosamente del corazón, canções de ternura y de amor, canções que el numen improvisa de un golpe de ala, canções que el alma misma de un pueblo entrega a un artista para recibir las luego de él y convertirlas en su propio canto... No me corresponde dar consejos a los hombres que gobiernan a Italia. Pero quisiera que leyeran estas líneas y pensarán en pedir a Mario Costa un nuevo himno, un nuevo canto, una voz de la nueva pasión italiana. Creo que nos daría una obra maestra. Confuso, infortunado, Mario Costa siente nacer en sus adentros ese canto, ese himno. Puedo decir que tal es ahora su más grande ensueño de artista, su constante pensamiento. Este cantor popular, este poeta musical que llenó durante veinte años a Nápoles y al mundo con sus canções, quiere volver hoy a las amplias voces, a los ecos inmeditados y profundos de su juventud lejana, cuando una dulce noche de septiembre, en Nápoles, en medio de las mullidas jóvenes y las suntuosas luces de un coche florido para la noche de cantos de Piedigrotta, nació de improviso una de sus canções bajo las estrellas, frente al mar, al aire libre en una gran plaza, y le fué arrebatada inmediatamente por las guitarras y las mandolinas del coche, por las veinte mil voces de la muchedumbre, y enviada así, en vuelo, en el aire, a las almas enamoradas de música italiana, en las cinco partes del mundo. Hoy, después de un cuarto de siglo de óperas cómicas y de operetas—desde el admirable "Capitán Fracassa" hasta el triunfal "Scugnizza"—después de un cuarto de siglo de teatros, de salas cerradas, de orquestas matemáticas, de coros limitados, de entre cajas estrechas, de fondos ilusorios y de ficciones escénicas, el antiguo Costas de sus años mozos, el "chansonnier" del pueblo de Nápoles, el dios de la vieja canción, el músico que tenía como orquesta y coro a toda una ciudad de un millón de habitantes, quiere volver a las plazas, quie-

re encontrarse de nuevo con la muchedumbre, quiere inflamar con su música, no a una sala de teatro, sino a toda una metrópoli y dar un canto, un gran canto del pueblo a su patria renovada. Pero ¿dónde están las palabras de ese himno, donde está el popular poeta para este músico del pueblo? Hace treinta años, teníamos a... Salvatore di Giacomo, el gran poeta de Nápoles que daba todos los años al numen de Mario Costa las canções y las estrofas que se le ocurrían, cantos de fiesta, cantos de me-

provisaban durante el verano, sobre esos versos, una serie ininterrumpida de obras maestras. Y delante de toda Nápoles, cada año, en la noche del 7 de septiembre, desde los carros floridos e iluminados, listos para la peregrinación nocturna a la Virgen de Piedigrotta, los tenores ilustres de los ilustres teatros, las sopranos famosas de los principales escenarios europeos, u obscuros y hermosos voces del pueblo, salidas de quién sabe dónde, lanzaban en medio de un delirio de aclamaciones, de un frenesí de endiablados refranes, de un alegre infierno de melodías, las canções de Nápoles a los napolitanos. Después, todo eso cambió. Demasiados poetas menores. Y cada cual se improvisa músico hoy. La canción napolitana se convierte en artículo de exportación, como los tomates en caja: cada vez se piden más cajas y más canções.

Y entonces intervienen los mercaderes. Contratan por mes a los poetas y los músicos: tantas liras por mes y tantas canções por año, numen obligatorio, inspiración a fecha fija, música industrial, canções en serie. Los mejores artistas se retiran disgustados y callan. Los pocos buenos que permanecen tras de las rejas del mercado son sumergidos por la turba de los mediocres y los ineptos. Vino la guerra. Con ella se interrumpió la tradición secular, que se reanudó después del armisticio. Piedigrotta vuelve a empezar. Pero no es lo de antes. Las bellas canções son raras. El público no les presta ya atención. Las canções nacen en las noches de audición, en los teatros cerrados, para dar dinero. Y no estallan, imprevistas y libres, en las plazas públicas, para ser oídas al pueblo. Nápoles canta aún, porque cantará siempre y en toda forma. Pero canta menos que antes, canta distraída y desgana, canta solamente por la vieja costumbre, canta melancólicamente, a media voz, casi diría a medio corazón...

Mario Costa quisiera hacerla cantar de nuevo, de todo corazón, a toda voz, con todo su pueblo, todas sus noches, en todos sus balcones, en todas sus guitarras, como antes... Quisiera retraer la música—por lo menos en el pueblo—a sus limpidas fuentes melódicas, a su ingenio hechizo... Está harto de "jazz" él, que hizo vibrar en sus violines los suspiros nostálgicos de Pierrot. Está saturado de estrepitosas disonancias este tiernísimo músico, rival quizá de Puccini en el arte de dar toda la sugestión posible a la penumbra musical, todo su humilde canto a la palabra sumisa, todo su delicado misterio a la armonía secreta. —Y, en cambio—me dice Costa—, por todas partes reina la horrenda "jazz". No puedo negar que la música norteamericana ha revelado—a través de su aquarella fónica, en su demencia combativa de instrumentos extraños y diso-

Mario Costa, el ilustre compositor de "El capitán Fracassa" y de "Scugnizza"

lancolia, cantos que cantan los enamorados al mar y a la luz de la luna, o canções para llevar a los soldados a sus cuarteles, "ritornellas", bailes, brindis, idillos, sueños, fantasías, serenatas, disparates y toda clase de cosas románticas; Nápoles, toda Nápoles, con su risa y su llanto, su miseria y su esplendor, su mar y sus mujeres, su sol y su luna, sus suspiros y sus gritos. Pero ahora, Salvatore di Giacomo es miembro de la Academia de Italia. El hombre ilustre recibe los honores que se le tributan, pero el poeta calla. Además, una cruel dolencia ha amenazado gravemente su vida. Así, pues, en el momento en que más quisiera cantar a su patria renovada, a Italia toda en flor, Mario Costa no tiene a su poeta, y esto lo consume.

Su gran canto vive inútil, sin palabras en su alma. Además, no volveremos a ver jamás los tiempos de nuestros veinte años, la edad heroica de la canción napolitana, cuando los poetas, ¡y qué poetas!, Salvatore di Giacomo, Ferdinando Russo, Roberto Bracco, daban todas las primaveras al pueblo napolitano sus cantos alegres o tristes, sus "tarantellas" y sus alegrías, mientras grandes músicos espontáneos, fáciles, comovidos, inventivos, comunicativos—Mario Costa y Francesco Paolo Tosti, Enrico de Leva y Luigi Denza, para citar solamente a los principales—im-

LUCIO D'AMBRA

(Para LA NACION)

MILAN, enero de 1930



nantes — algunos aspectos originales de la melodía, algunos aciertos extravagantes y sabrosos de armonías nuevas. Pero el exceso es intolerable, la obsesión es terrible. Y, además, toda la vida se convierte en "jazz" en torno de nosotros: desorden, estridencia, precipitación, fragor, obsesión, incubo... Bien sabes cuánto adoro a París. Ahora lo huyo: el tumulto, el estrépito, el babélico desorden son excesivos. Es una gigantesca y espantosa "jazz" de la mañana a la noche. Y me refugio aquí, en Monte Carlo, uno de los grandes lugares de cita del mundo... Me siento en paz... Los automóviles se detienen allá en la plaza. En el Casino, el silencio. Por estas hermosas avenidas arboladas se escucha aún el trotar de nuestros viejos caballos y el querido son de sus cascabeles. Allá, en el café, de pronto—¿no lo oyes, con sus violines?—un viejo vals de Strauss... Y la paz es tan grande en este enorme y ordenado caravanserrallo internacional, que me parece volver cuarenta años atrás, y de noche, cuando vuelvo a mi pieza, en vez de dar vuelta a la llave de la luz eléctrica estoy a punto de pedirle una vela al camarero.

Joven aun en sus robustos setenta años, que apenas parecen sesenta, Mario Costa—no obstante la fatiga de los millones de notas de "Scugnizza"—, tiene deseos de escribir en esta paz, además del himno, alguna obra nueva, opereta, ópera cómica, ópera... ¿quién sabe?

—Te vas a caer de espaldas! Hoy fui al concierto. Monte Carlo tiene eso de bueno también para los melómanos como yo: casi un concierto sinfónico diario. Y hoy hubo gran fiesta: Beethoven, Chopin, Mozart. Grandes cerebros de músicos, indudablemente. Pero genios musicales, formidables cerebros que escribían música con el corazón. Porque con el corazón se escribe la música, o, por lo menos, se escribía. Con el corazón se ha hecho siempre y se hará siempre toda obra de arte. Pero hoy está de moda no tenerlo, o esconder el corazón. ¿Y qué música quieres tú que se escriba con el corazón oculto, silencioso? Si él no habla, si él no dicta, ¿quién escribe? Pero ahora, esa es la moda en la música, en la literatura: aridez, insensibilidad, cerebro estéril. ¿Y quién se atreve, siendo anciano ya, a ir contra la corriente? Seguir la corriente es para un viejo artista honesto y sincero un delito imposible. Entonces, nada. Callar. Arreglar y arreglar mi música vieja, que me parece viva, fresca aun, porque me vino del alma, que no envejece, que no muere. Y tapando los oídos a los ecos de la "jazz" con que se conforma provisoriamente una humanidad joven y sin música, ir a escuchar a Beethoven el eterno. Y Listz, mi gran Listz—también lo he escuchado hoy—qué potencia, qué música, qué grito del alma, qué canto del corazón... ¡Estos jóvenes, estos jóvenes de hoy! Están tan lejos de la verdadera música como de la verdadera poesía. Pero esto no durará mucho. Ellos también envejecerán. Y verán entonces, al envejecer, que la música verdadera, la poesía verdadera, son necesarias para vivir, para soñar aún.

Así, pues, Mario Costa no quiere trabajar más. Esta época no es para los músicos del corazón. Pero cuando estoy por retirarme, el ilustre compositor me lleva aparte y me dice misteriosamente:

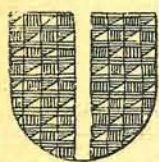
"A ver si encuentras un 'libretto', si se te ocurre una buena idea... ¿Quién sabe? Ya me estoy hartando de 'bridge'; y Monte Carlo, donde nadie hace nada, me da unas ganas locas de trabajar".



NOTAS DE UN "RAID" POR LAS DOS AMERICAS

Por tierras de Guatemala

Por Aimé F.
Tschiffely



U N camino regularmente bueno lleva de la frontera hasta la ciudad de Guatemala. Es cierto que abundan las cuestas escarpadas, pero la perspectiva de alcanzar regiones más elevadas, de clima templado y saludable, donde bellas praderas alternan con frondosos pinares, hacen olvidar al viajero las penurias del momento y lo llenan de sana alegría, retemperando su espíritu.

Pasamos por el valle de Mita, y luego, de arriba, tuvimos una notable vista del mismo. Este valle, semejando un enor-

me recipiente, está sembrado de numerosas lomas de origen volcánico. Todas tienen la misma forma, como panes de azúcar, y no pude menos que imaginarme lo que debe haber sido el mismo valle en edades remotas, cuando todos esos cráteres escupían fuego y humo.

Lluvias diarias y pesadas cerrazones me tenían calado hasta los huesos, mas ello no importaba, pues sobraban pastos jugosos para los caballos e íbamos alegres de corazón.

A medida que nos acercamos a la capital, notamos la campiña más y más poblada, y finalmente, de la cumbre de un cerro, divisamos la ciudad, pintorescamente situada en una llanura. Llovía a mares cuando entramos en Guatemala.

La ciudad es relativamente nueva, habiendo sido fundada después de que Guatemala antigua fuera destruida dos veces por los volcanes vecinos. Hace pocos años la nueva capital también sufrió un violento temblor de tierra, cuyos efectos aun son visibles en los suburbios, donde hileras enteras de ruinas de otrora bonitos chalets son mudos testigos de aquellas horas aciagas.

Pocos atractivos ofrece la capital, pero los alrededores, sembrados de lomas encantadoras, y el clima delicioso, eternamente primaveral, compensan con creces al turista ávido de vida y belleza.

Pese a los cuidados extremos tomados durante todo el viaje y a cuantas precauciones imaginables contra la malaria, me había hecho tan confiado en que nunca la contraería, que mientras fuimos por El Salva-

dor, me descuidé bastante. Poco tardé en pagar las consecuencias, y en la ciudad de Guatemala sufrí los primeros ataques fuertes de esa enfermedad tropical. Cuando, como en este caso, vivía rodeado de comodidades, podía combatir el mal, mas cuando era necesario dormir como un perro sobre pisos de tierra húmedos y marchar sin interrupción, con penurias y privaciones sin fin, grande fué la penalidad por la negligencia, y si no fuera por mi constitución excepcionalmente vigorosa, la malaria me habría derrotado sin duda. Pese a algunos ataques muy violentos, en ningún momento dejé de cumplir con el programa fijado y lo que entendí eran mis obligaciones, especialmente el cuidado de los caballos, pero el resultado es que hasta hoy no he podido librarme de accesos periódicos de esa fiebre.

Un buen camino que culebrea entre lomas y valladares nos llevó a Antigua, donde pasamos dos bellas jornadas. Antes de la destrucción de la ciudad, hace casi dos siglos, había 80.000 habitantes y no menos de 44 iglesias, cuyas ruinas, en su mayoría, son aún hoy visibles. En algunas, pobres indios han construido sus ranchos o simples techados, donde viven casi como trogloditas.

El único edificio que no sufrió mayormente los efectos del cataclismo volcánico es la Municipalidad, de maciza hechura, hoy todavía tan bueno como si fuese de reciente construcción. Las ruinas prueban de qué espléndida fábrica fueron los edificios, especialmente las iglesias. Quedan en pie

monumentales arcadas y pilares, muchos de ellos recubiertos por densa vegetación.

Como cercando la ciudad están tres volcanes: el Acate-nango, de 4000 metros de altura; el Volcán de Fuego y el Volcán de Agua. Hace años que están inactivos. Los dos últimos deben sus nombres al hecho de que uno emitía fuego, cenizas y humo, mientras del otro salía agua exclusivamente, y en tales cantidades que ello fué la causa principal de la destrucción de la ciudad.

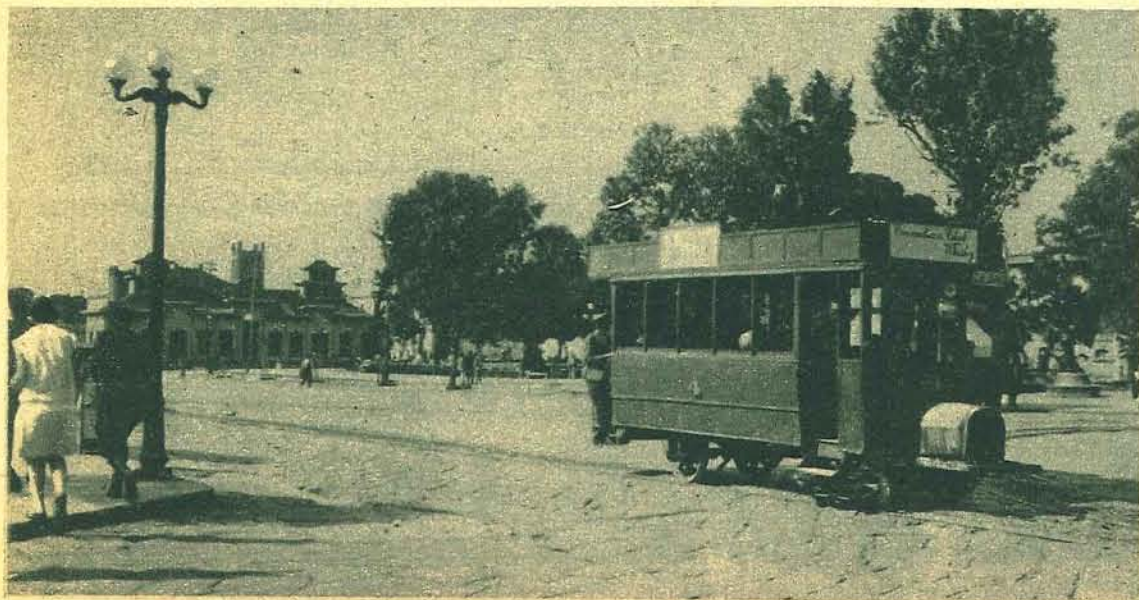
El clima es de primavera eterna y crecen casi todos los frutos imaginables. Frondosos árboles ofrecen sombra por doquier y avenidas flanqueadas de abetos y eucaliptos de magnificencia arrobadora dicen de la grandeza de la creación. Via-

Palacio Municipal de Guatemala Antigua

jamos por el paraíso. Retazos de trigales dorados, en los cuales jugaban el sol y la brisa suave, aquí y allá, como pineladas de gran maestro, para dar tono al cuadro, realzaban soberbiamente la belleza del paisaje.

Por ahí viven muchos indios y los veíamos pasar por el camino cargados de frutas, legumbres, objetos de alfarería, etc., en viaje hacia los mercados distantes. Los hombres vestían delantal corto, a cuadros blancos y negros, hecho de lana. Debajo, pantalones cortos que dan hasta la rodilla. Los vestidos de las mujeres varían

Tranvía de Guatemala



**Haced que los niños
se limpien los dientes
y haréis algo importante
para su salud.**

Sabe a menta dulce.
No raya el más
término esmalte.

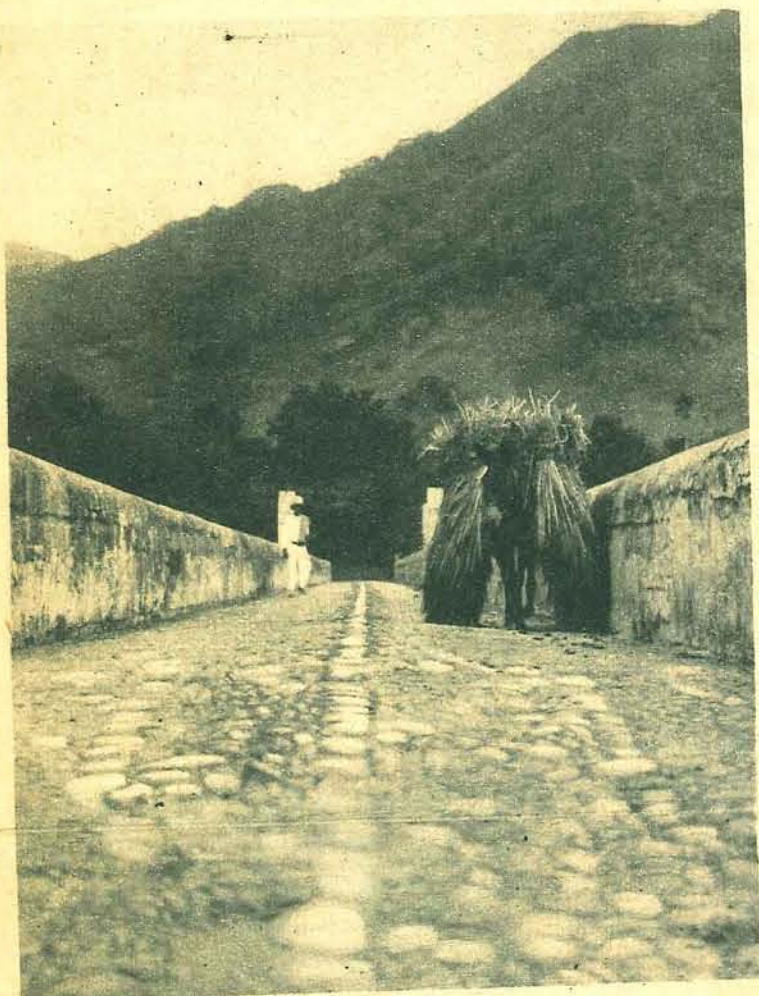
PERFUMERÍA GAL
Madrid - Buenos Aires.

El dentífrico de confianza es





Ruina de una iglesia en Guatemala Antigua



Puente de los Esclavos, construido en 1535



en colores, pero noté que cuando van en grupos por el camino, generalmente el color era uniforme en todas.

Son de lindo tipo físico estos indios, altos y fornidos los más. Su idioma es el kachikél, pero casi todos hablan corrientemente el castellano. Entre ellos, a los blancos les llaman "ladinos" (!).

Al llegar a la cima de un cerro elevado, después de haber subido por largo tiempo en zigzag entre un gran monte de abetos de fragancia vigorosa, me fué dado contemplar uno de esos panoramas cuyo recuerdo perdura en la mente mientras uno viva. Lejos, debajo de nuestros pies, estaba el lago Atitlán. En su superficie, lisa como un inmenso espejo, reflejábanse con estupenda claridad las montañas vecinas y las nubes blancas que flotaban inmóviles en el cielo azul, tan azul y profundo como las aguas limpiadas del lago fantástico.

Bajamos por un camino bueno, pero de mucha cuesta. A ratos íbamos a la sombra de grandes abetos, luego entre ricas hierbas aromáticas y flores hermosas, o costeamos por precipicios cuyos paredones se levantaban verticalmente de la selva cercana al lago.

Un alemán tiene un pequeño hotel a orillas del lago, y como había abundancia de pastos excelentes, paramos unos días para darles un merecido descanso a los caballos.

Alrededor del lago vense varios pueblos de indios, y en una pequeña bahía, cerca de un vi-

llorio de nombre Tzanjuyú, hay una misión de evangelistas norteamericanos.

Lo que estos misioneros pretenden enseñar a aquellos indios pacíficos e industriales, que viven en la mayor felicidad, es más de lo que yo puedo comprender. No hay rey en la tierra que lleve una vida más fácil que aquellos religiosos en sus coquetos "bungalows" importados. Poseen toda suerte de comodidades, incluso dos lanchas a motor, con las cuales surcan las aguas cristalinas del lago, pescando y gozando de la vida.

Los indios ni caso les hacen, salvo cuando les prometen una fiesta con comida gratis y, según me dijeron, a veces hasta dinero efectivo. En tales oportunidades se toman fotografías a discreción, para probarles a los generosos sostenedores de la obra, allá en los Estados Unidos, cómo acude el rebaño de pobres y "salvajes" indios hacia los buenos misioneros en demanda de alimento espiritual.

¿De qué sirve darle un alfabeto al idioma kachikél, para luego trasladar al mismo la Biblia, si los pocos indios que van a la escuela aprenden a leer y escribir en castellano? Mi experiencia con indios ha sido que ellos jamás llegarán a comprender la religión cristiana como nosotros. Los españoles les impusieron por la fuerza su manera de servir a Dios, y aunque muchos de ellos adoraban hoy a imágenes y santos de madera, éstos simplemente han tomado el lugar de los antiguos ídolos, y el sol, la luna y las estrellas siguen constituyendo la base y el fondo místico de sus adoraciones. Hombres de otras procedencias, hoy pretenden sacar las imágenes y otros signos visibles del culto, tratando de implantar el sentimiento religioso puro, sin reparar en el hecho de que el indio es de una mentalidad tan absolutamente distinta de la suya, que jamás lograrán su conversión espiritual. El sentimien-

to, como el talento musical y otros, es innato y nunca podrá ser implantado, pero donde él existe puede ser cultivado.

Además, el hombre blanco, en lo moral, bien poco tiene que enseñarle al indio, y creo que huelga explicar por qué pienso así, bastando con mencionar a la guerra, asesinato, comercio, prostitución, vicios refinados e hipocresía; todas cosas que están más allá del límite de comprensión de cualquier indio puro al considerárselas en el alto grado de desarrollo en que nosotros las conocemos.

Estando en Tzanjuyú, los indios organizaron una procesión religiosa. Aun queda en pie una vieja iglesia, maltrecha por el terremoto del año 1825. No habiendo religioso en el lugar, el pueblo organizó la procesión por sí solo. Santos viejos, maltrechos y descoloridos, aparecieron en escena, siendo llevados lentamente por algunos hombres, a cuyo frente iban dos indios con sendos bombos, mientras otro tocaba un pifano de voz estridente. Las mujeres miraban sentadas alrededor de la plaza. La mayoría de los indios que formaban en la procesión habían tomado mucho "guaro", como llaman a una especie de aguardiente muy fuerte que producen allá, y les resultaba difícil callar. Tras esta curiosa procesión venían algunos indígenas más, que disparaban un cohete tras otro. Finalmente, los santos—uno de ellos era la figura de un conquistador español, esculpida en madera—fueron llevados de regreso a la iglesia, adonde los seguí.

El suelo había sido sembrado de hojas de pino y pequeñas flores silvestres, y sobre el altar, desvencijado y roto, veíase una cantidad de santos de extraño aspecto, ante los que los indios se inclinaban o postraban, tirándose por largos ratos de bruces sobre la losa de piedra del piso. Un santo era una muñeca moderna, blanca, vestida con traje indio, y en un rincón había un cajón fúnebre con la cruda forma de un ser humano adentro, a la que los indios iban a besar. Por otras partes, grupos de hombres charlaban, sentados en el sue-

Pregonando una proclama del Gobierno

Combata su debilidad general
con Kola Cardinette

El tónico ideal para hombres, mujeres y niños, universalmente recetado. Su sabor es sumamente exquisito.

Kola Cardinette
Tonifica y Sustenta.

The Palisade Mfg. Co. — Yonkers, New York, E. U. A.



lo, bebiendo "guaro" sin cesar, mientras otros quedaban tirados, borrachos, que parecían muertos.

Como yo iba acompañado del alcalde, varios indios vinieron a besarme las manos, lo que es costumbre entre ellos. Aun hoy día muchos creen que los blancos son hijos del sol, y que ellos mismos son hijos de la luna. Y dicen que como el sol es más poderoso que la luna, los blancos, siendo sus hijos, necesariamente tienen que gobernar sobre los indios.

Al salir de la iglesia, redobles de tambor hicieron juntar al pueblo y se dió lectura a una proclama del Gobierno, en castellano y en kachiké, recordando que los impuestos eran debidos y qué sucedería si no se los pagaba. Tantas y tantas veces había visto oprimir a los pobres indios, abusando de la religión o del poder del Estado, que ya no me dolía el corazón como antes frente al espectáculo. Miraba impasible, lo mismo como veía en las corridas de toros despanzurrar y matar a los indefensos caballos, cuyo espectáculo me había causado náuseas cuando lo conocí por primera vez en Lima.

Partiendo del lago Atitlán, fuimos por un camino poco frecuentado directamente hacia Quezaltenango. Siguiendo esa ruta era preciso pasar por un pueblo de nombre Nahualá. En Guatemala Ciudad me habían aconsejado que no fuera por ahí, y en todo caso que no pernoctara en la población, pues sería asesinado, sin dejar rastros. En efecto, Nahualá está habitado exclusivamente por indios que no toleran la presencia de hombres blancos durante la noche. En Guatemala, como en la mayoría de los países centro-americanos, la venta de alcohol es monopolio del Estado, pero los indios de Nahualá le pagan al Gobierno

cierta contribución anual para que no mande bebidas espirituosas a su distrito, cuya suma es más o menos equivalente a lo que el Gobierno cobraría si el lugar no fuese "seco".

Al llegar allá, fui inmediatamente a ver al sacerdote para saber si estaba dispuesto a ofrecerme hospitalidad y albergue por la noche. El, junto con el maestro de escuela, son los únicos blancos cuya presencia toleran los indios después de la puesta del sol. Su casa linda con la iglesia y está cercada de un alto paredón de adobes. A la entrada hallé a dos indios haciendo guardia, la que es relevada de noche por otros dos hombres.

Encontré en el sacerdote a una persona excelente y cultísima y, caso sorprendente, su opinión sobre la mayoría de sus colegas en estos países coincidía en un todo con la mía. Cuando me llevó a dar una vuelta por el pueblo, dos guardianes indios nos siguieron como sombras, con sus armas cruzadas sobre el pecho. Esta guardia es permanente y lo acompaña al cura en todas sus salidas por el distrito de Nahualá.

Por aquella región el idioma dominante es el quiché.

De Quezaltenango, ciudad que progresa a ojos vistas, continuamos hacia San Marcos, cerca de la frontera de Méjico.

En ese trecho me tocó pasar una noche bastante mala en un pequeño villorrio a la vera del camino. Había acomodado a los caballos en una cuadra mal cercada y me hallaba limpiando de yuyos e inmundicias una piecita donde pensé pasar la noche, cuando aparecieron dos tipos de aspecto patibulario, los que se pusieron a observarme. Al rato uno de ellos se me acercó, ofreciéndome "guaro" en una botella.

Rechacé el presente y el individuo volvió a juntarse con su compañero. Deliberaron en voz baja y cuando les fracasó una segunda tentativa de hacerme tomar "guaro", comenzaron a insultarme, usando tal vocabulario, que estuve a punto de admirarlos por su conocimiento del idioma.

Esa noche no me descuidé y, huelga decirlo, no dormí en el cuartucho, sino que me acomodé en un chiquerito hecho de viejas latas de kerosene, cerca de los pingos. Poco tiempo pasó cuando sentí bufar a Mancha, y mirando fuera de mi escondrijo, distinguí perfectamente la forma de un hombre que venía arrastrándose por el suelo en la oscuridad. Esperé hasta que estuvo casi a mi lado y entonces disparé un tiro al aire.

Mi Smith Wesson, calibre 45, estaba a unos treinta centímetros de la cabeza del hombre desprevénido cuando apreté el gatillo, y no sería nada de raro si el tipo hubiera seguido corriendo hasta la salida del sol.

Partiendo de San Marcos, a poco se alcanza la cima de una montaña, y de ahí un sendero pedregoso lleva rápidamente cuesta abajo, a tierra caliente. Haciendo lugar a la invitación de un caballero alemán, hicimos alto en una gran plantación de café. La hospitalidad fue tan espléndida como gloriosa la vista de que se gozaba en ese lugar encantador.

Hacia arriba dominaba la poderosa mole del volcán Tajumalco, y en la lejanía divisábanse las tierras bajas y tropicales de Méjico, cubiertas de cálidos vapores, a través de los

cuales aparecían de cuando en cuando pedazos de azul: el Océano Pacífico. Hacia la derecha, o sea al NO., los picachos de la cadena de serranías iban hasta perderse de vista en dirección al Istmo de Tehuantepec, para continuar del lado opuesto hacia El Salvador. Aguas cristalinas bajaban ligeras, gorgojeando y espumosas, por un riacho al lado mismo de la estancia. Varias cascadas, a cual más bella y pintoresca, arrullaban con su ruido siempre igual los sentidos y adornaban la brisa suave y olorosa, cargada del perfume de miriadas de flores silvestres sembradas generosamente por las praderas lozanas, las lomas y los bajos.

Yo pude haber soñado y descansado por días y meses en este paraíso terrenal, mas cada vez que la mirada se dirigía hacia el Noroeste, una voz misteriosa parecía decirme: "¡Adelante, adelante!"

Y de no haber hecho caso a este llamado, casi seguro que habría perdido a mi pobre amigo Gato, como pronto se verá.

Procesión en Tzanjayá.



El lago Atitlán

Feria típica en un pueblo guatemalteco



EL MEJOR Y MÁS MODERNO HOTEL EN LONDRES, INGLATERRA

Grosvenor House es el único Hotel en Park Lane. Da al Hyde Park, el más regio de los Parques. Esta situado en Mayfair, el centro de la vida social, a poca distancia de Piccadilly y de los Teatros.

Confort supremo - Tarifa equitativa - Toda comodidad moderna Posición admirable

500 Dormitorios, cada uno con su cuarto de baño, agua corriente helada para beber y con entradas separadas.

50 DEPARTAMENTOS. RESTAURANT.

GRILL ROOM. SALONES PARA BANQUETES.

El mejor Salon en Londres para patinar a hielo.

Oficina St. Phalle para las cotizaciones de la Bolsa Americana.

GROSVENOR HOUSE

EL UNICO HOTEL EN PARK LANE

Telegrams

Grosvenor Audley Londres.



Mme. Luisa Barthé, notable cantante de la Opera de Paris, que nos visitará en breve



Miby Daniel presidió los bailes de Carnaval en el Teatro Politeama



Aida Arce, destacada tiple de opereta, con una mascota obsesiva en uno de los bailes de Carnaval

¿ESTA USTED HERNIADO?



Si Vd. está herniado es seguro que habrá usado brageros y fajas más o menos cómodas, e infinidad de otros métodos para curar la hernia, pero sin resultado; es también muy posible que habrá sido OPERADO una o más veces sin conseguir la cura deseada. Por tales motivos debe Vd. desear esos VIEJOS SISTEMAS que ya no sirven para nada.

Todas las hernias (quebraduras), se reducen radicalmente reteniéndolas en forma suave y cómoda y endureciendo el tejido muscular al propio tiempo.

po. Este método ha producido cientos y cientos de curaciones de hernias de todas clases y en brevísimo tiempo, y puedo darle inmejorables referencias de personas respetables y bien conocidas que han sanado con su aplicación sin sufrir ninguna molestia.

No importa que su hernia sea muy antigua y voluminosa. Este método ha sanado hernias de más de 40 años y de un tamaño enorme.

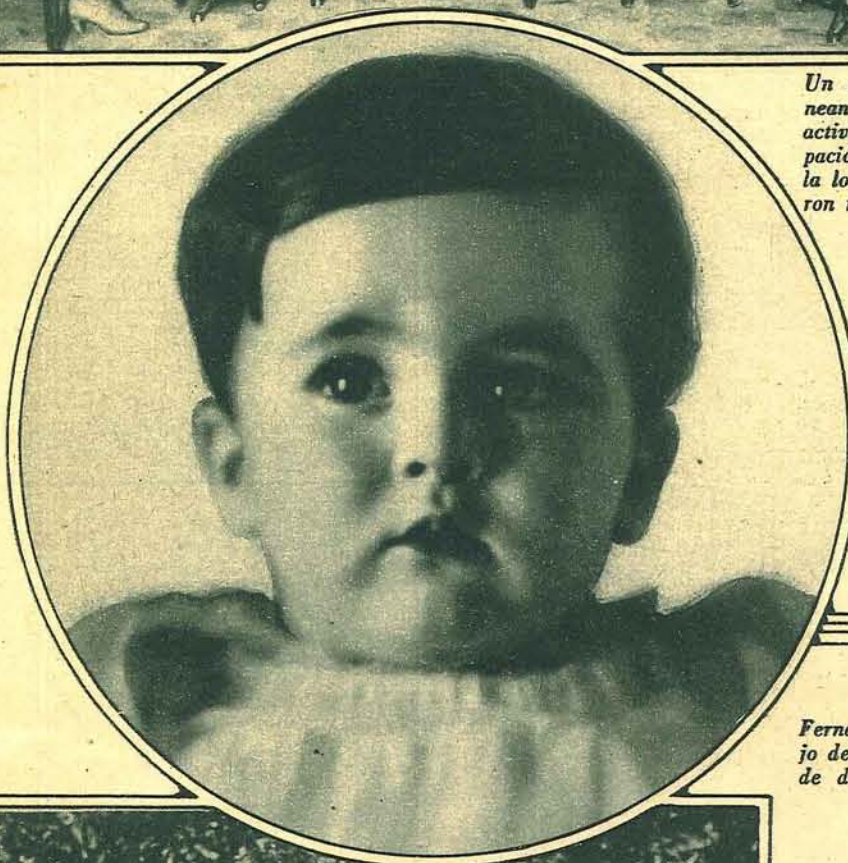
Escribame sin demora, y a vuelta de correo recibirá gratis un precioso folleto que regalo a todos los herniados, explicando el método único que necesita para sanar la hernia en el hogar.

Pídale ahora mismo a **S. MORASSUT (ESPECIALISTA)**
SARMIENTO 1584 ROSARIO (Argentina)

Hilda Moreno, la "vedette" cubana del Sarmiento, es también destacada figura de la pantalla

Kodak
Teatral

FILM SOCIAL



Un grupo de señoritas que veranean en Tigre ha compartido las actividades sociales con su preocupación en favor de los pobres de la localidad, para los cuales cosieron ropa de invierno. De izquierda a derecha: Lilia Zavalía, Clementina Paso Rosa, Rosa Zwack, Margarita Zavalía, Inés Peró Waldorp, María Luisa de Gainza, Isabel Zwack, Lía De la Torre, María Antonia Olivera Avellaneda y Ana María Hernández; atrás, de izquierda a derecha: Fanny Marty, Juana María Rosa, Ana Torino y María Luisa Zavalía.

Fernando Demaría Madero, hijo de don José Demaría Sala y de doña Sara Madero Unzué.



La señorita Carmen Cossio.



Las señoritas Alcira y Cora Ortiz Guerrico en el jardín de su residencia en San Fernando.



Las señoritas Inés Peró Waldorp, Beatriz, Margarita, Lilia y María Luisa Zavalía Peró, que figuran de derecha a izquierda, disponiéndose a realizar un paseo náutico desde su residencia de San Isidro.



Ludmilla Dostalova, reina de la belleza en Checoslovaquia.



Haruko Sumida, que entre dos mil competidoras conquistó el título de "Miss Japón".

Miss Sawacha, que intervendrá en el concurso de belleza de Rio de Janeiro representando a la mujer India.



El mismo concurso sirvió de pretexto para una fiesta típica, en la cual llamó la atención el atavío de estas dos Amazonas.

Los galgos "Pantalla" y "Chicuelo", propiedad de don Domingo Gallego y don Servando Domecq, ganadores de los primeros premios en un concurso realizado en Jerez.



Este NUEVO JABÓN Blanco

Unicamente los fabricantes del renombrado "LUX" con su experto conocimiento y amplia selección de materiales finos podían haberlo conseguido. Su delicado color blanco marfil, la rica espuma, el fascinador perfume le dicen a usted que en éste tiene un jabón tan lujoso como el más caro que usted ha usado hasta ahora. Sin embargo es tan barato que puede usarlo diariamente. Y cuán suave conserva el cutis!

50 centavos la pastilla
LUX JABÓN de TOCADOR

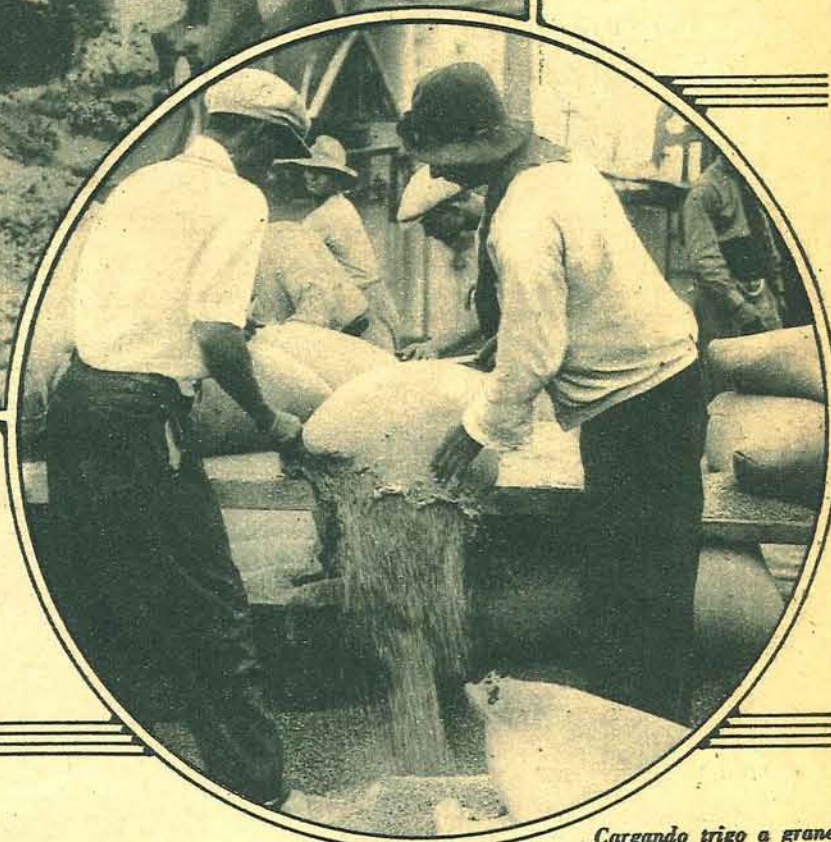
LEVER HERMANOS LIMITADA - ESMERALDA 70 - BUENOS AIRES

LTS 14

Instantáneas



La de juntar almejas es una tarea agradable y útil del veraneante.



Cargando trigo a granel en el puerto de Quequén.



Con dos hierros para el cambio de vías, un letrero indicador de itinerario, ingenio y buena voluntad cualquier motorman puede hacer una buena obra y, al mismo tiempo, ser galante con las damas.



Un fiel auxiliar del hombre de campo: el cazador de comadrejas.



En la playa de Necochea. Margarita Guisassola remontando una cometa.

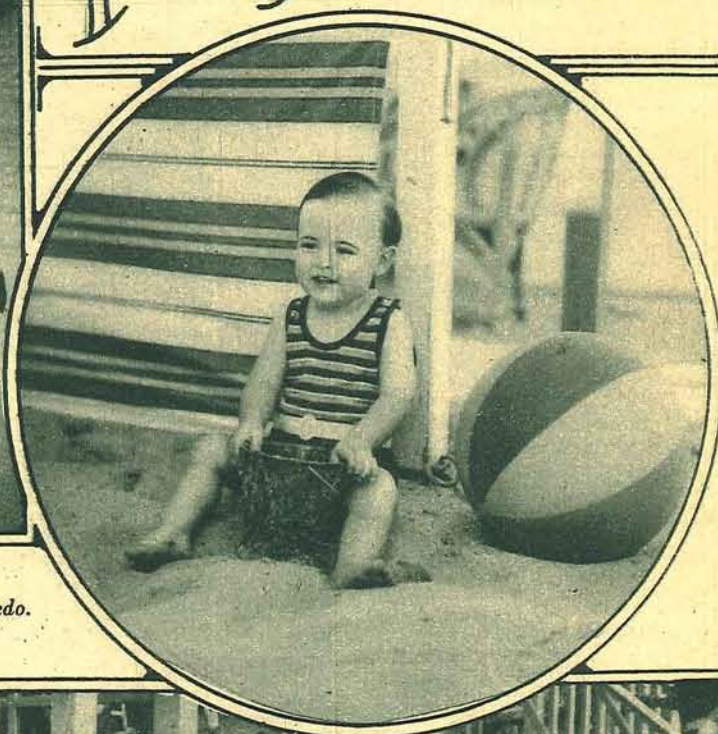


Niños EN LA PLAYA



Playa Grande, en Mar del Plata, reúne una cantidad numerosa de niños de las principales familias de la colonia veraniega. Agustina, Angela e Inés Alzaga Unzué.

Eduardo Acevedo.



Clara y Francisco White Uribe Larrea, y José, Alberto y María Adela White Lynch.



Sara Alzaga Unzué.



María Inés Gómez Alzaga.

Carlos Bengolea.

Frivola

*La alegría de los niños prolonga
la juventud de las madres*



Mantenga alegres sus niños. Proporciónese todo cuanto bienestar esté a su alcance. Haga que el médico permanezca lejos... Nutra el espíritu del niño tanto como cuida fortalecer su organismo en formación.

Una caja de "FRIVOLA" constituye hoy, ¡qué fácil es comprobarlo!, uno de los motivos de más sana y franca alegría. Son *obleas*, que, como tales, se deshacen en la boca. Y no sólo son deliciosas y nutritivas sino de un valor digestivo realmente inigualado.

Alegre sus niños con una caja de "FRIVOLA". Y no olvide, señora, esta otra gran verdad: *que la alegría de los niños prolonga la juventud de las madres.*



S.A. ESTABLECIMIENTO MODELO
TERRABUSI

Pídalas a su proveedor.
Se venden en todo el país.

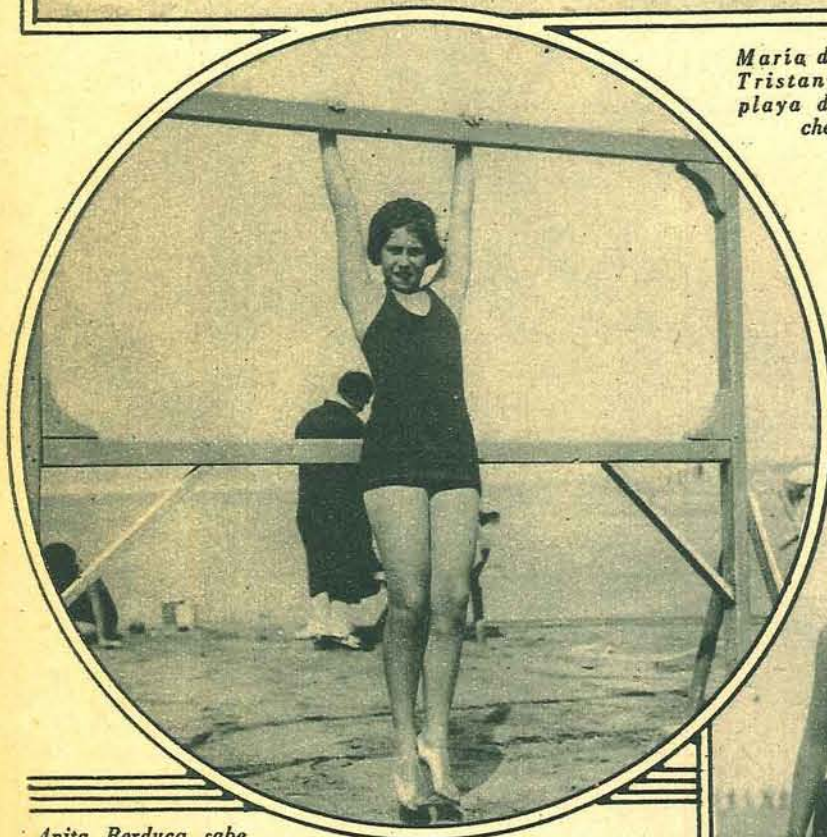
Por los balnearios NECOCHÉA



Susana Fages,
Maruja Gorlero y
Estela Fages.



Juanita I. Raffo y
Beatriz Dora Li-
ñeiro.



Anita Berducq sabe
que la gimnasia es un
complemento indis-
pensable del baño.



Blanca Tristany.



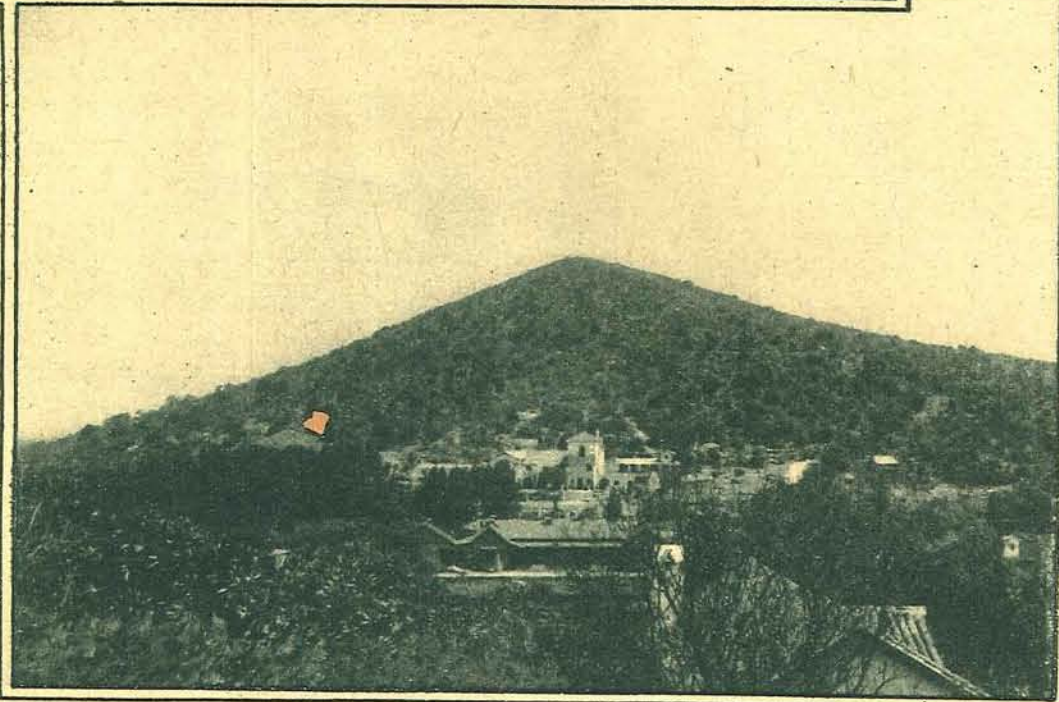
Un conjunto atrayente
de bañistas. De iz-
quierda a derecha:
Josefa Isabel Azcoi-
ti, Clara Erenchun,
Delia Fernández Ver-
gara, Irma Matilde
Azcoiti, Pepita Mar-
tínez Calles y María
Ester Flores.



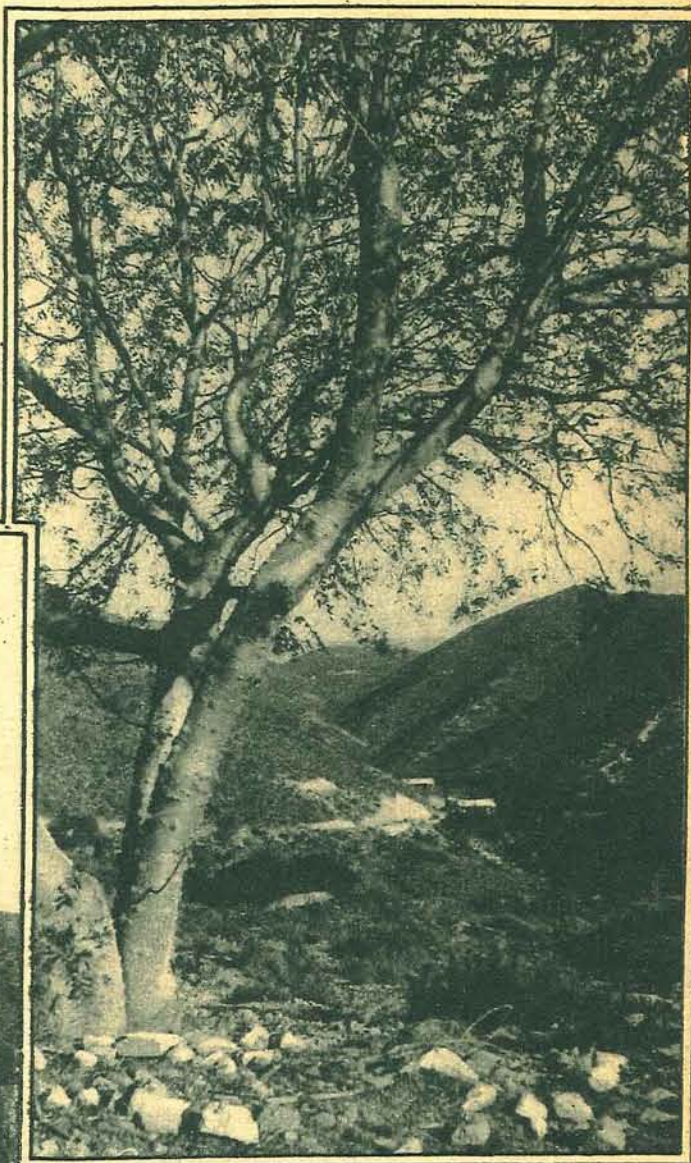


La capillita de Dolores, en Punita (Córdoba). Data de 1594. En varias oportunidades ha sido motivo de inspiración de los pintores y últimamente ha servido de tema para un cuadro de Italo Botti. Su principal sostenedora es doña Adelia María Harilaos de Olmos.

Paisajes Verano



"El Olimpo" y "Reydon", en Cruz Chica, dos residencias concurridas por familias de la sociedad porteña.



Un precioso coco sobre el pintoresco camino "Del Pungo".

Este notable baño de belleza le permite rebajar de peso en forma rápida y agradable.



Como si le trajeran a casa de usted 22 fuentes termales, que han sido durante muchos años el recurso de damas elegantes del gran mundo y de hombres esbeltos.

La ciencia, que todo lo investiga, averiguó por qué las aguas de 22 fuentes famosas en todo el mundo disuelven las grasas y los tejidos adiposos. Ya no es necesario hacer largos viajes a balnearios de lujo para rebajar de peso. Sin dieta, sin ejercicios arriesgados, sin peligrosas medicinas, usted podrá rebajar uno o dos kilos en una noche con Baños Sarowal.

Por millares se cuentan las damas—y hombres también—que adoptaron esta fácil manera de rebajar de peso. Dos veces por semana agregan al agua caliente del baño uno de los paquetitos que contiene cada caja de "Polvos para Baños Sarowal".

Los "Polvos para Baños Sarowal", abriendo los poros, estimulando la secreción, expulsan una considerable cantidad de sustancia grasa, células y toxinas, y disuelven el tejido adiposo. Agregue "Polvos para Baños Sarowal" al agua de la bañera esta noche, y perderá uno o dos kilos en forma fácil, refrescante y saludable.

Su médico le confirmará que los "Polvos para Baños Sarowal" ciertamente son eficaces y completamente inofensivos.

Refrescan. Afirman la piel, la alisan y la libran de arrugas. Usted dormirá mejor después de un Baño Sarowal, y al despertarse se sentirá como si hubiera descansado una semana.

RESULTADOS INMEDIATOS

Pésese antes y después de cada "Baño Sarowal". Usted constatará que ha rebajado uno o dos kilos. Pocas noches después, al repetir el baño, usted volverá a reducir de peso. Pronto tendrá usted el que corresponde a su estatura. Después bastará un baño por semana para conservar la línea sin guardar régimen en las comidas.

Para la PAPADA y los TOBILLOS GRUESOS

Para eliminar rápidamente la papada, para conferir formas esculturales a los tobillos gruesos y a los brazos, o reducir las caderas solamente, o disolver el tejido adiposo del vientre, el Instituto Sarowal elabora también la científica "Pomada Reductora Sarowal". Es ésta una crema que penetra rápidamente por la epidermis mediante suaves masajes. Purga la piel de cualquier impureza. Destruye los tejidos adiposos obligando su reabsorción por el organismo. Con ella fácilmente

puede usted adelgazar las partes del cuerpo que desee. Una señora rebajó la nuca por dos centímetros y medio. Otra, aplicando la "Pomada Reductora" en las caderas, pudo reducir el talle de su ropa por cuatro números. La eficacia es un hecho comprobado. El uso es fácil y agradable.

Desde luego que la "Pomada Reductora Sarowal" y los "Polvos para Baños Sarowal" no afectan el esmalte de las bañaderas o la ropa. También pueden usarse en forma combinada.

Se venden en las casas de más prestigio del ramo. Pídalos en:
LABORATORIOS VINDOBONA
Florida N° 8, piso 1°
Buenos Aires

Farmacia Franco Inglesa, Florida y Sarmiento; Farmacia "Del Pueblo", Rivadavia, 729; Gath y Chaves, Casa Central y Sucursales; Farmacia González, Rivadavia y Centenera; Farmacia Gibson, Alsina y Defensa; Perfumería Vislowna, Cabildo, 1589; Casa Argentina Scherrer, Suipacha, 165; Farmacia Scannapieco, Esmeralda y Tucumán; Farmacia Nelson, Suipacha, 477. En Montevideo: W. Ellis, Andes, 1338, piso 2°. En Mar del Plata: Farmacia Italiana, San Martín, 3458.

Polvos para Baños y Pomada Reductora

SAROWAL

Despídase de las Arrugas

Arrugas aparecen cuando los tejidos debajo de la superficie del cutis pierden vitalidad—se debilitan. Usted puede tonificarlos, devolverles la vitalidad perdida. Así desaparecen para siempre las arrugas.

—O LE DEVOLVEMOS EL DINERO.

Este sencillo y garantizado tratamiento es rápido, aunque no instantáneo. Para alisar las arrugas, no es bueno estirar la superficie del cutis, pues de esa manera volverán más pronunciadas. Debajo de la superficie arrugada de la piel existe un maravilloso laboratorio donde se prepara el cutis que usted ostentará mañana. Es allí donde usted debe influir—tonificando los tejidos con Crema de Oriente Vindobona.

Este maravilloso producto de laboratorio actúa como vaso-constructor. Vivifica las células. Afirma las partes débiles, flácidas de la epidermis. Estimula su renovación normal. Introduciendo con la ligera presión de la yema de los dedos, todas las noches, un poco de Crema de Oriente Vindobona en su cutis, usted notará que día a día adquiere mayor frescura, podría decirse que rejuvenece. Y esto no es un resultado pasajero. Se hace cada vez más notable, a medida que se prolonga el tratamiento.

Es admirable la influencia de la Crema de Oriente Vindobona sobre el cutis. No sólo alisa las arrugas, también aclara la piel. Influyendo en la renovación de la epidermis, hace desaparecer las pecas y paños, y refina los poros.

GARANTIZAMOS LOS RESULTADOS

Miles de damas de tres continentes conservan la lozanía de su tez gracias a la Crema de Oriente Vindobona. La usan las esposas de médicos. La usan muchas actrices del teatro nacional y extranjero. Crema de Oriente Vindobona significa nueva juventud, lozanía y limpieza para el cutis de usted. Úsela. Si no hiciera por usted lo que nosotros afirmamos, le devolvemos íntegro el dinero gastado.—Se vende en la Sucursal Argentina de los

LABORATORIOS VINDOBONA

FLORIDA N° 8 - (Piso 1°) - BUENOS AIRES
(Atendida por señoritas)

Folleto gratis
Llene y envíe el cupón

Pedidos del Interior
se atienden en el día

En MONTEVIDEO:
Andes 1338, (2° piso)

LABORATORIOS VINDOBONA

L. N. O. 27

Florida N° 8 - (Piso 1°) - Buenos Aires

Sírvase enviarme gratis el librito descriptivo de la Crema de Oriente Vindobona.

NOMBRE
CALLE N°
CIUDAD F. C.



Jorge Osvaldo Milone,
maharajá.



Héctor E. Bacigalupo,
cruzado de Tierra Santa.

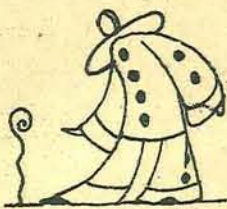


Rodolfo César Faust,
Marcelo, de Boheme.



Oscar y
Delia Ferran-
dino, persona-
jes de "El con-
ventillo de la
Paloma".

ALGUNOS DE QUENOS VISITANTES DE LA NACION



Cachito Fernández Yavi-
coli, pescador.



Elida Lidia Mi-
nervini, emba-
jador.



Luis Benítez
Alfonsín, rey
de baraja in-
glesa.

Angela Matil-
de Suñé, can-
tinela espa-
ñola.



Suny F. Es-
nais Jamich,
cisne.



Angela María
Tiscornia, cara-
col marino.



Haydée de Fi-
lippis, Manue-
lita Rosas.

Cómo me repongo de las quemaduras del aire y del sol?

Esta es una pregunta que
interesa a las señoras y a
las niñas, en vísperas de re-
surgir próximamente el mo-
vimiento social — teatros,
fiestas, bailes.

He aquí la respuesta:

Use Crema Glenz y el cutis
de su rostro, de sus hombros,
de su pecho y espaldas, re-
cobrará su delicada blan-
cura, su suavidad y su
rosada transparencia.

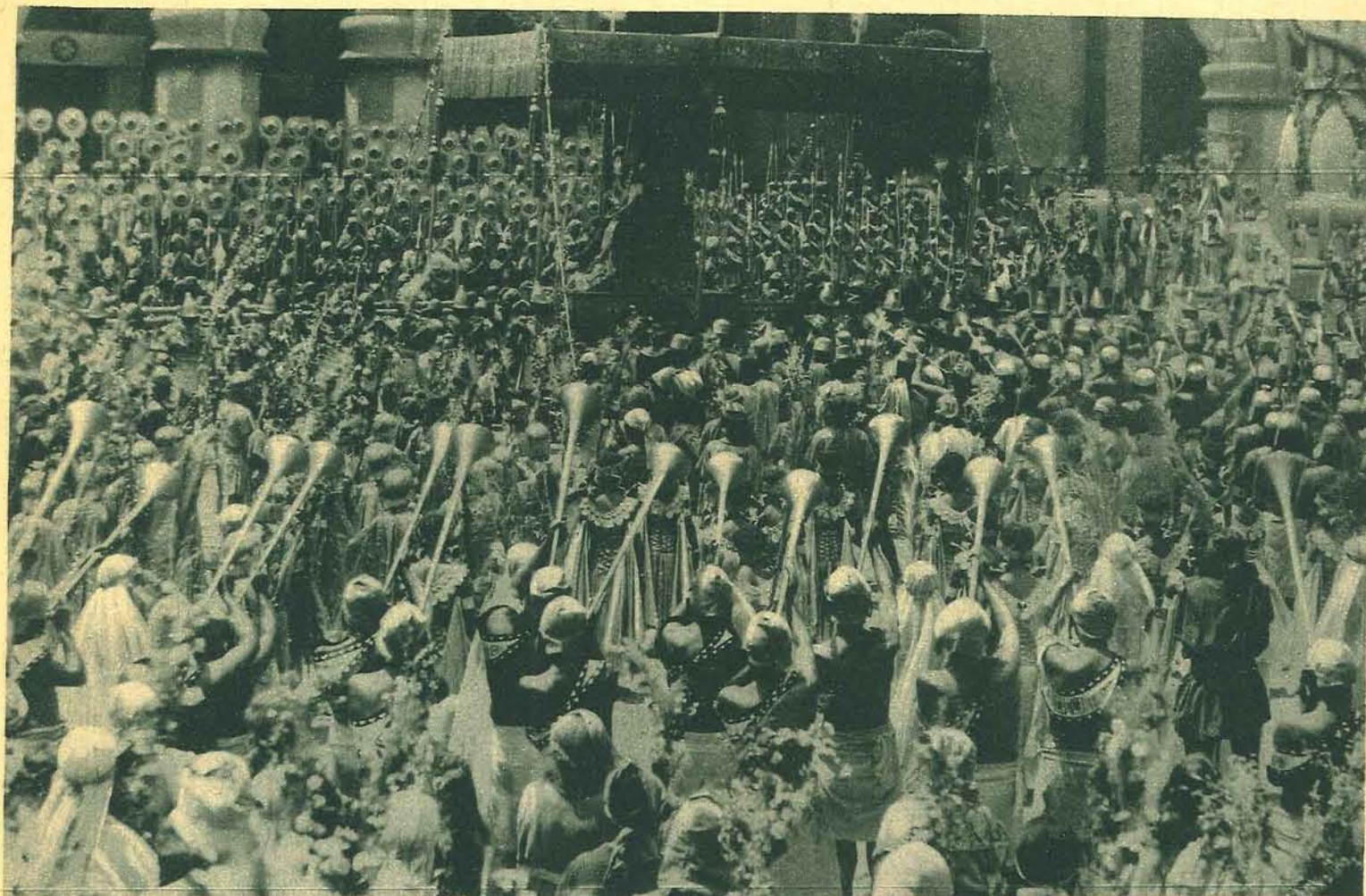
Como base de adhe-
rencia para polvos de
tocador, Crema Glenz
es maravillosa.

JORGE GLENZ & Cía.
Lavalle 1667 Buenos Aires



CREMA GLENZ

Elaborada en los Estados Unidos

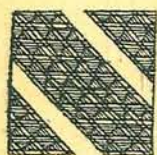


NOTAS CINEMATOGRAFICAS

Una suntuosa escena de la película sonora "El Arca de Noé", con Dolores Costello y George O'Brien, que se dará a conocer en la próxima temporada



CORREO DEL CINE CARTA DE HOLLYWOOD



O hace muchos días, la playa Redondo, que se encuentra situada a corta distancia de Hollywood, fué teatro de una de las más dolorosas tragedias que puedan registrarse en la historia de la industria americana. Murieron en ella diez personas jóvenes vinculadas a las actividades cinematográficas de esta ciudad. El triste espectáculo tuvo lugar mientras impresionaban escenas aéreas de la historia cinematográfica "Ciertos caballeros son temibles", argumento original de la conocida escritora inglesa Elinor Gyn, historia que se dice está basada en la misteriosa muerte del banquero belga Alfred Lowenstein, ocurrida el 5 de julio de 1928, que desde su aeroplano cayó a las aguas del Canal Británico mientras se dirigía a la capital inglesa. Repletos por el personal técnico y artístico que intervenían en la impresión del "film", tres aeroplanos de pasajeros abandonaron la playa Redondo para tomar los "shots" aéreos. Uno de estos aeroplanos llevaba al director de la producción, Mr. Kenneth Hawks, esposo de la actriz Mary Astor, y a los ayudantes del director, Max Gold y Johannes Hank; a los "camaramens" George Eastman, Ben Frankel y Otto Jordan, conducidos por el piloto Hallock Rouse. El segundo avión llevaba al ayudante del director, Tom Harris y al "camaraman" Conrad Wells, conducidos por el piloto Roos Cook; el tercer aeroplano conducía al actor Warner Baxter y al "doble" de éste, que era quien en realidad debía arrojar al espacio con un paracaídas del avión en que se encontraba, conducido por el

piloto Turner, y quienes fueron los únicos que escaparon a la tragedia.

Los dos primeros aeroplanos debían, en un momento dado, acercarse al aeroplano que llevaba a Warner Baxter y a su "doble", para tomar, desde ángulos distintos, la escena de la supuesta caída del actor, y fué precisamente al realizarse esta maniobra que los dos aeroplanos que conducían al personal técnico chocaron en el aire. Inmediatamente los tanques de nafta de ambos aparatos explotaron, produciéndose dos incendios simultáneos y la inmediata caída de ambos aparatos al mar desde una altura de más de 2000 pies. Los pilotos, el director Hawks, asistentes y "camaramens" anteriormente nombrados fueron las diez personas que fallecieron; algunas de ellas fueron vistas en momentos que abandonaban las naves aéreas envueltas en llamas, antes de que éstas se sumergieran con ruido para desaparecer bajo la superficie con el resto del cargamento humano. Hasta hoy sólo tres cadáveres han sido recuperados, suponiéndose sean los de las personas que abandonaron los aviones al producirse el choque. Varias lanchas se encuentran actualmente realizando trabajos de sondeo para localizar a los aparatos y extraer a los que fueron víctimas de esta tragedia que ha enlutado a la colonia cinematográfica californiana.

WHITE SCREEN

HOLLYWOOD, enero de 1930.
(Para LA NACION)



Cuando se cita la pintoresca ciudad de Budapest, uno naturalmente piensa en sus exquisitas mujeres. Cuantas hermosas estrellas del teatro y del cine proceden de esta ciudad húngara situada sobre las orillas del hermoso Danubio Azul!

"Es un error usar cualquier otro jabón!"

dice ECHTEN
de Budapest

especialista en belleza de las principales cantantes y actrices de la Ópera Real de Budapest.

"Siempre que yo doy un tratamiento en mi salón"—dice Francis Echten, de Budapest—"aconsejo limpiar la piel dos veces diarias con jabón Palmolive".

Este consejo es particularmente interesante porque Echten y su hijo gozan fama de eminentes expertos en belleza. Francis Echten posee diploma como profesor de belleza, Hungría, Akademie de Damen-frieier Kunst, Viena; Etablissements Chabrier, París. Echten ha ganado tres recompensas en concursos, dos medallas de oro y una de plata. Todos los días, padre e hijo atienden personalmente la belleza de las artistas de la Ópera Real. Echten, padre, está vinculado a la Ópera Real desde hace 40 años, tiempo de su actuación como director de la Maison Echten.

Todos los expertos europeos concuerdan



Francis Echten, hijo, está siguiendo los pasos de su padre. El también encuentra que el Palmolive es una ayuda de inapreciable valor para mantener el cutis fresco y hermoso.

Por toda la Europa Central y el Continente, los especialistas en belleza unánimemente recomiendan el jabón Palmolive. Los grandes expertos parisienses encuentran que éste "es el mejor método para conservar el cutis en condición saludable". Y en América, más de 15.000 expertos aconsejan a sus clientes seguir este mismo consejo: masajear bien el cutis durante dos minutos con la espuma del Palmolive para que penetre en los poros. Enjuagarse primero con agua caliente y luego con fría. En seguida—no después—aplicarse crema, rouge, polvos, etc.

Pruebe tan simple tratamiento esta misma noche. Use Palmolive también para el baño. Entonces usted extrañará cómo es que ha estado usando otro jabón cuando éste no cuesta más que los ordinarios.



Francis Echten está vinculado a la Ópera Real de Hungría hace 40 años como especialista en belleza de Budapest.



Siempre que yo doy un tratamiento en mi salón, aconsejo limpiar el cutis dos veces diarias con jabón Palmolive. Nada más eficaz, en mi experiencia, para eliminar completamente las pequeñas partículas que obstruyen los poros. Ningún otro tratamiento que no se base en la eliminación de estas partículas puede realmente mantener el cutis joven y sano.

Echten ferrecofo

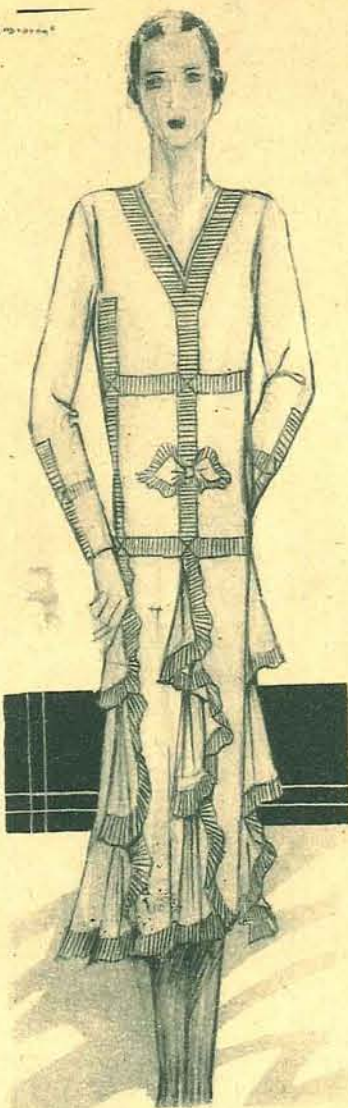


El jabón Palmolive jamás se vende desenvuelto

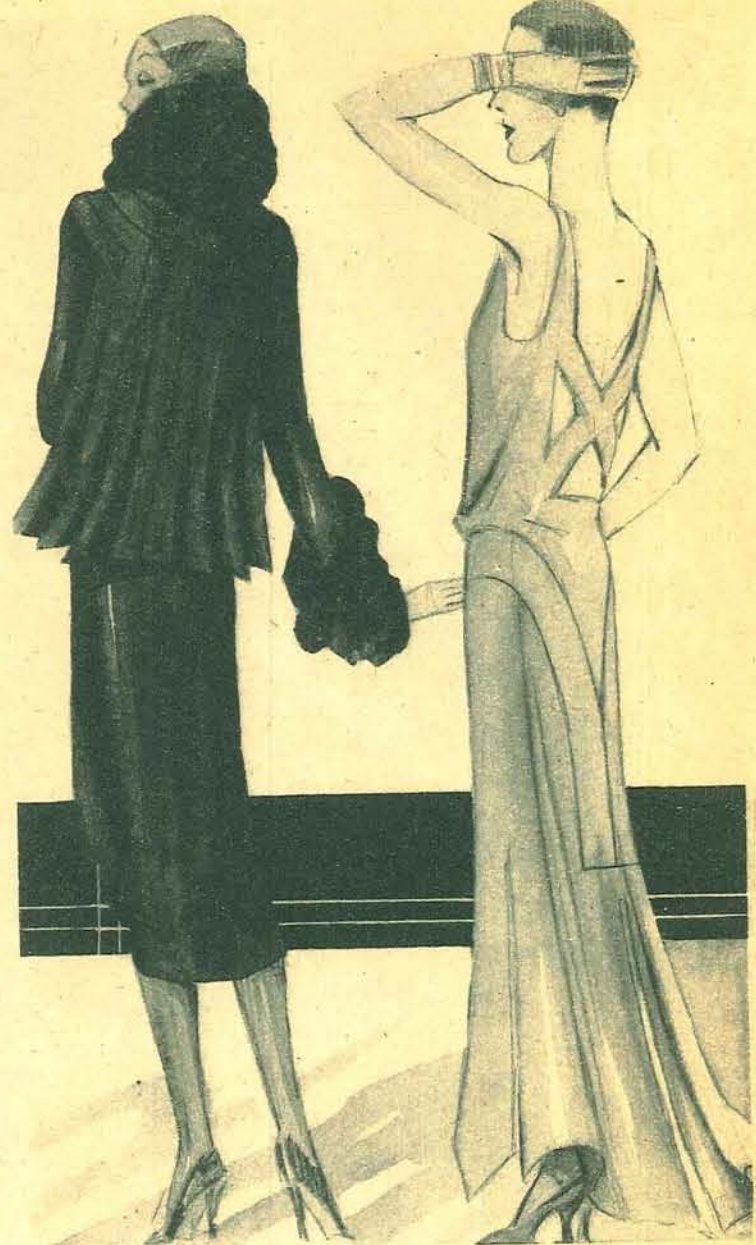
35
centavos
la pastilla

3 pastillas por \$ 1.-

JABON PALMOLIVE



Vestido de tarde, de Jenny, en "marocain" verde claro con franjas y volados "plissé"



CONSIDERACIONES SOBRE EL COLOR

Por LUCIEN LELONG

AL ocuparnos del color en los trajes hay que tener en cuenta la estación, la atmósfera y la luz en que deben usarse. En mi última colección de entretempo he creado modelos para el sol brillante y semitropical del Mediodía y la cos-

1: Vestido de noche, de Lelong, en "chiffon bleu". — 2: Vestido de tarde, de Premet, con capa que forma parte del traje, en "crêpe de Chine" color "aubergine" (berenjena)

ta azul zafiro de Palm Beach. En las dos partes el mar y el cielo forman un fondo intensamente azul, y la vegetación exuberante, en la que predominan las palmeras, rododendros, azaleas, cipreses, mirtos y naranjos forma una decoración verde oscura. La luz del sol es clara y luminosa, y de noche en los salones de una y otra la luz eléctrica es la misma, como es el azul lapislázuli de la noche tropical de la costa azul de uno y otro continentes.

Para este engarce resplandeciente he elegido colores que son a veces suaves, otras brillantes y algunas semineutros.

Para el fondo de mar y cielo, el azul marino es un color perfecto. Por eso lo empleo para muchos trajes de sport, y además porque creo que no nos hemos ocupado bastante de este tono, tan lindo y discreto. El gris en sus tonos más suaves me gusta mucho para trajes de día. Es muy sentador y tiene varios matices, como para que cada cual pueda elegir el más adecuado para la coloración especial de su piel: podrá ser azulado como el humo de motor, amarillento como humo de locomotora, rosado como el oriente de las perlas, alilado del tono de las nubes del crepúsculo o verdoso como el aire antes de la tormenta. Yo empleo muchísimos de sus matices en mi colección.

El blanco es el color juvenil; habla de alegrías y de actividad. Es el color ideal para la "sportswoman"; pero me encanta también en los trajes de noche este color, que simboliza la juventud radiante de ilusión.

Me seducen algunos tonos medios, verdes y azules, y también algunos brillantes: el turquesa pálido, el verde grisáceo de las turquesas muertas, un azul matizado de gris, son los tonos que, según mi parecer, sientan más a las rubias y son de más efecto contra el verde negruzco del follaje semitropical y el azul intenso que lo rodea. Para viajar en automóvil o caminar, pues aun hay quien es gustoso de escalar montañas, prefiero los nuevos tonos grises amarronzados. Tienen la suavidad del gris, pero son más cálidos. En tonos claros y oscuros dan muy buen resultado al aire libre.

Para la noche uso colores claros y pálidos y los tonos oscuros de azul, violeta, verde y rojo. En mis trajes de noche, como en los conjuntos de tarde, empleo las tonalidades malva y anaranjadas del rosa en georgette mate. Para esas mismas telas sin brillo me gustan esos azules tan oscuros que parecen negros. Los verdes claros, exceptuando uno de sus tonos, no convienen para la noche, pues parecen grises con la luz eléctrica, pero los verdes decididamente grisáceos y los más oscuros son encantadores para vestidos de noche.

Los tonos alilados de rosa y los grises perla pueden ser un desastre con la luz artificial y en la semiobscuridad de las noches del Sur. El amarillo y el naranja deben emplearse con parsimonia en los lugares de mucho sol. Para las morenas puede ser sentador. El tono damasco pálido es el que me parece más apropiado tanto para las horas de sol como para la noche. También me gusta el naranja grisáceo y el beige.

Nos queda otro color para analizar: el violeta. Según parece, es uno de los tonos de moda de la estación, pero no sienta a algunos tipos: como a una tez muy quemada o una cara demasiado blanca y rosada. Las pálidas o los cutis aceitunados quedan magníficos con él, pues pone de relieve todo lo que pueda tener de bueno.

Y por fin llegamos al negro. El negro, que tiene hoy tantos "demitons" en las telas nuevas. Mezclado con el tono natural de la lana, compone el maravilloso tweed. Se reserva el negro para el vestido habillé de tarde y para los trajes de noche, en que la semitransparencia mate del georgette y el brillo del satén componen conjuntos que expresan todas las sutilezas de la elegante moderna.

LOS GRANDES LINEAMIENTOS DE LA MODA

Por MADAME CHARLOTTE, creadora de Premet

UNA gran revolución sacude los dominios de la moda y hasta aquellas más reacias a seguir sus dictados se han interesado. A pesar suyo. Casi repentinamente se alargaron las faldas, el talle cambió de lugar y todas

4: Tapado de Lelong, en "marocain" negro con efecto de capa, adornado con caracul. 5: Vestido de noche, de Premet, en satén "façonné" blanco con "panneaux" incrustados

tuvieron la sensación de caer en el vacío, al pensar que tenían que cambiar radicalmente su guardarropa. Los trajes de sport han quedado relegados exclusivamente a las horas o las ocasiones que los requieren. La primera señal del gran "viraje" fué alargar las faldas de los vestidos de noche. Se recibió con tal placer el cambio que se hizo extensivo a los trajes de comida y ahora se nota su influencia en los trajes de tarde.

Como es de suponer, estos trajes son mucho más difíciles para cortar, para hacer y para copiar. Se han creado expresamente para la ocasión en que han de usarse y teniendo en cuenta las necesidades de cada cual, de manera que son modelos mucho más individuales que los antiguos.

Esta moda exige tanta armonía, el que el echarpe, la cartera, el sombrero, etc., deberán hacer juego con el traje. Si no son en la misma tela, tendrán una relación muy íntima.

Para que se comprenda mejor mis ideas, daré algunos detalles sobre los trajes que creo en este momento.

Siluetas. — Mis vestidos de noche son muy largos: para la tarde son semilargos, según la persona. En casi todos los casos las líneas del cuerpo moldean la figura. Los cinturones son incrustados, las caderas ajustadas y el vuelo sale de las rodillas o un poco más arriba. Para la tarde, los tés y las co-

midas que no sean de etiqueta, hago vestidos más "habillés". Eso quiere decir con un pequeño escote, mangas largas y más cuidado en la composición general. Para las comidas, el bridge y las reuniones de tarde tengo vestidos en lamé tratados como trajes de sport. Aunque su corte sea igual, la riqueza de la tela los distancia de esa categoría. No empleo tanto encaje.

Para la mañana las faldas son algo más largas, aunque todavía pueden llamarse cortas, y conservan en su corte una libertad y flexibilidad de movimiento propios para el sport y el footing.

En cuanto a lo que se refiere a los detalles, me gustan los adornos de lencería, cuellitos y puños bordados a mano, con alforzas y encaje, y también con fils tirés y punto turco, que hecho a máquina es tan perfecto que casi no se distingue del que se trabaja a mano, y están muy de moda, lo mismo que para lencería. También hay incrustaciones de la misma tela: partes del cuerpo bordadas con cuentas, que continúan hasta la falda en forma de panneaux. Los sombreros y carteras de sport son en la misma tela del conjunto.

Telas. — Empleo cantidad de tweed francés, sedas "façonnés", es decir tejidas con diseños livianos que no se ven a la distancia muchas veces: satén pesado, crêpe de Chine, georgettes y lamés muy discretos, tanto que hasta pueden usarse de tarde, cuando se necesite un traje de más etiqueta.

Color. — Toda la gama de violetas y ciruelas, berenjena, dalia y rosa ibis, son los colores que más me interesan, juntamente con el negro y el blanco.



Vestido de noche, de Jenny, en "mousseline de soie" marfil y encaje marfil viejo



Sra. L. Bethier

de regreso de Berlín y Viena.

Primera Especialista en defectos y embellecimiento facial, pecas, granos, vello, etc. Crema Hormon — la falta de hormonas es la causa de las arrugas, — se aplica de noche en muy poca cantidad.

PRECIO, \$ 20.—

Crema de almendras legítima, especial para masaje facial, \$ 6.—

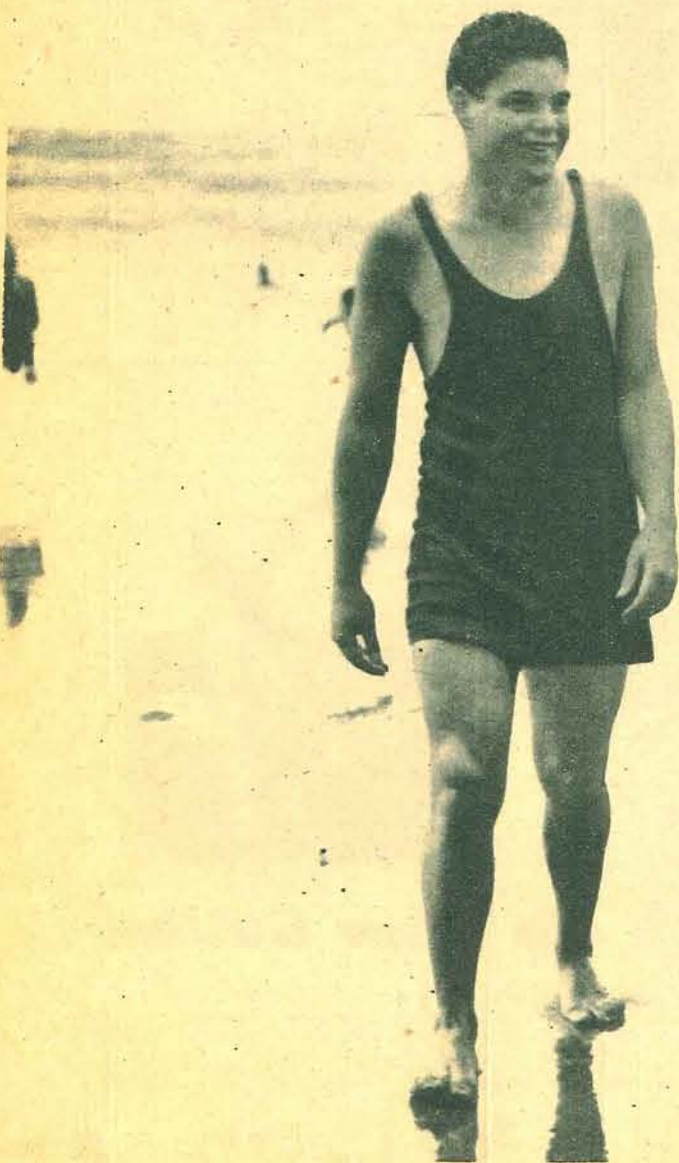
Harina de almendras, \$ 3.50.

CHARCAS, 846 - U. T.: Plaza, 0574

DIBUJOS DE
PIERRE FOSSEY



Los partidos de cricket entre los equipos del Norte y del Sur atraieron a Hurlingham a numerosos aficionados. La fotografía muestra un grupo de espectadores cómodamente ubicados bajo la arboleda, siguiendo atentamente el desarrollo del juego



Los footballers gustan de Mar del Plata. Aquí vemos a Roberto Cerro, quien sonríe al fotógrafo que lo ha sorprendido al salir del agua



William F. Carey, cuya fotografía presentamos, es el presidente de Madison Square Garden, la empresa organizadora de espectáculos boxísticos. Su visita a la Argentina está relacionada con negocios ajenos al boxeo, pero no extrañará que también se ocupe de él

MOZAICO SPORTIVO



¡Qué Desilusión!

Cuando él ya creía que iba a oír el ansiado "sí", ella se fijó, con no poco disgusto, en el descuido que mostraba en el vestir su enamorado pretendiente.

LAS LIGAS PARIS

(No hay Contacto de Metal con la Piel)

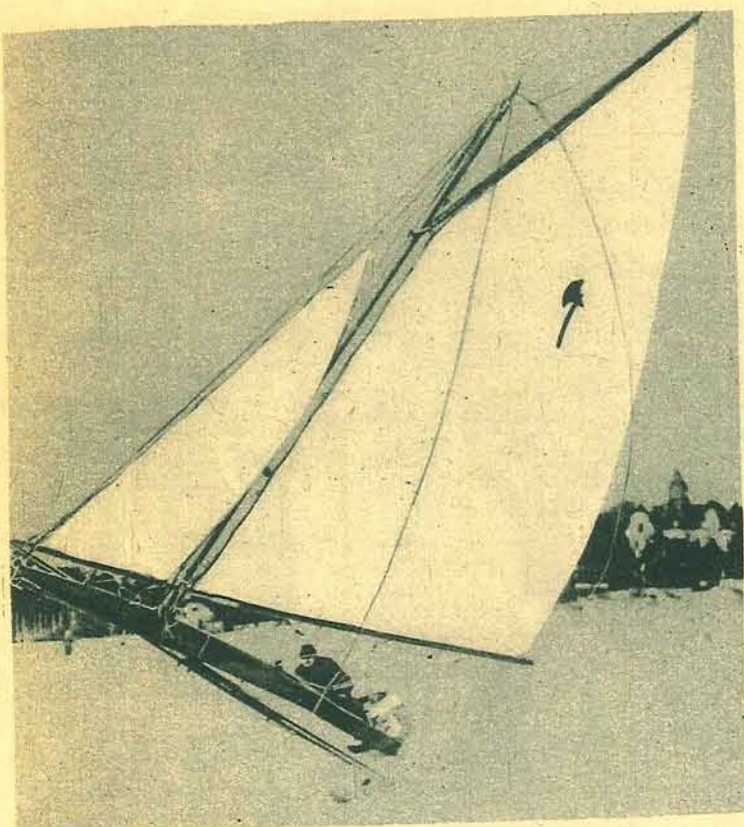
hubieran rendido ese corazón.

Mantienen las medias cómodamente ajustadas, signo inequívoco de pulcritud y buen gusto. Y no tienen rival por lo cómodas y durables. Las LIGAS PARIS son las elegidas por el hombre bien vestido en el mundo entero.

Fabricantes: A. STEIN & COMPANY
Chicago, U. S. A. — New York, U. S. A.

Concesionario: Paulino Barrio - Talcahuano, 177, Bs. As.





Los sports de invierno en Suecia están rivalizando ya con los de Suiza. La fotografía muestra un "yate" realizando un viraje arriesgado



El cross-country popular de París, que se desarrolló entre el Polígono y el Bosque de Vincennes, no contó con el auspicio del tiempo. La fotografía muestra al grupo delantero luchando con el barro a mitad de recorrido



SPORT EXTRANJERO

Yvan Trevidic, el peso mosca francés, se ha conquistado las simpatías generales en su país. Aquí le vemos en uno de sus días de entrenamiento, disponiéndose a robustecer su punch castigando la bolsa de arena.



Los clubs de Brandeburgo organizaron una exhibición sportiva en el Palacio de los Sports, de Berlín, y en el curso de ella los agentes de policía de la capital alemana realizaron diversos ejercicios gimnásticos, uno de cuyos aspectos ofrecemos en la fotografía



Johnny Layton batió el record mundial de billar a tres bandas, derrotando al mismo tiempo a Charles E. Jordan en tres series. Layton, a quien presentamos en el grabado, había obtenido el campeonato cuando venció a Willie Hope



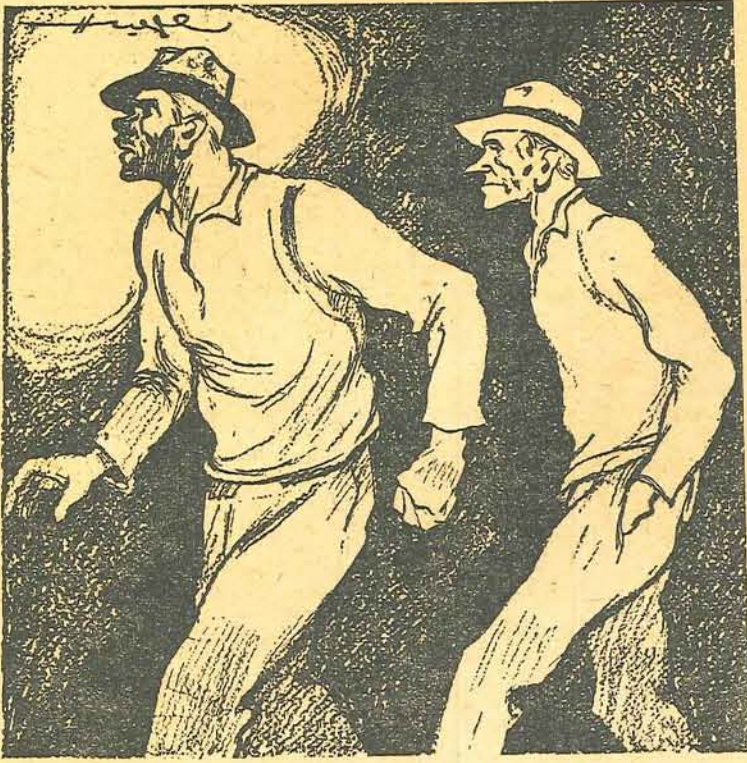
No Más Callos

Una sola gota del maravilloso líquido acaba científicamente con los callos dolorosos. Termina el dolor en 3 segundos. Luego seca el callo y lo desprende. Millones lo usan por recomendación del doctor. De venta en todas partes. Cuidado con las imitaciones.

"GETS-IT"

"GETS-IT," INC., CHICAGO, E. U. A.





P O R
MAX
PEMBERTON
ILUSTRACION DE
JUAN CARLOS HUERGO

HAN pasado veintiocho años desde que un viejo y paciente caballo blanco me condujo sano y salvo a Hampstead Heath y se detuvo con docilidad frente a la Taberna del Español, mientras contemplaba yo el pacífico valle, preguntándose adónde me dirigía en busca de alguna aventura.

Recuerdo que era una mañana de febrero de 1896. No soplaban vientos fríos en los matorrales ni el tiempo había sido malo durante aquel mes. El sol daba un calor relativo, y se percibía en el aire un perfume de primavera. Un poeta quizá hubiera pensado en bosques y valles, mientras que un jovenzuelo tal vez proyectaría un viaje atrevido a York en la forma fabulosa del desacreditado Dick Turpin. Pero mientras estuve vacilante, sin saber qué camino tomar, un recuerdo del contenido de los diarios de la mañana me ofreció súbitamente una inspiración, y, como Lord Tennyson, supuse que, si no había ningún hombre que pudiera ser colgado, debería haber alguien que mereciera esa suerte, oculto quizá entre los matorrales que eran la gloria de aquella llanura.

Lo cierto es que todo Londres había tenido noticias aquella mañana de un crimen horrendo, cometido en una casa solitaria de Muswell Hill, y ese crimen había conmovido la imaginación de los valientes tanto como la de los tímidos. Un caballero muy anciano, de casi ochenta años de edad, para ser más preciso, había sido encontrado por su jardinero, un tal Webber, criado muy fiel, asesinado brutalmente en su propia cocina; su casa estaba revuelta, y su dinero había desaparecido. La gente, que era naturalmente nerviosa, y especialmente los que vivían en los alrededores de Hampstead y de Highgate, se sentía muy alarmada, y empezaron inmediatamente a preguntar qué estaba haciendo la policía y a sugerir una respuesta no muy cortés para esa excelente institución.

Puede asegurarse que ese asesinato había sido la noticia del día, y todos los diarios lo anunciaban con grandes títulos. Había leído yo varias descripciones gráficas del descubrimiento antes de partir de mi casa, y al encontrarme en las inmediaciones sentí un deseo de dirigirme al lugar del crimen y hacer una visita a Muswell Lodge.

Un amable agente de policía me indicó el camino, y un cuarto de hora más tarde atravesaba Highgate Hill, y luego seguí por una calle apartada, que me condujo casi inmediatamente a un barrio hermoso, con casas y

jardines agradables, desde donde se alcanzaban a ver los árboles apiñados del bosque de Highgate. Recuerdo que la casa de Mr. Henry Smith era la última de todas; una villa de terrenos vastos, que evidentemente estaba bien cuidada, y delataba por cierto a un propietario de fortuna y de gustos exquisitos. Lo que más me sorprendió, sin embargo, fué el aspecto desierto de la calle de Tenter-town, que así se llamaba aquella arteria, y el hecho de que un lechero solitario, que entregaba su mercancía en la casa de al lado, era la única persona que pude descubrir allí.

Y cuán poco afectan a la gente estas grandes tragedias de la vida y de la muerte! El lechero se limitó a hacer una señal con su dedo pulgar, por encima del hombro, cuando le pedí que me indicara la casa; el agente de policía que se encontraba cerca del portón, se sintió complacido ante la perspectiva de tener con quien hablar. Al referirse al crimen, fué irreprochable, y sólo al asegurarme yo que era un ciudadano particular atraído por la curiosidad, obtuve el permiso necesario para visitar la residencia que se había hecho histórica aquella noche.

Nuestra imaginación es una tirana caprichosa, con vaguedades femeninas. Recuerdo que al amarrar a mi viejo caballo a una puerta muy moderna estuve pensando en la víspera y no en el día del acontecimiento. Pensé que la tarde anterior un caballero muy anciano y culto era el dueño de la nueva y elegante villa. Posiblemente había pasado horas muy agradables con sus libros, y después de comer muy ligeramente, se había acostado temprano, como acostumbraba hacerlo siempre. Un hombre de ochenta años de edad debe saber que no ha de vivir mucho tiempo más, pero podemos sospechar que la perspectiva de una muerte violenta estaba muy lejos de su imaginación cuando apagó la luz y se dispuso a dormir. Luego quedó aletargado, y más tarde sintió el rumor de pasos y de murmullos en la cocina, debajo de su habitación. Se incorporó, preguntándose qué podría significar aquello. Como era un hombre valiente, decidió bajar y averiguarlo. Mas ¡ay!, le quedaban muy pocos momentos de vida, y debió comprenderlo cuando se vió frente a los asesinos.

Repito que esto fué lo que estuve pensando, y al seguir el camino hacia la puerta de la villa oí la historia del crimen de labios de alguien que había conocido a Henry Smith y que lo tenía por un gran caballero. Descubrí que la casa estaba a cierta distancia de las vecinas, y sus hermosos jardines llegaban hasta el borde del igualmente hermoso bosque de Highgate; observé que los invernáculos eran notables, tanto por su extensión como por las plantas exóticas que en ellos se cultivaban, y que los mismos jardines denotaban a un conocedor de la materia, que tenía conocimientos considerables de botánica. Sin embargo, contenían otras cosas además de flores, pues mi compañero me señaló el alambre para denunciar la presencia de ladrones

UNA CLAVE EXTRAÑA

que el propietario había tendido tan cuidadosamente, pero en vano, para su protección.

Debe tenerse en cuenta que Mr. Henry Smith era un ingeniero retirado con conocimientos sólidos de mecánica. Vivía solo, guardando siempre una suma considerable de dinero en su casa, y, como es natural, comprendía los peligros a que lo exponía su soledad.

Resolvió, en consecuencia, que ningún merodeador pudiera entrar en su propiedad sin denunciar su presencia, construyendo una ingeniosa red de alambres que podía conectarse, al atardecer, a un detonador, y esa era siempre la última tarea que desempeñaba Mr. Webber, y a veces él mismo, antes de retirarse a descansar.

Era evidente, sin embargo, que los asesinos, quienesquiera que fueran, estaban al tanto de la existencia y del funcionamiento del sistema como la propia víctima, porque lo primero que hicieron fué desconectar los alambres para inutilizar el aparato destinado a hacer sonar la alarma. Tuve conocimiento de este hecho apenas llegué a la casa, y, además, de otro que resultaría de gran importancia, pues mi informante aseguró que la obra de descubrir los alambres se había realizado con una linterna de juguete, la cual se encontraba en poder de la policía.

Tengamos en cuenta este hecho, porque esa linterna se convertirá en una de las claves más notables de toda la historia del crimen.

II

En la residencia de Muswell había una cocina amplia, y sobre ella se encontraba el dormitorio de Mr. Smith. Esas dos piezas eran objeto de especial interés cuando visité la casa, porque en la una se descubrían rastros del robo que se había cometido, y en la otra se encontraba el cadáver del anciano caballero.

La historia, en sus puntos principales, era muy sencilla.

En la mañana del 12 de febrero del año 1896 Mr. Webber había acompañado a su amo por el hermoso jardín, avivó el fuego en las hornallas de los invernáculos, conectó los alambres con el sistema para hacer sonar la campana en el caso de que entraran ladrones, y luego preguntó a Mr. Smith si quedaba algo por hacer. Después de recibir una respuesta negativa se dirigió a su propia casa, saliendo por el portón de la villa, y no regresó hasta el día 13, a una hora muy temprana. Ese día resultó muy infortunado en la historia del amo y del servidor, pues lo primero que observó Mr. Webber fué que la ventana de la cocina se encontraba abierta, aunque la había cerrado muy cuidadosamente en la noche anterior, y descubrió señales de que había sido violentada.

Al echar una mirada al interior de la cocina, el alarmado jardinero contempló un espectáculo horrendo. El cadáver de su amo se encontraba sobre la mesa, envuelto en un mantel, amordazado, y con los tobillos y las muñecas amarrados con tiras de género.

El desorden que había en la cocina, los platos rotos y las sillas caídas, revelaban bien claramente que se había librado allí una lucha terrible y desesperada. Sin embargo, un hombre de ochenta años de edad no podía hacer mucho para defenderse contra dos facinerosos, pues pronto se descubrió que le habían martillado la cabeza y herido en varias partes del cuerpo, y era evidente que lo tomaron de sorpresa, ya que sólo tenía puesto su camisón, sin llevar consigo ninguna arma.

Me dijeron que el cuerpo no se había enfriado todavía cuando lo descubrieron, y el doctor que fué llamado inmediatamente opinó que no hacía mucho que el anciano había muerto. Como era natural, la policía fué llamada en seguida al teatro del crimen, y se informó a Scotland Yard. El superintendente Froest, el brillante funcionario, se ocupó del caso, y los mejores cerebros de la institución se dedicaron a aclarar el misterio. En cuanto al público, se mostró asustado y quejumbroso, clamando por que se hiciera un milagro que permitiera condu-

cir a los brutales asesinos ante la justicia, y no habían pasado veinticuatro horas cuando en todas las redacciones de los diarios empezaron a llegar los consejos y quejas de esa multitud necia que siempre se deja oír cuando se ha cometido un crimen sensacional. "Que el Gobierno ofrezca una recompensa", era la proposición general. Pero el Gobierno se negó prudentemente a hacerlo en vista de que el inspector Froest ya había llegado a la conclusión de que no sería necesario ofrecer ninguna recompensa. Esto significa que el brillante inspector resolvió descubrir primeramente el significado de las claves que habían caído en sus manos, y se preguntó si sería en realidad necesario ofrecer dinero por la captura de los asesinos.

En estos tiempos leemos muchos cuentos policiales, y nuestros detectives aficionados hacen cosas maravillosas que nos deleitan. Me pregunto con frecuencia, sin embargo, qué hubieran hecho si fueran llamados a Muswell Lodge en aquella mañana llena de sol del mes de febrero. Me lo figuro: corriendo de un lado a otro, midiendo huellas de pies y buscando impresiones digitales, aunque esta ciencia estaba entonces en su infancia, y llegando a la conclusión general, como nuestros amigos Blathers y Duff, de "Oliverio Twist", que si el latrocinio no había sido cometido por la familia Pet era, ciertamente, la obra de Mr. Conkey Chickweed. Y oíríamos, además,

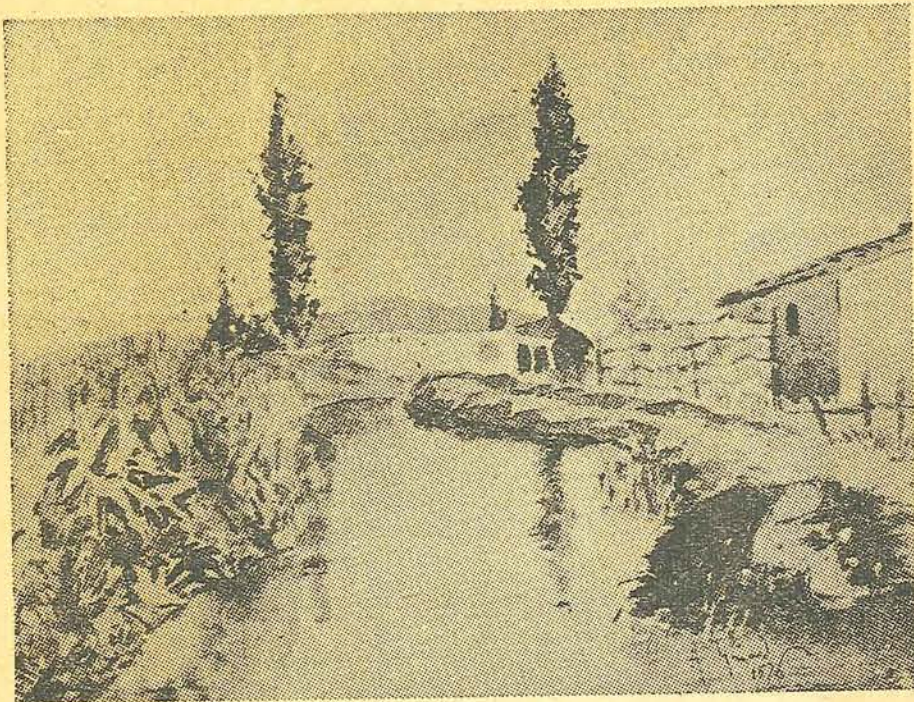
las tonterías del Dr. Watson; sin duda, declararía que las claves eran muy pocas. Quizá le parecerían útiles ciertas huellas de botas pesadas en el suelo blando cerca de la ventana de la cocina, aunque la reflexión debería sugerir el hecho de que debe tenerse alguna idea de quién fué el que usó el botín para que las pruebas tengan alguna validez ante los tribunales. Había, además, señales de una "consulta" celebrada por los malhechores en las inmediaciones del bosque de Highgate, de una naturaleza evidentemente interesante. El doctor Watson hubiera pensado, sin duda, que si los hombres que se consultaron allí, donde quizá se repartieron las setecientas libras robadas de la caja fuerte del pobre Mr. Smith, dieran a conocer solamente sus nombres y direcciones, podría realizarse una captura excelente. Pero sus nombres no se conocían, y era evidente que la policía no podía interrogar a los seis millones de habitantes que entonces formaban la población de Londres para preguntarle uno por uno: "¿Las huellas de sus pies coinciden con las halladas en los jardines de Muswell Lodge, donde se ha cometido un crimen horrible?"

Me parece que no; y sospecho que nuestros aficionados pasarían momentos difíciles sin poder aclarar el misterio al final. Quizá hubieran despreciado negligentemente la propia clave que sirvió para revelar cosas tan asombrosas.

(Concluirá en el próximo número)

LAS AVENTURAS DE NENA Después del baile Gracias a la CREMA HINDS

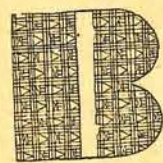




PAISAJE



LA VUELTA DE LA IGLESIA



BILBAO, villa dinámica, comercial e industrial, suele tener, no obstante, sus regodeos con el arte. La metrópoli vasca, sucia de humos fabriles, hollada de camiones, entreverada de rieles, ruidosa de sirenas, alterna los sacrificios a Mercurio con un culto, más espaciado y tímido, pero noble y sincero, al arte. Este culto se lo disputan, en un ochenta por ciento, la música y la pintura. La gloria intelectual y literaria no tienta del mismo modo a los bilbaínos, y si les tienta, tienen que irse a Madrid o Salamanca.

No son pocos los pintores bilbaínos de las últimas generaciones y algunos — Arteta, Echevarría — ocupan puestos de preeminencia en el arte peninsular. Durante cierto tiempo ha sido la capital vizcaína el foco renovador de la pintura española. Y pintores bilbaínos y, en todo caso, vascos, fueron, entre fines y comienzos del siglo, los principales importadores en España de las corrientes pictóricas europeas.

Uno de esos pintores de fin de siglo y de los primeros portavoces del impresionismo en la Península, fué Adolfo Guiard. El nombre de Guiard llegó a ser en Bilbao, entre 1886 y 1916, uno de los tópicos de la villa. Porque en él hubo dos personalidades igualmente fecundas y vigorosas: la del pintor y la del humorista. Si el pintor llegó a adquirir virtudes de maestro y un respeto eficaz en aquel ambiente arisco al arte, el humorista se convirtió muy pronto en una de las instituciones de la villa. Su facundia era prodigiosa y no exenta de jugo. Derramaba por todos los "chacolies" y salones su ingenio inagotable. Sus anécdotas, aun mejor que sus cuadros, le abrieron un nicho de inmortalidad en el corazón de sus paisanos.

Guiard, a pesar de su origen francés, era un bilbaíno genuino. Lo denunciaban su lenguaje característico, su sana y ruidosa alegría, su cuidado de no pedir a la vida más que lo que pudiera darle buenamente. Pero le distinguían de sus paisanos dos cualidades importantes: cierto mordaz escepticismo a lo Anatole France, y una íntima repulsión, insospechable en el ambiente, al espíritu mercantil. Aquel escepticismo, sin embargo, iba fundamentado en una naturaleza predispuesta a los placeres sensuales, típicamente vasca. La contradicción con la idiosincrasia de su pueblo estaba, más bien, en esa sincera hostilidad al mercantilismo, al cientifismo, al mecanicismo y, en una palabra, a todo lo que tiende a suplantarse la acción del hombre por la de la materia organizada. El origen de esa animadversión estaba en su amor al arte. Era

un artista puro y desinteresado que odiaba todo cuanto creía obstáculo a lo bello. Con su ingenio incisivo escarnecía todo aquello que hacía un fin de vida del provecho y no de la belleza.

De este modo ejerció en la vida de su pueblo manifiesta influencia. Pero esa influencia se debió, más que a su arte, a esa su popular facultad de humorismo pedagógico. El encarnó en Bilbao durante mucho tiempo un concepto superior de vida ciudadana. Con su cáustica crítica de las costumbres, caracteres e ideas dominantes, difundió entre los suyos un tácito sentido de cultura y de fineza artística y enseñó a ver sin el engaño de las apariencias. Y en el campo social mantuvo siempre alerta la crítica salvadora. Fué, como alguien ha dicho, un maestro en faccias e irrespetuosidades.

Como pintor, no tuvo una influencia tan directa. Abrió horizontes y aportó novedades, pero no tuvo verdaderos discípulos. Y, sin embargo, su obra es rica en interés artístico. Después de haber estudiado en Bilbao con Lecuona, cuya pintura, como ha dicho Unamuno, era quizá demasiado honrada, se trasladó a Barcelona, donde completó las primeras letras del arte. Pero donde Guiard comenzó a ser artista fué en París, algún tiempo más tarde, hacia 1880. "Al enfilarse los bulevares—dice Juan de la Encina—la sangre francesa que llevaba en sus venas debió sentir la alegre expansión de quien de pronto se reconoce a sí mismo en el ambiente que le rodea". Los cinco o seis años de vida parisiense troquelaron el arte de Guiard para siempre.

Cuando el pintor bilbaíno llegó a la capital artística del mundo, el arte pictórico francés sufría honda transformación. El Impresionismo refía su batalla postrera. Manet llevaba veinte años de lucha y de desdenes, pero estaba vencida la máxima resistencia. La opinión y la crítica comenzaban a ponerse del lado de los innovadores. Guiard tuvo oca-

UN PINTOR BILBAÍNO ADOLFO GUIARD

POR
LUIS ECHAVARRI

sión, sin duda, de ver la exposición del grupo impresionista de 1881 y las que dos años después, en 1883, organizó Durán-Ruel. Una tras otra, le fué dado admirar las muestras individuales de Manet, Renoir, Pissarro y Sisley. En 1883 murió Manet y Guiard fué testigo del homenaje póstumo de sus amigos con la exposición de sus obras en la Escuela de Bellas Artes.

El pintor vasco debió entrar con rapidez en la comprensión de la nueva corriente artística. No obstante, sus obras de ese tiempo no están ejecutadas de acuerdo con los cánones del puro impresionismo. Carecen del prurito de la división de los tonos y no pone gran empeño en la exclusión de los colores neutros, los negros y los ocres. Aunque ejecutó algún paisaje, la pintura al aire libre no le atrae todavía y se mantiene en la gama opaca de las pinturas de interior. Manet y Degas fueron en este tiempo sus maestros predilectos. Conoció y trató personalmente a Degas, a quien, treinta años después, todavía recordaba con elogio al pintor vasco. La influencia de Degas en la obra de Guiard fué decisiva y per-

CROQUIS



MENDIGO

manente. La última silueta, el más mínimo apunte del artista bilbaíno, lleva implícito el riguroso y refinado sentido de la forma y del color del maestro francés. En las obras realizadas en París la influencia de Degas es evidente: en el color, por las entonaciones generales tirando a caoba, más o menos clara, por las armonías de granates apagados, rosas y grises finos; en el dibujo, por el estilo conciso y caracterizador y la factura lisa.

La otra poderosa influencia le vino de Manet. Pero no todavía del Manet de la pintura al aire libre y la luz plena, sino del de las austeras entonaciones y armonías sordas y potentes, al modo velazqueño. Guiard se asimiló con gracia y seguridad aquella manera concisa y expedita de Manet. En sus obras, al modo de aquel artista, la manera es suelta, garbosa, rápida. Bajo la influencia de ambos maestros, Guiard pintó en París escenas y costumbres de la vida cotidiana parisiense, con poca brillantez todavía y predominio de tonos neutros, sombríos, mortecinos.

Pero al regresar a su país, en 1885, Guiard traía ya consigo toda la técnica pictórica y toda la retórica literaria del impresionismo francés. "Oírle hablar de arte—dice Unamuno—era oír, traducido al más puro bilbaíno, a bilbaíno de Achuri, las doctrinas, entonces revolucionarias, de los pintores de "Manette Salomón" de los Goncourt. Pero ello hecho propio y con un fuerte tono de originalidad". Con su nuevo sentido de la pintura al aire libre, que concedía bien con su amor por el campo, abrió los ojos a su tierra, descubrió su belleza y se puso a pintarla. En vez de zahondar en las recónditas psicológicas del aldeano, le miró de pies a cabeza al aire libre, bajo el cielo desnudo. Su "Aldeano de Baquio" marca ese punto trascendente en el desarrollo de su obra, pues es la primera que realiza según las orientaciones



DIBUJO

del "plein air". El naturalismo literario, compañero de luchas del impresionismo pictórico, que Guiard bebió también a grandes tragos en los libros de Zola, de Flaubert y de los Goncourt, contribuyó a su comprensión estética del país vasco. Este país, rico en perspectivas pintorescas, con sus altas montañas y sus valles angostos cruzados de riachuelos, el ajetre de los puertos, los humos de las fábricas, las recias testas de los labriegos y las miradas ausentes de los marinos, va pasando lentamente a sus cuadros. En ellos refleja lo que ven sus ojos, sólo que sus ojos de artista se posan únicamente en aquello en que hallan complacencia. Su naturalismo no es el naturalismo tenebroso de Zola. Su sensibilidad es más propensa a las manifestaciones de la delicadeza y de la gracia. Sus modelos no son bestias humanas, sino labriegos apacibles que trabajan y se solazan en sus campos. En "La Siega", por ejemplo, en la apacibilidad de un ambiente gris-azulino, los labradores se mueven o reposan en actitudes simples y nobles. Esta obra, graciosa y claramente construida, destila un sentimiento de paz y ática melancolía. "De Promesa", ejecutada cuatro años después, en 1894, es de una entonación general más azulina, de un dibujo más firme y preciso. En esta obra, tan impregnada de emoción, culmina y se resume el arte de Guiard.

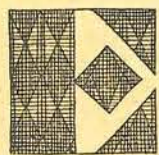
Este hizo también pintura decorativa. Dubujó y pintó cartones para la construcción de vidrieras. En estas obras aparece el decorador simbolista a la manera de Puvis de Chavannes. Pero de éste toma, más que el modo de oriunde clásica, el sentimiento de la composición simple y clara y la expresión de serenidad. Los temas—la Pesca, la Navegación, el Pastoreo, etc.—, siguen inspirados en la vida vasca, pero con un sentido de universalidad.

La pintura de Guiard ha sido llamada dibujo iluminado. Aunque esta calificación no sea exacta, es lo cierto que en Guiard el dibujante prevalece sobre el pintor. Era un dibujante seguro, claro, fino. Seguía la tradición mejor del dibujo francés, después de Ingres. Sus figuras son realmente siluetas y lo que domina mejor es el contorno. El colorista, con haber conseguido notas armoniosas y delicadas, viene a ocupar en su obra un lugar secundario. La brillantez cromática le era negada a cambio de las armonías sutiles de grises matizados y, sobre todo, del arabesco del dibujo y la composición.

Tal fué Adolfo Guiard, humorista y pintor. Bilbao le debió una noble enseñanza de arte y una eficaz contribución a su alegría, y la pintura peninsular una ventana abierta a nuevos rumbos.



P O EDGAR WALLACE CAPITULO III



N sus raros momentos de ocio, el Dr. Marford solía permanecer en su clínica, detrás de las encarnadas cortinas de indiana que corrían a lo largo del amplio ventanal rasero, con la fina y aristocrática nariz pegada al vidrio y reflexionar, un poco agriamente, acerca de Tidal Basin, sus habitantes y su futuro.

Encontraba en esos atardeceres vanales material propicio a la reflexión. La luz del desvergonzado día persistía aún por el poniente. Volcaban las leoneras y los cuchitriles de la barriada las cosas que con tanto decoro se ocultaban en las frías jornadas del invierno. En esas noches de verano el calor impulsaba a salir al aire libre a los seres más extraños, criaturas a quienes ni los vecinos más viejos recordaban haber visto con anterioridad y a quienes ni los más insensibles deseaban volver a topar.

La roja cortina de indiana se extendía a lo largo de la ventana del espacioso cuarto en que el médico tenía instalada su clínica. Había ocupado ese local una zapatería y un taller de sastrería. Loucilensky, de infamante memoria, había puesto en ese local, también, su "club" y vió en la puerta lateral que se abría sobre el pequeño patio una salida conveniente para sus parroquianos equivocados.

Era aquella una propiedad abandonada cuando el doctor Marford la escogió para ejercer en ella la medicina. Todo Tidal Basin sabía que el doctor era tan pobre, que tuvo que pintar y fregar de arriba abajo el local con sus propias manos. El mismo, probablemente, había cosido las cortinas y adquirido, ciertamente, en el Caledonian Market, en donde se puede conseguir amueblar una casa por pocas libras, los útiles domésticos indispensables para su comodidad. Tidal Basin, que favorecía a esos cinematógrafos en que se pasan películas de alto ambiente social, le despreció por su pobreza.

Tidal Basin había conocido, y todavía conocía, al Dr. Marford con el nombre de "El doctor penique". Se le conocía, sin embargo, mejor por "el doctor de los bebés", porque, después de un año de perma-

nencia en el barrio, logró, por algún milagro, fundar una clínica gratuita en que se daba tratamiento de rayos X a los niños. Debía contar con amigos influyentes, porque, sin interrumpir sus demás actividades, fundó un pequeño hogar para convalecientes a orillas del mar.

Su trabajo constituía su obsesión, y no tomaba en su provecho propio ni un penique de los que entraban en sus arcas. La parduzca clínica se transformó en miserable, como lo había sido siempre, al lado del flamante palacete de cristal y blanco esmalte en que los niños de Tidal Basin disfrutaban de la luz solar artificial y de las benéficas cualidades de unos rayos extraños.

Vió a Janice Harman pasar frente a la ventana y fué a abrirla la puerta. No era cierto que este hombre preocupado no fuese sensible al encanto de la muchacha. Acostumbraba sentarse en su escritorio y pensar en ella durante horas. Qué sueños singulares se introducían en esos momentos a alterar la regularidad de su mente metódica, era cosa sabida solamente por el Dr. Marford; mientras Janice le exponía con embarazo y en forma algo dislocada sus planes para el porvenir, el médico no dejaba entrever la súbita desolación y la desesperación que le azotaban. ("Hasta las personas menos vulgares se enamoran de Janice" dijo el mejor amigo de la joven).

—¡Oh!—expresó el Dr. Marford, mordiendo pensativamente, su labio fino—. Eso supone una desgracia para la clínica. Y a todo esto, ¿qué dice Mr. Quigley?...

Hasta aquí había sentido una irrazonable antipatía por el joven repórter, que era un visitante demasiado frecuente de la clínica y que había escrito muchísimo y en términos sumamente entusiastas acerca de las arriesgadas empresas del Dr. Marford, para congraciarse con un hombre que rehuía de modo instintivo la publicidad. —Mr. Quigley no tiene ningún derecho para hacerme objeciones—. Había un tono de menosprecio en su voz—. Es un excelente amigo... o era.

Se abrió una pausa embarazosa.

—Pero ya no lo es...—sugirió, amablemente, el Dr. Marford.

Experimentaba el doctor un inexplicable sentimiento de parentesco respecto a Michael Quigley.

La innata lealtad de la muchacha la hizo modificar su actitud.

—Me gusta Michael...—explicó—, es extraordinariamente simpático, pero muy dominador. El fué excesivamente bueno conmigo la otra noche y yo lo traté de... alisima manera.

"MASCARA BLANCA"

Donde aparece el "doctor penique" y hay una llamada telefónica

Yo estaba en el Howdah Club cuando se presentó ese hombre terrible.

Volvió el rostro hacia ella con un gesto de interrogación.

—¿Qué hombre terrible?...—

—El ladrón... La "Máscara Blanca".

El Dr. Marford asintió.

—¡Ah, sí! Ya sé. Me enteré por los diarios y he conversado sobre el caso con el sargento Elk. Hay una teoría que dice que el ladrón vive en este barrio, una teoría de la que me temo que sea responsable su joven amigo. ¿Es usted prudente?

Plantó esta pregunta con brusquedad.

—¿Por qué?... ¿Por el asunto de mi casamiento? ¿Hay alguna muchacha prudente, Dr. Marford? Supóngase usted que me hubiese reunido todos los días de mi vida con este hombre, ¿le conocería bien por eso?... Es decir, ¿le conocería como se conoce al esposo? Los hombres siempre procuran impresionar lo mejor posible a las mujeres, y a menos que se viva con ellos en la misma casa, es imposible estar absolutamente seguros acerca de su personalidad.

Asintió el Dr. Marford, acariciando su puntiaguda barba.

Hubo un largo silencio, que rompió el médico.

—Sentiré mucho perderla, Janice. Ha sido usted para mí una colaboradora eficientísima. Había llegado el momento de que abordase ella un delicado punto de la entrevista, delicado porque sabía lo sensible que era el Dr. Marford al respecto.

—Me gustaría hacer al instituto un regalito—dijo apresuradamente—. Mil libras...

El Dr. Marford levantó una mano; su rostro reflejaba una sincera pena.

—No, no, no; ni siquiera puedo escuchar tal cosa. Ya me preguntó usted una vez si yo querría aceptar una donación. No; me basta con no haberle retribuido la ayuda que usted nos prestó. Esa ha sido su espléndida contribución a la clínica.

Sabía que él sería inflexible en este punto y prefirió no insistir. Había decidido previamente que si el médico se negaba a aceptarlo, el regalito tomaría la forma de una donación anónima el día de su matrimonio.

Michael, en uno de sus momentos de mayor desenvoltura, acusó en cierta ocasión a Janice de ser teatral en sus acciones, y la acusación le resultó a la muchacha tan ridícula, que se echó a reír. Hay, no obstante, en todo sentimental una manera de teatralidad, y Janice Harman no constituía una excepción.

Inesperadamente, el doctor estiró su delgada mano y estrechó la de la joven.

—Espero que sea usted feliz—dijo.

Sus palabras fueron, al mismo tiempo, de bendición y despedida.

Janice cruzó la calzada de Endley Street. En la esquina estaba parado un hombre alto, de buen aspecto, de sienes canosas. Notó con sorpresa que éste conversaba con una mujer y que conversaba, al parecer, en tono confidencial.

La mujer se marchó y el hombre, sonriente, vino al encuentro de la joven.

—¿Qué barrio lúgubre, querida! No sabe lo feliz que me siento al saber que lo abandona.

—¿Quién era esa mujer con quien hablaba usted?—le preguntó curiosamente.

Donald se rió—. A Janice le

encantaba esa risa de su amigo.

—¿Mujer? ¡Ah, sí!—Lanzó una mirada a su alrededor e indicó con un movimiento de cabeza a una figura esbelta, que se perfilaba delante de ellos, por el extremo opuesto de la calle—. Un tipo raro... Me confundió, creyó que yo era su hermano y al comprobar que se había equivocado se encontró cohibida. Una linda muchacha, más bien...

El automóvil de la joven se guardaba en un "garage" de las inmediaciones. Al principio, ella lo llevaba hasta la clínica, situada en la terminación de Endley Street, pero el médico la previno contra esta costumbre. Y la previno justificadamente, pues en el espacio de una semana el vehículo fué empleado por los padres de los niños que cuidaba Janice para el transporte de todo aquello que podía transportarse.

Se sentó la muchacha ante el volante. Componía una radiante figura de juventud. La contempló Donald reposadamente y la juzgó más hermosa de lo que la había imaginado en sus horas de ensueño.

Pasaron de nuevo frente a la clínica. Janice vió la triste silueta del Dr. Marford, que los observaba tras el ventanal, y agitó la mano en señal de saludo.

—¿Quién es ese?—preguntó Donald con indiferencia.

—Ese es el Dr. Marford.

—¿Su patrón, eh? Me hubiera gustado echarle un vistazo. Hace mucho ruido en este barrio, ¿no es cierto?

Janice se rió al oír esto.

—¿Mucho ruido? No se escucha ni el más débil murmullo en Tidal Basin—dijo la muchacha—. ¡Pero es maravilloso este hombre! A veces pienso que se priva de alimentos para que progrese su clínica.

Janice llevó la parte cantante en la conversación durante su viaje a través de la ciudad. En Cranbourn Street, una interrupción del tráfico los hizo detenerse. Ya Donald dirigía, entonces, el curso de la charla y las excelencias del Dr. Marford habían sido relegadas a un segundo plano.

Donald hablaba de Africa del Sur y de sus dos gránjas, una emplazada en las selvas de Rodesia, la otra entre las bellezas de Paarl. Le gustaba sobremanera hablar de esta propiedad de Paarl.

—Va a ser un cambio demasiado brusco para usted, aunque en el Cabo se hace alguna vida social. Y soy conocidísimo...

—He aquí alguien que tam-

bién le conoce—dijo ella, riendo.

Volvió la cabeza con rapidez, pero no distinguió entre la muchedumbre apremiada de las aceras ningún rostro familiar.

—¿En dónde?—preguntó.

—Allí... ese hombre moreno—Echó un vistazo atrás—. Está junto a la tienda de medias.

Donald miró a su alrededor y puso mala cara.

—¿Ah, sí! Le conozco... No mucho, sin embargo. Sobrepujé su oferta para una participación en un negocio, y no me ha olvidado—. Profirió una exclamación—. ¡Ah, querida, no podré llevarla al teatro esta noche! Me acuerdo precisamente, ahora de que tengo un compromiso anterior. ¿Me perdona?...—

Rezumaba Janice mucha felicidad, se encontraba muy dominada por la fascinación de esta aventura, para enojarse por el incumplimiento de su promesa. Este encantador forastero venido de horizontes azulados, a quien no podía evocar sin un inexplicable ramalazo de timidez, era una encarnación novelesca, una realización de vagos y deliciosos ensueños.

Le trataba desde hacía diez días; parecía que lo conocía de toda la vida. Una o dos veces al día, Janice estaba a punto de contarle a Donald la admiración que le causaba. Era un gran amante del hogar; su único pecado convicto consistía en que codiciaba las tierras de su vecino. Había una granja colindante con la suya, en Paarl, que estaba en venta y que se podría adquirir por sólo unas ocho mil libras. Donald encarecía, entusiasmado, las ventajas de la adquisición de esta propiedad: viñas y naranjales, nuevos campos de pastoreo para su ganado.

Tornó él a desenvolver este tema en momentos en que el automóvil cruzaba Piccadilly Circus.

—Me ha hecho usted ambicioso—expresó—. Soy un pobre granjero y mis manos no disponen de una fortuna. La granja colindante con la mía tendrá que desvanecerse del cuadro de mis proyectos.

Y Janice estuvo de nuevo a punto de explicarle que tenía un amigo en Ciudad del Cabo, un joven abogado al que conociera en Oxford, y que aquella mismísima mañana le había telegrafiado, para pedirle que le comprase la finca.

Donald dejó a la joven en la puerta de su domicilio, en Bury Street. El "chauffeur" de ella, que estaba esperando, lo condujo a su modesto hotel. Aun dijo, al marcharse:

—Me atormenta el pensamiento de perder esa granja... Si pudiese girar cuatro mil libras mañana por la mañana, podría cerrar la compra.

Janice sonrió con gatzmoñería y subió a su departamento.

(Continúa en la pág. 40)

EL AHORRO
INSTITUCION ARGENTINA DE CREDITO
ESTABLECIDA EN EL AÑO 1911
LAVALLE 302 BUENOS AIRES

El ahorro es un eficaz educador. El hombre ahorrativo piensa, reflexiona y proyecta. Traza su plan. Tiene su programa. Acaba por conquistar su independencia.

EL AHORRO

sólo exige un esfuerzo: comenzar. ¡Abra usted una cuenta de ahorro! ¡Guarde algo cada mes! Ganará el 8 % de interés anual y formará, en poco tiempo, una previsión para su futuro bienestar.

Este Banco, además, coloca todo su dinero en créditos sobre propiedades, bien garantizado.

Los depósitos y sus intereses pueden retirarse en cualquier momento.

Opera desde hace veinte años a completa satisfacción de sus clientes.

CHARLAS GASTRONOMICAS Por JOTAPE

MAY veces que antes de decidirme a escribir un artículo damos más vueltas que un perro para echarse. Esto nos ocurre, sobre todo, cuando pensamos que el tema nos supera; pero también, y casi en la misma medida, nos cohibe la idea de que aun no dominamos bien el asunto, o si no la idea, más delicada aun, de que no conviene tratarlo por diversas razones, contándose, en primer término, la de la oportunidad.

Allí está, definitivamente consagrado por la gloria — mármol helénico, bronce romano — el héroe de la reorganización nacional.

Como todos los grandes hombres, Mitre fué, no hay para qué empeñarse en demostrarlo, un espíritu complejo, y eran variadísimas sus aptitudes intelectuales; pero todas sus facultades y anhelos, todos sus actos se polarizaban en la idea esencial de remodelar su patria, dándole todos los rasgos característicos de una gran nación.

Verdad es que sus actividades de carácter puramente literario, sólo parecían tener por objeto darle satisfacción a inclinaciones naturales de su sensibilidad artística; pero es lícito suponer que, secretamente, ellas tenían también por objeto completar y embellecer la estatua que, sin incurrir en vanidad, debía estar cierto que habría de elevarle la gratitud de su pueblo.

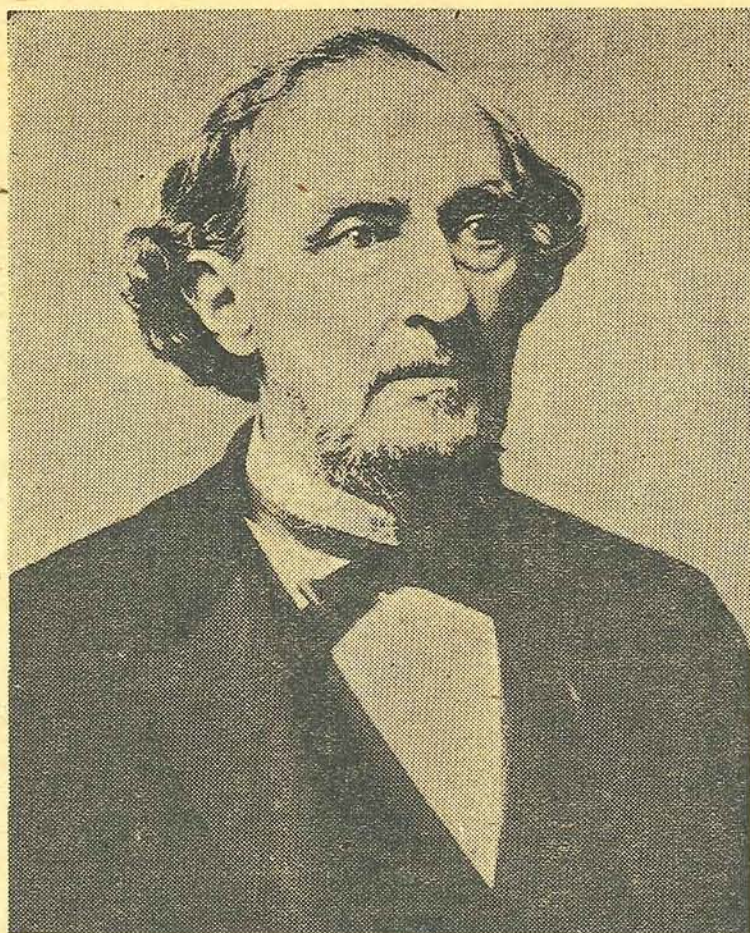
Por eso está muy bien, al pie de la estatua ecuestre, contra el zócalo de granito, la marmórea, pero aérea guirnalda de bellas alegorías y atributos, que completan la representación del prócer en las múltiples facetas de su ideología.

¿Estará bien igualmente que, para completar el retrato del hombre tratemos de evocar sus rasgos peculiares en la vida familiar? Sin duda que sí, pues las modalidades íntimas no pueden ser otra cosa sino la reducción elemental y directa de las cualidades que se magnifican en la acción o en la meditación profunda. Lo difícil y riesgoso de la tarea, aparte de la habilidad con que se maneja la pluma, finca en no incurrir en trivialidades que no excusaría la bondad de la intención. Esto explica las vueltas a que nos referíamos al comenzar. En fin, ensayemos, siquiera en pequeña parte, la difícil tarea que desde hace años nos incitan a acometer voces amigas, y especialmente la de escribir tan sabroso como don Guillermo Correa.

Una pieza rectangular de unos cuatro metros por siete, con una piceita en cada extremo y dos que dan sobre un patio y dos que dan sobre un patio, un día cualquiera en que no hay invitados. Las ocho de la noche. En el comedor, sencillamente decorado, están de pie alrededor de la mesa, dispuesta para la comida, las personas de la familia y alguna de la intimidad.

Por la puerta del fondo, que da al antecomedor, el general entra silenciosamente, y a la vez que hace una leve inclinación con la cabeza, contrae los párpados sobre las pupilas verdes, muy sensibles a la luz, echa una mirada a los presentes, se quita el chambergo, que deposita en una silla, y luego, dando un ligero golpe con la mano al cabello, se dirige a la mesa de trincar, en la que humea la sopera. Al lado de ésta están los platos hondos y el cucharón. El general se sirve él mismo su porción, y con el plato en la mano se dirige a su sitio, que es el centro de la mesa que mira hacia las puertas que dan al patio.

Esta singular costumbre, quizá de carácter militar, pero cuya razón nadie ha sabido darme, explica por qué el general entraba siempre al comedor por la puerta del fondo próximo a la mesa trinchante. Y digo



MITRE

siempre, refiriéndome a los días en que no había invitados, pues en éstos el general se sometía a las reglas de la urbanidad, de que era estricto observador.

Si he insistido en un detalle nimio en apariencia, es porque el ignorarse su sentido claro demuestra que ni aun sus íntimos se permitían hacerle preguntas indiscretas a aquel hombre un tanto taciturno, al que rodeaba una atmósfera de inquebrantable respeto. Lo que me inclina a pensar que aquella costumbre fuera de carácter militar, es que el general tenía otra, indudablemente de ese origen: se molestaba visiblemente cuando alguno de sus familiares se presentaba retardado a la mesa, y no dejaba de advertirle al remiso como una infracción a la disciplina.

Por último, el general extendía la servilleta y absorbía con rapidez la sopa, a la que solía ponerle una buena porción de ají molido. Este ají, que creo era de origen chileno, lo contenía una pequeña calabacita, y el general decía que era un remedio soberano para los resfriados y las inflamaciones de garganta a los que era propenso. Lo cierto es que debía producir aquel condimento un fuerte efecto revulsivo, pues cuando el general terminaba la sopa, tenía las mejillas muy encendidas y sus pupilas claras despedían vivas luces.

Entonces el general alzaba la hermosa frente estrellada, y si yo me contaba entre los presentes, me preguntaba en seguida:

—¿Qué hay de nuevo? ¿Qué se dice por ahí?

Y yo cumplía bastante mal mi deber de informante, pues siempre me ha caracterizado, como periodista, un profundo desdén por la actualidad. Pero tenía bastante habilidad para llevar la conversación a terreno propicio para que se generalizara y la mesa perdiese la ligera frialdad del momento inicial.

Alguna vez, después de servida la sopa, el sirviente de comedor le decía una palabra en voz baja al general, y éste sacaba del bolsillo y le entregaba un pequeño llavero.

Era que escaseaba el vino en la despensa y había que acudir a la reserva. Este detalle me hizo recordar que Carlyle, apuntando el carácter del adusto Knox, dice: "Pero no creáis; este hombre austero no desdénaba las satisfacciones de la vida y en la bodega tenía su buena pipa de Burdeos".

La comida de diario era sencilla, predominando en ella la cocina francesa, con la que alternaban algún arroz español y alguna pasta italiana. Una sopa, un plato de pescado, un asado — al que siempre acompañaba, no sé por qué, el jamón —; una legumbre y el postre. Los vinos eran burdeos

blanco y tinto; los licores tenían alguna variedad así como los cigarrillos, que el general distribuía sacándolos del bolsillo interior del saco y arrojándolos sobre la mesa con desenvoltura familiar.

Cuando la conversación empezaba a animarse, el general le hacía una señal al sirviente para que quitara el centro de mesa. No es que le desagradaran las flores, pero lo molestaba que, quedándole yo frontero, tuviera que inclinarse hacia un lado para poder verme cuando me hablaba. Este detalle del centro de mesa encerraba un pequeño drama sordo. El general proscibía las flores, pero otra voluntad — femenina, por supuesto —, la única que se atrevía a oponérsele, las restablecía al día siguiente, cosa que a veces, al comenzar las comidas, daba origen a un duelo de pupilas verdes, que observaban con disimulo los iniciados, como si temieran ser fuese a producir un corto circuito, que nunca se produjo, por supuesto.

El general Mitre no era un "gourmand" ni un "gourmet". Apreciaba más los buenos vinos que los buenos platos, y más aun que los vinos, los buenos cigarrillos, como que alguna vez dijo — aquí mismo ya lo he recordado — que comer era un pretexto para fumar.

Tengo, además, una razón para creer que el general no le atribuía mayor importancia al refinamiento de los alimentos. En efecto, más de una vez le oí sostener la tesis de que las listas de los grandes restaurantes eran pura literatura. En realidad, decía, no hay más que tres salsas, la salsa verde, la salsa parda y la salsa roja. Las carnes están ya asadas o estofadas, y el cocinero y sus ayudantes, al ejecutar las variadas órdenes de los mozos, lo único que hacen es poner en los platos tajadas de aquellas carnes y derramarles encima un cucharón de ésta, de aquella o la otra salsa.

Alguna vez traté de demostrarle al general que esa "standardización" de la comida no era cosa muy hacedera; pero luego me convencí de que aquello, más que una tesis, debía ser una "boutade" que le inspiraban quizá al general los restaurantes de Montevideo... durante el Sitio Grande.

No vaya a creerse por todo lo dicho que el general Mitre no tuviera preferencias en materia de comidas; lo que hay es que esas preferencias estaban en armonía con su tradición, con su vida militar y, sobre todo, con el estoicismo de su temperamento. Le gustaban, pues, el puchero — sobre todo el de "chorizo de la cola" — acompañado sólo con legumbres y especialmente con choclos; las aves y la carne de vaca asadas,

RECORDANDO

prefiriendo esta última hecha al horno, como el roast-beef; no desdénaba los postres de cocina, pero les prefería el queso y las frutas. A mí me parece ver que a estas aficiones, netamente nacionales, se unían ciertos rasgos de la cocina británica, cosa que podría ser tradicional en su familia, contándose entre sus ascendientes una abuela inglesa.

Una vez sostuve yo en la mesa del general, con la petulancia de la juventud y de la ignorancia, que el ajo estaba proscrito de las buenas cocinas, tanto en Francia como en Inglaterra, y aun mismo tanto en Italia como en España, apoyando mis razones para este último país en ciertas frases bien despectivas del "Quijote".

Cuando hube terminado mi requisitoria, el general sentenció perentoriamente:

—No hay buena cocina sin ajo!

El general no dijo nada más. Ni yo tampoco.

Pues bien; el general tenía plena razón. No hay un solo libro de cocina en que no se prescriba el empleo del ajo; y el uso de este bulbo, adorado por los egipcios, está hoy recuperando buena parte del enorme favor de que gozó entre griegos y romanos, sobre todo desde que la ciencia ha descubierto — según dicen — que el "allium sativum" es el remedio por excelencia de la hipertensión arterial.

Este "mea culpa" tiene una reserva. Reconozco que el ajo es un condimento precioso cuando cocido, o, mejor aun, previamente asado, como lo emplean en la cocina mejicana; pero en cuanto al ajo crudo y a altas dosis, me atengo a las invectivas de Don Quijote...

Como dije antes, el general acostumbraba interrogarme sobre las novedades del día. Todo le interesaba, y como no ignorase que yo era muy aficionado entonces al "music-hall", una noche me preguntó:

—¿Qué novedades hay en el Casino?

—Nada que merezca mención, señor, le contesté, a no ser un extraño dúo formado por un gigante y una casi enana, él vestido como un "bonne a'poil" del Imperio y ella de vivandera.

—Pues ese dúo — ¿cómo no lo recuerda usted? — lo vimos juntos en París.

Así era, en efecto. Ciertamente al ver a la pareja de los León en Buenos Aires, yo había sentido, pero muy indecisa, la impresión de que no era para mí una novedad.

Este rasgo confirma, una vez más, que el general tenía una memoria napoleónica. El también hubiera podido identificar a cada uno de sus soldados, como dice la característica leyenda del Petit Caporal.

Abona, entretanto, en favor de mi desmemoramiento, una circunstancia, y es que mi erudición en materia de café-concierto era como para confundir, mientras que la del general era casi nula. La noche en que, haciendo una excepción, fué al Concert Parisien, le movió la curiosidad de volver a ver a la famosa Thérèse, célebre cantante a quien se apodara bajo el Segundo Imperio "la Patti du ruisseau", y que en esa función se despedía para siempre de la escena. Mediaba la circunstancia de que el general había oído a Thérèse en Río de Janeiro — Don Pedro regnantes — y querría quizá ver cómo había tratado el tiempo a su casi coetánea.

Thérèse — grande, hombruna y con cabeza de República de Subprefectura — tenía un buen ver en la escena, y conservaba, además de su gran voz de barítono, su gran fuerza trágica en la romanza popular sentimental.

Confieso que me conmovió profundamente.

Si otro tanto le ocurrió al general, lo supo disimular bastante.

Otro rasgo que da idea de cuán fresca conservó la memoria el general hasta sus últimos años, no sólo de los hechos pa-

sados, sino también de los recientes.

Tenía el general la bondadosa costumbre de darme aquellos libros que le mandaban los libreros y que él no quería conservar. Una vez me interrogó respecto de cierta novela de Pierre Weber que me había regalado, y como con él no había manera de escapar por medio de evasivas, demostré mi conocimiento del libro haciendo un rápido "compte-rendu" de la obra (cuyo personaje central era un rumano llamado Manonlesco, una Manon Lescaut con pantalones) e insistí en el acierto con que estaba basada la novela en cuatro aforismos que recordé decían, más o menos: Nadie elude su destino; No compliquéis vuestra vida; Todo se arregla...

Sólo recordé estos tres. El general me miró entonces fijamente y me dijo:

—No se olvide del cuarto aforismo: ¡Todo se paga!

Para cerrar estas notas, que contienen tan poca substancia y van ya tan largas, referiré una breve anécdota que tiene el mérito de hacer ver que no le desagradaban al general Mitre los rasgos de ingenio, algo pícaros, siempre que se mantuviesen dentro de los límites del buen gusto.

Una noche me preguntó el general si había alguna novedad en la imprenta. Como yo no conociera ninguna ocurrencia del día, hice que entendiera mal la interrogación y respondí: —Ninguna, señor, a no ser el ingreso de un nuevo redactor. El joven uruguayo Jaime de la María.

Di algunos datos a su respecto y habiendo dicho que era casado con Dolores Maza y Oribe, busqué medio de contar un gracioso incidente del noviazgo de De la María, que él mismo me había referido la víspera. Su futura esposa quedó huérfana muy temprano, y esta circunstancia hacía difíciles los encuentros de Jaime con ella. Un día, dos amigas de Lola, las Srts. de Diehl, le contaron, estando de visita, que iban a ir a un baile en el Club Uruguay. Esta noticia la contristó, pues ella, no podría ir, como mucho lo deseaba, a esa fiesta, por no contar en ese momento con una persona que la acompañara.

—No te aflijas, tonta! — le dijeron las cariñosas amigas. Ven al baile con nosotros. Te vendremos a buscar y te traemos con papá.

—Tampoco así puede ser, porque molestaría demasiado volviendo a casa tan tarde.

—Eso no importa, te quedará a dormir en casa.

Así se convino, y cuando los jóvenes, al regresar del baile, estaban haciendo crónica de la fiesta, interrumpieron el silencio de la casa dormida dos terribles batacazos.

La Srta. de Maza palideció de miedo, pero sus amigas le tranquilizaron en seguida, diciendo:

—No te asustes, boba, es papá que se está descalzando...

Quedará más justificado el sobresalto de la joven si se tiene en cuenta que el respetable señor Diehl tenía la talla de un húsar pomerano y que, aun para ir a bailes, usaba unos zapatos tudescos de gran calibre. Apenas terminaba yo de referir mi anécdota cuando el general me dijo sonriendo:

—¡Le voy a matar el punto a su cuento!

Y refirió el siguiente, en el menor número de palabras posible:

—Un señor ha ido a visitar a una vieja amiga. Conversan. De repente interrumpe el diálogo un estrépito en el techo de la salita, producido por dos golpes muy recios, a los que siguen dos golpes mucho más leves. Prosigue la conversación. Después de un tiempo más o menos largo se repiten los golpes en la misma forma de la vez anterior. El visitante mira el techo y dirigiéndose a la dueña de casa dice:

—Tiene Vd. un vecino ruidoso.

A lo que la señora contesta sencillamente, mientras sirve una taza de té:

—No es vecino, es vecina.

LA VIDA MUSICAL EN PARIS

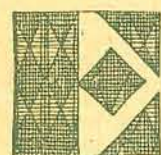
LA AGLOMERACION DE CONCERTISTAS.—LOS CANTANTES LOTTE LEHMANN Y MARK REISSEN.—"LOS COSACOS DEL DON".—LOS "BALLETS" DE JEAN BORLIN.—OTROS CONCIERTOS Y RECITALES

POR
EMILE
VUILLERMOZ

(Para LA NACION)
PARIS, enero de 1930



LOTTE LEHMANN



En la gran temporada de París: "No se den ustedes cita todos aquí a la misma hora. La crítica no puede hacerles justicia cuando coinciden todos los conciertos. Vengan más bien a visitarnos en invierno. Hemos de complacernos en agasajarlos individualmente con espacio en un periodo menos atrabancado".

Hemos sido demasiado escuchados. En una semana hemos visto que seguían nuestro consejo Gieseking, Brailowsky, Rachmaninoff, Franz von Hoesslin, Lotte Lehmann, Conchita Supervia, Mark Reissen, "los cosacos del Don", Jean Borlin y algunos otros. Todos los días es preciso hacer el sacrificio de un hermoso concierto para asistir a otro, y de nuevo es imposible consagrar a cada una de esas manifestaciones el comentario que merecería.

Lotte Lehmann se ha hecho oír en la Opera en la "Walkiria" y en el Teatro de los Campos Eliseos en un recital. La primera iniciativa fué menos feliz que la segunda. No podía esperarse volver a encontrar en el palacio de Garnier las emociones imborrables que nos había proporcionado antaño la intérprete genial de "Fidelio". No se puede hacer entrar de pronto en una compañía lírica francesa un elemento tan personal como éste. El año pasado había sido intentada la experiencia con "Lohengrin" y había dado un resultado descorazonador. ¿Por qué repetir tan paradójica empresa? Lotte Lehmann en el teatro necesita otro ambiente y otros compañeros.

En el concierto, por lo contrario, readquiere todas sus

ventajas. En dos puntos afirma una maestría que desalienta toda rivalidad: en el de la nobleza, de la grandeza, de la autoridad soberana, y en el del arrullo tierno y carnal de la garganta, que da a su voz el color aterciopelado de un reclamo de paloma. Tanta majestad y tanta dulzura envolvente son la maravilla de sus ejecuciones. No es posible, por tanto, asombrarse de su éxito triunfal.

Mark Reissen es un espléndido gigante ruso, que ofrece el aspecto de un joven Chaliapin. Su voz es magnífica, larga, amplia, con los agudos extremadamente potentes y blandos. Se sirve de ella con gran habilidad y da hasta en el concierto indicaciones dramáticas muy felices, que nos hacen adivinar qué hermoso trágico lírico ha de ser en las tablas. Sus interpretaciones, muy matizadas, son más exteriores que las de Kipnis. Si este talento se desarrollara en profundidad, Mark Reissen no temería a ningún competidor. Es un gran artista, al que no le falta más que lo patético "humano" de los dominadores de multitudes.

Las tres docenas de coristas con botas que componen el ejército elegido de Sergio Jaroff han ejecutado ante los melómanos parisienses su última parada. Todo es sorprendente para nosotros en esa utilización armoniosa y pacífica de la fuerza militar. Esa mezcla de conservatorio y de cuartel, esa complicidad inesperada de Apolo y de Marte, nos desconcierta. Nos encontramos en presencia de la parábola bíblica del panal de miel en la boca del león. Además, esos tenores regimentados emiten sonidos de una pureza de sopranos. Su voz de falsete se ha feminizado. La rudeza guerrera da nacimiento aquí a suspiros de una suavidad angelical. Y, por fin, el jefe de esos veteranos es un doncel delgadillo, que hasta en el pedestal de su pupitre no alcanza al hombro de sus subalternos. En medio de su batallón parece el muchacho de la tropa.

Vestido con elegancia desmenuada con su pequeño uniforme y sus botitas, levantando la cabeza y caminando con divertida vivacidad, el muchachito salta al estrado, saluda mecánicamente, da media vuelta por principio, junta los talones y apretando los menudos puños comienza a hipnotizar a sus pesados compañeros colocados en hileras delante de él en semicírculo. Les lanza flúido, ejecuta pases magnéticos, hace girar la mano izquierda como un disco de ferrocarril para detener una nota o para

darle vía libre. Se parece a los directores de orquesta mecánicos de los organillos de manivela.

Terminado el trozo, corre a esconderse detrás de sus subordinados. La mitad de un bajo de corpulencia mediocre basta para ocultarlo fácilmente a todas las miradas. Una vez que ha tomado aliento, da una señal discreta. Al punto cuatro de sus soldados, girando sobre sí mismos, abren una puerta de dos hojas en la muralla humana que lo abrigaba. Por esa brecha el homínulo se precipita y vuelve a tomar posesión del altiplano, en tanto que los batientes humanos vuelven a cerrarse en dos tiempos con una precisión matemática. Esa maniobra, que se repite en cada entrada y salida y que es asombrosa por su automatismo, constituye la diversión del público.

En los efectivos corales reina una disciplina exterior rígida. Todo signo de individualismo ha quedado aquí abolido. Un tenor ha transportado a la sala de admiración. Se le aclama. No tiene el derecho de saludar. Hasta debe fingir que ignora que se le aplaude. Su jefe es el que se inclina inacabablemente ante los auditores y centraliza despiadadamente el entusiasmo. Cada cantante no es más que la tecla anónima del teclado de esos grandes órganos vivos cuyo minúsculo organista ejecuta con sorprendente virtuosidad.

Las ejecuciones de los "Cosacos del Don" son prodigiosas. Su finura, su equilibrio, la variedad de sus efectos nos maravillan. Pero, a pesar de todo, el rigor teatral de esta militarización de la música nos choca. El arte requiere mayor flexibilidad y más humanidad profunda. Se querría sorprender en los rostros de esos virtuosos, expresiones más matizadas que ese miedo cuajado del ayudante que hace con ello un simple juego de soldados de plomo en cambio de guardia. Por favor, Sergio Jaroff, ordene usted alguna vez: "En su lugar, descansen", a sus hombres, que trabajan muy bien. La orden sería para nosotros, más que para ellos, un verdadero alivio. Y lo proclamaríamos fraternalmente todos juntos, ¡aun con mayor entusiasmo!

Jean Borlin ha vuelto en compañía de dos neófitos de la danza. Ha sido acogido por una mezcla sabiamente dosificada de aclamaciones y silbidos, estos últimos bastante sospechosos y que llenaban quizá el oficio de un estimulante oportuno en los instantes en que la atención iba a mermar.

No soy de los que se indignan de esas apoteosis amigables de los aficionados. Jean Borlin no engaña a su público. Todo el mundo conoce la modestia de sus medios técnicos y la conmovedora perseverancia que aporta en su lucha cada día más dolorosa contra la inflexible ley de la gravedad. Ese adolescente gordiflón, sin nervios y sin músculos, riñe con el ritmo con un valor digno de mejor suerte. ¿Que eso no gusta? A mí tampoco. Pero nadie nos obliga a contemplar semejante espectáculo, cuyas características son conocidas. No nos quejemos, pues, si Jean Borlin no nos da las mismas emociones artísticas que Nijinsky o Sergio Lifar.

Por mi parte, no veo por qué habría de desalentarse a ese simpático muchacho de cara infantil que se crispa al menor esfuerzo muscular, a ese excelente sujeto repleto de buen humor que siempre encuentra medio de dar trabajo a los pintores, a los indumentaristas, a los compositores, a los músicos y a los decoradores, y que nos ofrece periódicamente espectáculos en que siempre hay algo que aprender. Jean Borlin desempeña—aunque menos fastuosamente—el papel ingrato y meritorio de Mme. Ida Rubinstein en la presentación de sus "ballets". Nos ha revelado el sábado pasado una partitura notable de "Tasmana", cuyo pretexto fué su enigmático "Círculo eterno", y gracias a él hemos tenido una realización muy interesante de "Esculturas negras", danza ingeniosamente comentada por Poulenc. Y una "retrospectiva", que iba de "Dansgille" a "Entreacto", nos permitió "ponernos a punto" en materia de estética sueca, de la manera más instructiva. ¿Por qué titubear en agradecerle su abnegación?

¿Qué programa encantador había formulado Pierné en los conciertos Colonne! Ingenioso, nuevo, variado, vivo y ligero, fué un verdadero regalo de buen gusto. Estaba consagrado por entero a la música italiana, de Pergolese a Pizzetti y de Rossini a Casella, a Copola, a Respighi y a Davico. Y la presencia de Conchita Supervia, la extraordinaria cantante que posee dos registros vocales milagrosamente soldados uno a otro, que le permiten encontrarse cómoda en las "tessiture" más paradójicas, daba a esta exposición transalpina un brillo excepcional.

En la virtuosidad pura de "La Cenerentola" como en la musicalidad profunda y concentrada que exigían las dos exquisitas páginas de Davico, tan



JEAN BORLIN

perfectas en su equilibrio cabal y la pureza de su curva, y la atrayente melodía de Pizzetti, la cantante triunfó sin esfuerzo. Y se hizo un vivo éxito al hermoso cuadro sinfónico de Piero Coppola "La ronda bajo la campana", que conocen bien los discófilos, y al "Convento sobre el agua", que es quizá la hazaña más completamente conseguida de ese prestidigitador que se llama Alfredo Casella.

En casa de M. Faseloup, un "Cyrnos" algo demasiado desahogado de M. Tomasi. Esta obra, cuyo principio encantador había suscitado esperanzas que la continuación hizo desvanecer, no permitió a Mlle. Lucette Descaves brillar con vivo resplandor como solista. La parte de piano es, en efecto, el pasaje más mediocre de la obra, que, sin embargo, contiene por momentos bonitos detalles, que su autor ha conducido con facilidad y elegancia. Nunca fué demostrado mejor que en esta partitura el peligro del desarrollo escolástico.

En la O. S. P., visita de Ansermet, a quien se saluda con simpatía en el cuadro de sus antiguas hazañas. Nos revela un concierto para piano y diez y ocho instrumentos, de Poulenc, muy inferior, a mi juicio, a su "Concierto campestre". Nada de personal en sus experimentos de timbres, que ya comienzan a "tener fecha" de una manera terrible. Y no se encuentra aquí sino excepcionalmente ese encantador abandono tan joven y tan "fresco", que es una de las virtudes más raras del autor de "Biches". Pero aquí y allá algunos vuelos melódicos de marcha sabrosamente popular y una conclusión soñadora y evanescente, que resulta un breve encanto.

VARIEDADES

El carbón fué extraído por primera vez en Inglaterra en el año 1234 en Newcastle-on-Tyne.

La extensión de las costas en el globo terrestre es de 136.000 millas.

Las seis ciudades más pobladas del mundo son las siguientes: Londres, 7.476.168 habitantes; Nueva York, 6.103.384; Berlín, 4.000.000; París, 3.000.000; Chicago, 2.701.705, y Osaka, 2.115.000.

EL GENERAL DON FRANCISCO DE MIRANDA

(Continuación de la pág. 12)

les, vinculados con su país por el Pacto de Familia, quienes formularon reclamación tomando por pretexto las molestias ocasionadas por encontrarse con frecuencia en las recepciones de la Corte con un hombre que había insultado a un colega.

La discreción de Miranda calmó los ánimos, pero a los pocos días, no pudiendo con su genio, apareció en la Corte en gran uniforme, motivando enérgica protesta del representante español; el conde Bezborodko le aplacó asegurándole que la próxima partida del coronel haría desaparecer todo motivo de ulterior

conflicto; pero, el domingo siguiente Miranda fué a comer a L'Ermitage con la Emperatriz...

Al decir del ministro de Francia, los diplomáticos en su ofensiva contra Miranda "no se atrevían a hablar del asunto a la Emperatriz, quien le ama, le protege y persiste en creerle inocente y oprimido".

Para no complicar a su eminente protectora y amiga, resolvió continuar su viaje, dirigiéndose a Suecia. La llegada del misterioso personaje intrigó al rey Gustavo, quien pidió informes a su embajador en Rusia: "Sabrá Vd. que un cierto conde de Miranda está aquí, el mismo que Vd. vió en San Petersburgo, se mantiene oculto en casa del ministro ruso; tiene toda la traza de espía; se oculta especialmente del ministro de España". Y después recomendaba al embajador en Copenhague que "siguiera los

pasos y le diera cuenta de sus actos, pues tengo toda clase de motivos para creer que se trata de un espía... le creo je-suita... No debe usted desmentarlo, deje tal tarea al encargado de negocios de España".

A pesar del alboroto que causaba en el cuerpo diplomático, el ilustre americano se imponía en cuanto llegaba; en Dinamarca fué muy bien recibido, vinculándose con los ministros condes de Bernstorff y de Schimmelmann, recordando especialmente años más tarde con ternura, a la esposa de este último.

Dichas amistades le fueron muy útiles, pues obtuvo cartas de recomendación para continuar su jira por Alemania, Suiza y Holanda, llegando en 1789 a Londres, el cuartel general de sus gestiones en favor de la emancipación sudamericana.

PASPADURAS, BARRILLOS, QUEMADURAS DE SOL, MANOS AJADAS E IRRITACIONES causadas por la navaja, no existen cuando se usa

ESTEARATO OBEENEA

¿Por qué? Porque es un producto que devuelve a la piel lo que el tiempo, los desarreglos y las enfermedades han quitado. Ensáyelo. Vale la pena. Puede perfumarse a su gusto.

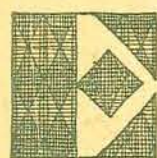
Se vende únicamente en Farmacias a precio de 1 peso.



El comandante Maddalena, el general De Pinedo y el ministro Balbo, con un grupo de aviadores militares españoles

UMBERTO MADDALENA

El homenaje de una admiradora holandesa al comandante Umberto Maddalena, después de un vuelo



Esta época en que los grandes vuelos — especialmente si están revestidos de un encanto especial, como precisamente la travesía del Atlántico con avión terrestre — constituyen las "gestas" por excelencia, a más de uno se le ocurrirá considerar el raid-record de Humberto Maddalena como la coronación de un hermoso sueño.

Esto es cierto aun más de cuanto puede suponerse.

El haber llegado de un salto de Roma a las tierras americanas constituye indudablemente para el aviador italiano la realización de sus más grandes aspiraciones de patriota, de enamorado de la audacia y de las aventuras, de navegante y de volador; el cumplimiento de un objeto al cual parece que toda su vida tendía; la realización de un sueño abrigado desde la infancia.

PRECOZ MANIA DE AVENTURAS

Nacido en Bottrighe y educado en Petterazza — dos aldeas vecinas de la Alta Italia — en las cuales su padre ejercía la profesión de médico municipal, Maddalena en las intenciones de sus progenitores estaba destinado a ser un "distinguido facultativo". Pero apenas de diez años, deteniéndose curioso a considerar las barcas que veía pasar sobre los ríos Adigio y Po, le ocurrió convenirse precozmente de que la vida no es hermosa sino llena de aventuras, a ser posible, notables, y que para poder ver y hacer muchas cosas, no había nada mejor (de la aviación no se hablaba todavía en esos tiempos), que confiarse al elemento líquido en que el hombre templa su vigor y su carácter en la lucha contra la naturaleza: sobre el agua, que une las tierras más lejanas.

Maduró así en él la intención de darse a la vida del mar.

Pues que desde niño posela ya buena dosis de tenacidad — que más tarde debía transformarse en firme voluntad — Maddalena consiguió hacerse inscribir en la Escuela Naval, de la cual, a los diez y siete años, salió con el diploma de capitán de alto bordo.

Naturalmente, sus fantasías y sus aspiraciones de adolescente se volvieron sobre todo hacia América, de la que había leído y oído mucho durante los años del curso y que constituye el miraje encantador de muchos italianos. Era tan viva esa aspiración, ese sueño de América, que cuando al fin pudo encontrar un puesto, y supo que el velero en el que iba a hacer su noviciado estaba fletado precisamente para el Nuevo Mundo, pasó toda la noche insomne lleno de alegría.

EL MARINERO

La carrera de aviador comenzó, pues, como marinero, y justamente en las rutas que unen a Italia con América.

Al recordar este lejano período de su vida (no tan alejado, puesto que no tiene ahora más que 33 años), Maddalena se complace particularmente, porque atribuye precisamente

al haber hecho incursiones por tres años en el Atlántico y el Pacífico con barcos de vela, el éxito afortunado de todos sus vuelos de guerra y de paz, des-
envueltos casi siempre sobre el agua. Tanto más ha de complacerse ahora que ha logrado aprovechar del mejor modo su experiencia marinera.

Zarpando de Marsella en febrero de 1914 el Mascotte se dirigió, en efecto, a Montevideo. En el diario del marinero es posible encontrar todas las impresiones que de ese viaje extraño Maddalena: el primer avistamiento del cabo Santa María; las luchas contra el "pampero"; relámpagos y truenos que hacían de la isla de Martín García, antiguo lazareto de la época de la independencia argentina, algo de tenebrosamente sugestivo, y la impresión grandiosa que tuvo, apenas desembarcado, de la imponencia, del progreso, del movimiento de las grandes ciudades americanas, y particularmente de Buenos Aires, donde después de varios meses de mar pudo al fin gustar un poco de la vida terrestre, concederle algún reposo en una familia amiga, donde podía, acompañando a las señoras expertas en música y canto, dar pruebas de sus cualidades de apasionado si no de hábil violinista.

No fué ese, sin embargo, el viaje a vela más movido del futuro "as" de la aviación.

Dos años antes, a bordo del Ardar, Maddalena había tocado las costas sudamericanas.

El segundo viaje en el Ardar, que lo llevó hasta Australia, fué el más movido y el que le permitió conseguir la primera promoción, en la cual era casi un presagio, porque fué debida al valor que había podido demostrar en una situación muy crítica. Promoción, pues, sobre "el campo" o sobre el mar.

El velero después de haber permanecido tres meses en un puerto de Cornwall, a causa de una huelga de las minas de yeso, había zarpado hacia pocos días hacia la patria, cuando fué sorprendido por una violenta tempestad que lo desarboló, lo tuvo tres o cuatro días a merced de las olas, mientras todas las tentativas efectuadas por otros vapores para llevar a remolque eran vanas por la furia de las olas. La sangre fría y la sagacidad demostrada por Maddalena en ocasión de este naufragio, que tuvo facies dramáticas, convenció a los armadores de que ya estaba maduro para desempeñar el puesto de oficial, aunque no tenía todavía la edad requerida por la ley italiana, ni había cumplido los cua-

SUS PROEZAS

POR

CESARE GALIMBERTI

(Para LA NACION)

ROMA, enero de 1930



El comandante Umberto Maddalena

tro años de navegación prescriptos.

EL COMBATIENTE

También los recuerdos de guerra de Maddalena están singularmente ligados con la tierra de América.

En Colón fué donde oyó hablar por primera vez de la guerra europea, vió las primeras repercusiones, pudo asistir a la partida de los vapores dirigidos a Europa cargados de reservistas. Y precisamente en Buenos Aires supo la entrada de Italia en la guerra, que se solemnizó con el engalanamiento del vapor con todas sus banderas, y los primeros entusiasmos bélicos fueron madurando mientras descendía por el Río de la Plata, en cuyas dos orillas los italianos, desde las casitas esparcidas, saludaban con grandes hurras a las connacionales que se embarcaban para ir a combatir.

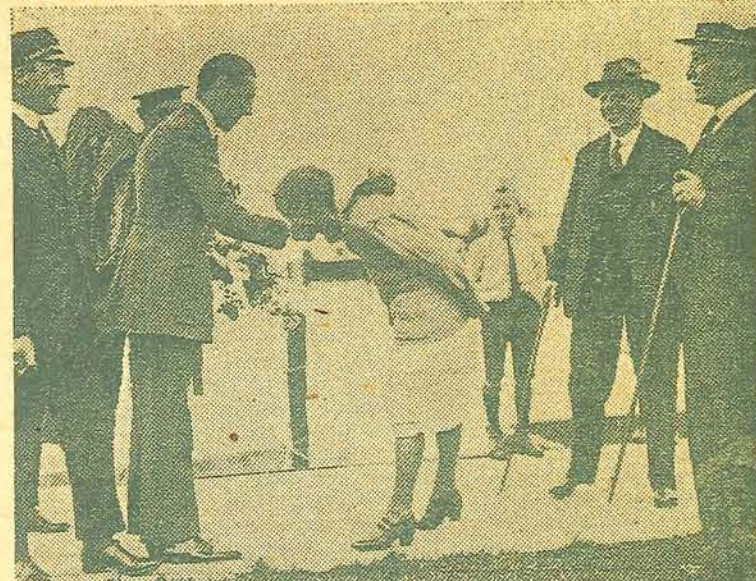
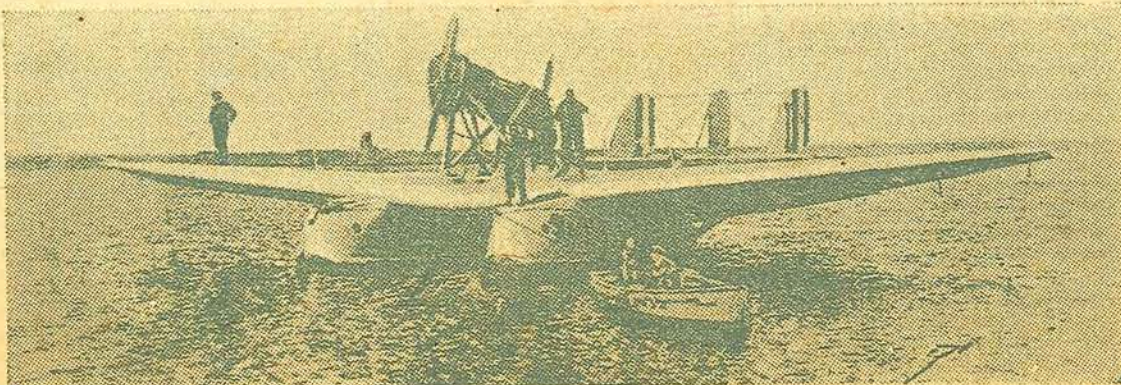
Como no fué posible que se le substituyera en su cargo de primer oficial, se quedó a bordo del velero, con el cual volvió a Italia, orgulloso de haber llegado a tiempo para entrar en liza en defensa de la patria.

Primero fué enviado a la Academia Naval, para salir subteniente de navío complementario; pero apenas conseguido el grado, se ofreció para entrar al servicio de aviación.

Conseguido rápidamente el diploma de piloto, fué asignado a la base de hidroaviones de Brindis, en el Sur de Italia, de la que era comandante Francesco De Pinedo. Su actividad militar por eso poco se aleja del otro gran aviador italiano.

El origen de las cinco medallas al valor militar conseguidas por Maddalena atestiguan el heroísmo demostrado en muchísimas y variadas acciones bélicas: desde la caza de submarinos

El hidroavión empleado por el comandante Maddalena en el vuelo de auxilio a los sobrevivientes del "Italia"



nos enemigos hasta el lanzamiento de manifestos que en caso de accidente el enemigo habría castigado con el fusilamiento, hasta las acciones de reconocimientos y de bombardeos contra las naves enemigas en la lejana costa de Albania, hasta los combates aéreos con su patrulla de caza.

TREINTA HORAS A MERCED DE LAS OLAS

En septiembre de 1918 fué protagonista de una aventura que por poco no concluyó trágicamente, y cuyo recuerdo quizás ha valido para hacerle preparar con toda meticulosidad su empresa actual, sabiendo bien que poco agradable es vivir sobre el aeroplano cuando está sobre el mar.

Había realizado con su patrulla una brillante acción de guerra, atacando, repetidamente, y ametrallando a poca altura, algunos submarinos enemigos, y volvía a la base cuando el motor de su máquina de caza se detuvo de pronto por un deterioro de los cilindros que no era posible reparar. Tuvo que descender en el mar, desde donde vió las naves y los otros aeroplanos italianos retornar al puerto sin advertirlo.

A la caída de la tarde la posibilidad de que fuera salvado comenzó a disminuir considerablemente. Más probable parecía una muerte sin gloria, por inanición. Después vino la sed. El naufrago trató de beber el agua del radiador; pero estaba salobre, oleosa, no era posible tragársela, más bien aumentaba la sed. La fiebre le daba extrañas alucinaciones: le parecía ver faros, lo que era imposible dada la distancia a que se encontraba de la costa.

Entrada la noche, el casco frágil comenzaba a mostrarse cansado de permanecer sobre el mar agitado. Maddalena trató de ver si podía hacerse transportar a la deriva sobre la costa de Albania. Se despojó del jubón de cuero y lo extendió entre las alas como una vela.

Otra idea surgió en la mente del agonizante, dictada por la desesperación: hacer señales luminosas, porque si una nave se encontrara cercana habría podido advertirlo y precipitarse a su socorro. Llenó de trapos y de bencina la caja de la brújula y la encendió. Pero a causa del movimiento del pequeño hidroplano, la bencina se le derramó en las manos quemándose, y sobre el casco incendiándolo. Maddalena se tiró al mar y echó agua sobre el hidroplano, consiguiendo apagar las llamas. Decididamente, toda tentativa para vencer la mala suerte era vana. Manco, aterido, se izó hasta su puesto de piloto, esperando el fin.

Por fortuna, por el contrario, al día siguiente un cazatorpedero lograba avistarlo y salvarlo.

¿Cuántas veces habrá vuelto a la mente de Maddalena este recuerdo de guerra, en las decenas de horas pasadas sobre el Atlántico, confiado al motor y al destino?

En verdad, el "S. 64 bis" aunque es aeroplano de tierra, podría soportar el mar bastante mejor que un hidroplano pequeño de caza. Planeado por el ingeniero Marchetti, el mismo que proyectó el "Santa María", y que con toda probabilidad es el más genial constructor de hidroplanos de que se enorgullece Italia, este gran aeroplano tiene una sola ala, cuya célula es idéntica a la de los hidroaviones del tipo "S. 55", posee las mejores cualidades de flotabilidad que sean posibles de encontrar hoy en un aeroplano terrestre.

Pero es obvio que la posibilidad de verse de un momento a otro obligados a un acuatizaje de ocasión, no debe haber preocupado poco a Maddalena y a Ceconi, en sus dos días y dos noches pasadas sobre el periplo elemento. Especialmente en el océano siempre es problemático mantenerse a la larga sobre las ondas con un aeroplano...

CIRCUITOS EUROPEOS

Concluida la guerra mundial, Maddalena permaneció fiel a la aviación, aunque las perspectivas que se presentaban entonces a los pilotos italianos, no eran muy rosadas: hasta puede decirse que la aviación se resentía, más particularmente que las otras actividades, de la desorganización interna del país.

Fué de los pocos que en Italia presagiaron el advenimiento de una importante aviación civil, y se prodigaron llevando la cooperación propia al progreso gradual y no fácil de la aviación entendida como medio bélico a la aviación entendida como instrumento de civilización, de fraternidad entre los pueblos.

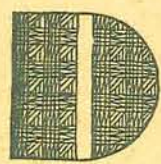
La primera misión de vuelo la cumplió en Holanda, en 1920, junto con De Pinedo, con el que debía después efectuar otros notables cruces. Inició así sus viajes al norte de Europa, que luego se repitieron con cierta frecuencia, y constituyeron óptimas afirmaciones de la hidroaviación italiana, teniendo en cuenta las condiciones particulares en que se desarrollaban. Aparatos y motores estaban lejos de haber llegado a la actual perfección; los servicios meteorológicos para la aviación en Europa estaban todavía en embrión, y los aeropuertos y lugares de reaprovisionamiento eran bastante escasos.

A todas las naciones de la Europa septentrional y central, Maddalena se trasladó en vuelos a presentar a los diversos gobiernos los nuevos tipos de hidroaviones salidos de la misma casa constructora del "Savoja 64".

En 1920 conquistó el record mundial de distancia con hidroavión, con 3500 kilómetros, record que él mismo llevó a 5000 kilómetros, atravesando también el mar Báltico. Uno de los más tempestuosos y sobre el cual le ocurrió poder experimentar que si es desagradable naufragar con un vapor, no es

(Continúa en la pág. 38)

CRONICA DEL CEREMONIAL REGICIDA



DURANTE mis largos años de viajes a través del África, no recuerdo nunca haber acampado en un sitio tan hermoso como el que ocupamos cuando fuimos huéspedes del Rey Mambo Maconi. Estaba situado sobre una colina que al Norte y al Este dominaba el valle, cuyas paredes las formaban eminencias rocosas de cien a trescientos metros de altura. Al finalizar la época de las lluvias las colinas del lado opuesto cubríanse de verdor. Árboles de gran altura elevábanse por entre enormes moles de granito. Un poco más abajo, detrás de un enorme peñasco, se situaban las viviendas de la Corte Real. Este grupo de casas era conocido entre el pueblo con el nombre de "Simbawoye", es decir: "la casa sagrada", y estaba colocado de tal manera que lo alcanzábamos a ver perfectamente; apenas lo separaba una distancia de mil yardas.

Mirando hacia el Este, contemplábamos el valle que conducía a las montañas, cuyas hermosas siluetas se destacaban en el horizonte. En el centro del paisaje surgía una enorme y escarpada montaña; era el monte Matokve, el gigante de granito que guardaba en una de sus cavernas las momias de los reyes, y que también era llamado Simbawoye, o casa sagrada.

Volviendo la vista hacia el Sur, advertíamos una cordillera completa de cumbres de granito, una de las cuales sostenía una columna natural dividida en dos; era la montaña Monvue, en cuyas cuevas ornamentadas con cascadas se depositaban las urnas y las almas de los reyes muertos, y que formaba otro Simbawoye, otra casa sagrada.

Los indígenas tomaron por costumbre llamar a nuestro campamento con el mismo nombre de "Simbawoye", denominación que no habrían concedido al campamento de un funcionario administrativo o de una misión. No fué tampoco mi persona la que mereció este título para nuestro campamento; el nombre púsose en uso, sencilla y naturalmente, como consecuencia de nuestro trabajo habitual; trabajo efectuado por los nativos en colaboración con nosotros. Cuando por primera vez hablamos con los más "ancianos" de la aldea real, no tenían la menor idea del significado y de la grandeza de sus antiguas instituciones. La vida del pueblo en su aspecto general no se demostraba sino mediante unos cuantos relatos dispersos. Comenzamos a la sazón a cavar; no a cavar en la tierra con picos y azadas, sino a cavar en el recuerdo de los tiempos que fueron. Buscamos y pudimos hallar cuentos, fantásticas leyendas y mitos, no solamente en los lugares habitados por esta "demasiado joven" familia real; por medio de nuestros emisarios efectuamos búsquedas en todos los ámbitos del país. Hicimos venir de los otros reinos a varios narradores de historias. El sacerdote de las lluvias, el Mawutse, a pesar de su edad avanzada, emprendió un viaje de varios días para llegar hasta nosotros. Muchas personas de países y distritos lejanos como Belengue, Barue y Sinoja fueron huéspedes nuestros. Así fué cómo se reunieron cientos de narraciones, mitos, descripciones de costumbres y fragmentos de recuerdos que formaron una colección innumerable de relatos, que ofrecí a todos los interesados en el trabajo la oportunidad de reunir otra vez esos minúsculos fragmentos dispersos de la nave maravillosa de un mundo y una cultura del pasado. El

conjunto de esta nave volvió a destacarse con claridad, y en el transcurso del tiempo, los nativos mostrábanse cada vez más interesados. Tal vez consiguieron entrever un rayo del esplendor de su pasado y es probable que esto fuera la causa de que honraran nuestro campamento y nuestra labor, con el nombre de Simbawoye. En el Simbawoye del hombre blanco habían comprendido el significado de las demás casas sagradas, puesto en evidencia durante un breve instante; mas una vez abandonado este lugar, el materialismo creciente de esta raza llegaría a exterminar, tal vez para siempre, este destello fugaz.

Trataré ahora de esbozar, mediante unos cuantos trazos audaces, la reconstrucción del cuadro, no sin antes manifes-

LEYENDAS MARAVILLOSAS

I
POR

LEO FROBENIUS

(Derechos adquiridos por LA NACION)

BERLIN, enero de 1930.

Estos mismos hechos, relatados en su tiempo por los portugueses, cuando el Imperio estaba en su apogeo, han sido hallados de nuevo en las tradiciones actuales. Harry Posselt es, probablemente, el primer cronista de los tiempos modernos que ha oído hablar de ellos a principios de este siglo. En esa época tuvo oportunidad de conocer a un antiguo jefe Mulemba, del distrito de Belen-

dria el hecho de que reyes y emperadores no debían ser vistos, mientras la luna no aparecía en lo alto, y que al desaparecer el primero de los grandes reyes de la tierra se elevaba en el firmamento la primera luna nueva?

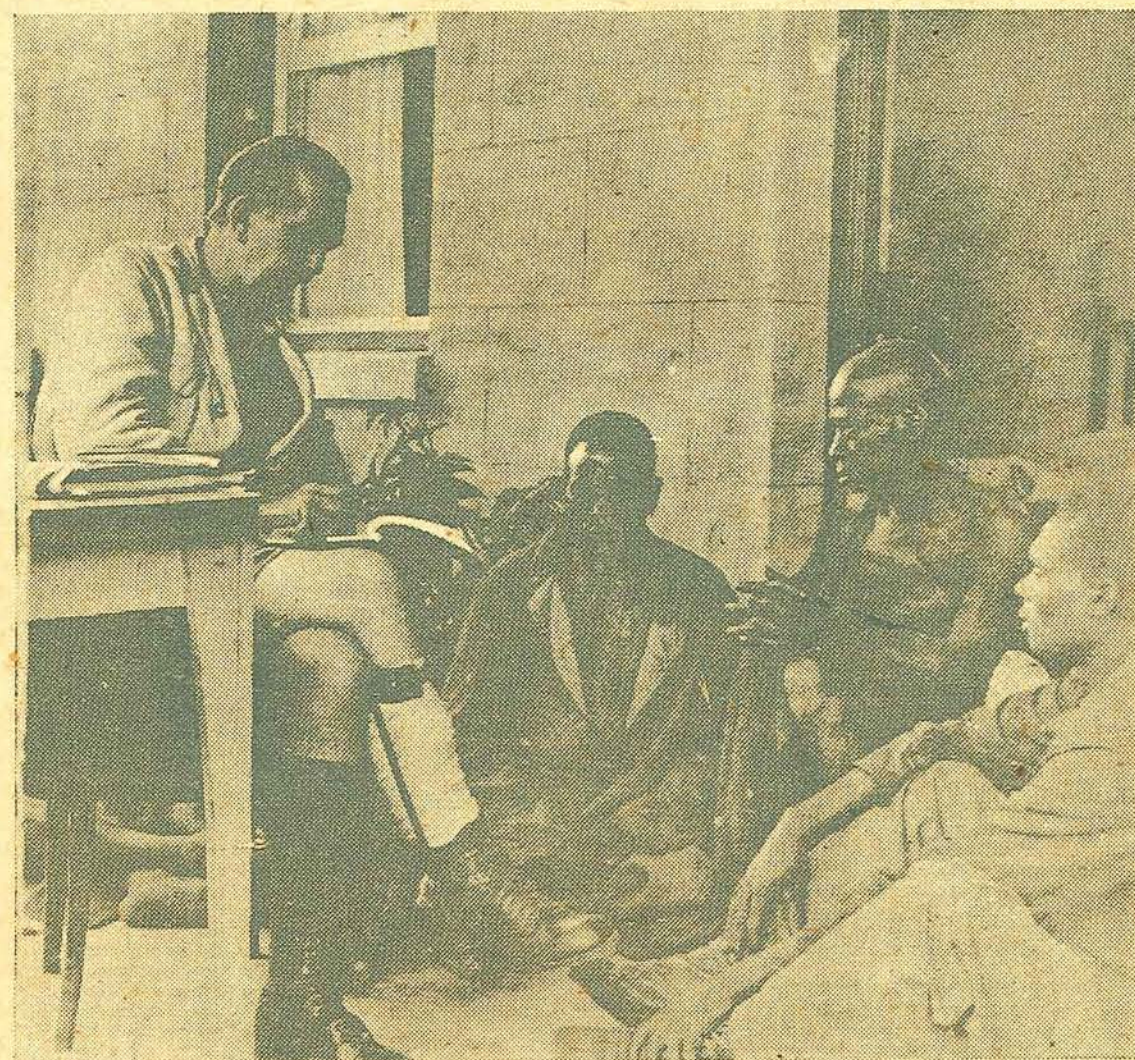
Tuve la suerte de obtener más detalles que aclaran esta relación entre la vida del Rey y las fases de la luna. A 26 millas, más o menos, al sur de Maconi, existe una montaña llamada Tsigwiri, una enorme mole de granito cuya cima, desprovista de vegetación y especialmente puntiaguda, se hace visible desde los puntos más lejanos del país. Es una colina apropiada para que se tejan a su alrededor innumerables leyendas. Muchos detalles escuchados al respecto provocaron mis deseos de visitarla, pero

primero de ellos, con el conductor y el intérprete. El segundo lo ocupaban las princesitas. Partimos en dirección al Sur. El camino era bien conocido para mí; sin embargo, ¡qué aspecto tan diferente el que presentaba esta vez! Ordinariamente era un camino solitario donde, por lo general, no se encontraba a nadie; hoy, sin embargo, alineábase allí una multitud de personas jóvenes y viejas, demostrando alegría y sonriendo. Deseaban contemplar a las hijas del Rey viajando en el vehículo del hombre blanco, y para ellos tal acontecimiento constituía una verdadera fiesta. En dos lugares advertimos enormes vasijas con cerveza y tuvimos que detenernos a beber. Cada vez las princesitas descendían del coche y hacían los honores correspondientes del modo más atento y gracioso. En esta forma hicimos 26 millas, al cabo de las cuales nos encontramos con algo que valía más que el simple panorama. En la aldea se encontraban reunidos los ancianos, dispuestos a relatarnos todo lo que sabían, y quienes, dirigiéndose a mí, me preguntaron si sabía lo que significaba un Ndoro. A esta pregunta pude contestar afirmativamente, pues los anales de la historia de la antigüedad hacían saber que los grandes reyes solían usar un disco blanco sobre sus pechos, formado por conchas, que era el emblema de su alta dignidad, y se llamaba Ndoro. Entonces me hicieron el relato del siguiente mito:

Togoa era el más poderoso de los reyes de la antigüedad que reinó en Zimbabwe. Un día Togoa llamó al Nganga, el sacerdote de los oráculos, y le preguntó: "¿Por qué debo morir, siendo yo el más poderoso de todos los demás Mambos? ¿Qué debo hacer para evitarlo?"

El Nganga, después de consultar el Hakata, contestó: "No morirás si puedes apoderarte de la luna del cielo y llevarla sobre tu pecho, como haces con tu Ndoro". Y contestó el Mambo Togoa: "¿Por qué no podría yo ser capaz de semejante cosa?"

Llamó éste a una multitud de personas y les averiguó: "¿Cuál es la montaña más alta de este país?" A lo que contestaron: "La montaña más alta es Tsigwiri, en el país del Maconi. En seguida viene Mahue Masimike, en la tierra del Mutassa (Manica)". Dijo el Mambo Togoa: "Traedme una de esas dos montañas, de modo que yo pueda pararme sobre ella; sacaré la luna del cielo y la llevaré sobre mi pecho como un Ndoro".



tar que mi tarea no se referirá solamente al reino del Maconi o Macomba.

Hace muchos años existía, según lo describen los cronistas portugueses de la Edad Media, un Imperio poderoso que constaba, originariamente, de cuatro reinos, que más tarde ascendieron a una docena. A la cabeza de éste reinaba el Monomotapa. El ceremonial y el estilo de cultura original del Simbawoye del Monomotapa servía de modelo para la vida de las cortes inferiores. Aquella era en sí misma tan sólo una reproducción de algo superior, cuyo modelo lo constituía un concepto universal de enormes proporciones.

Cuando los portugueses desembarcaron por primera vez en la costa de Mozambique en el año 1500 y descubrieron los puestos avanzados del Imperio del Monomotapa, no tardaron en proveer de historias dignas de contarse, sobre las costumbres extrañas y feroces del ritual regicida del país. Relataron cómo puede llegar a ser emperador y Monomotapa tan sólo aquel que no tenga falta ni defecto y carezca de marca, cicatriz o enfermedad en su cuerpo. Lo mismo era tratándose de los reyes menores, a quienes, como a los emperadores, se les hacía morir inmediatamente de caer enfermos o de perder aunque fuera un diente.

Leo Frobenius, el célebre etnógrafo alemán, recogiendo tradiciones y leyendas de labios de los nativos de una de las comarcas africanas que ha visitado

gué, llamado Nposi, que le relató lo siguiente: "Antiguamente, cada cuatro años, se mataban a todos los Mambos. Si existía un Mambo muy bueno, entonces se simulaba la muerte, pero en realidad se le escondía en las montañas. Varios empleados nativos nos ayudaron muy gentilmente, dándonos las pruebas de muchos hechos y nosotros mismos hallamos esta tradición aun en auge entre los wakaranga del Norte y del Este. Los relatos más detallados del Norte decían: "Cada cuatro años los sacerdotes consultaban las estrellas y observaban dentro de una vasija con agua; por estos medios conseguían determinar si el Rey debía morir o no. El Mambo reinaba entonces durante cuatro, ocho o doce años. No podían morir de muerte natural y al caer enfermos, inmediatamente se les estrangulaba. La muerte llevaba a efecto durante la época de la luna nueva".

Antonio Bocarro, el antiguo cronista portugués, nos ha contado que el Monomotapa permanecía siempre invisible para sus súbditos, durante la luna nueva. ¿Qué significado ten-

cuando cierto día supe que la actual familia del Maconi habitaba la orilla de un río próximo a la Tsigwiri, entre la cual se contaban varios miembros de edad muy avanzada considerados más o menos instruidos en antiguas historias y leyendas, entonces la idea de una visita a la montaña se tradujo en decisión. El guía indispensable en este caso debía ser un miembro de la familia real, por lo que me dirigí al Rey, para que decidiera quién debería ocupar dicho cargo. El intérprete regresó un tanto intrigado con el mensaje del Rey, pues el mismo Maconi, que se había mostrado al principio tan desconfiado de nosotros, acababa de dar la orden que sus propias hijas nos acompañaran. Las dos muchachas vinieron ese mismo día para trabar conocimiento con nosotros; una de ellas contaba alrededor de doce años y la otra, más o menos, catorce. Ambas poseían gracia y dignidad, a pesar de ser tan sólo dos princesitas negras. Fueron despachados mensajeros por las diferentes aldeas de la montaña Tsigwiri anunciando por doquier que el Mambo blanco, en compañía de las hijas del Mambo negro, llegaría a efectuar una visita que, por supuesto, sería en automóvil.

Nuestros vehículos estaban listos a las cinco y media de la mañana. Yo ocupé el



Talco para Ud.!

Ideal para después de afeitarse o bañarse. Exija el "Talco Mennen para hombre"

Usar Mennen es usar lo mejor.

SUPER-TALCO DE HOMBRE

MENNEN

Distribuidor para la Argentina: H. E. HERZFELD, Buenos Aires

DERECHOS CIVILES

(Continuación de la pág. 3)

el propósito mío, tomarías tu sombrero para ir... para ir... no sé... Por ahí, en busca de remedio.

EL—En busca de empleo.

ELLA—No sé si precisamente eso... Pero algo, en fin, que evidenciara en ti un deseo de evolucionar... de cambiar...

EL—No te afanes en buscar frases de disimulo. Tengo mi resolución tomada.

ELLA—(Después de una pausa en que lo ha mirado, observándolo profundamente). ¿Y es?

EL—... Como quiera que sea, agradezco el interés.

ELLA—(Sin poder disimular la emoción). ¡Máximo!

EL—¡Bah!

ELLA—¡Dí que harás!

EL—Nunca el ridículo... puedes estar tranquila.

ELLA—¿Qué harás?

EL—¿Quieres saberlo?

ELLA—¡Lo quiero!

EL—Me iré al campo. Muchas veces mi hermano Jorge me ha invitado a que comparta con él el manejo de su estancia. Aceptaré al fin.

ELLA—¿Al campo, tú?

EL—¿Seré incapaz?

ELLA—No. Pero sufrirás.

EL—¿No he pecado tanto? Bueno será que purgue mis faltas. (Nueva pausa. La noche ha cerrado casi completamente. Delia está de pie, de espaldas al espejo. Máximo se ha incorporado también, y se halla frente a ella. Entre ambos la banqueta del tocador).

ELLA—¡Máximo!

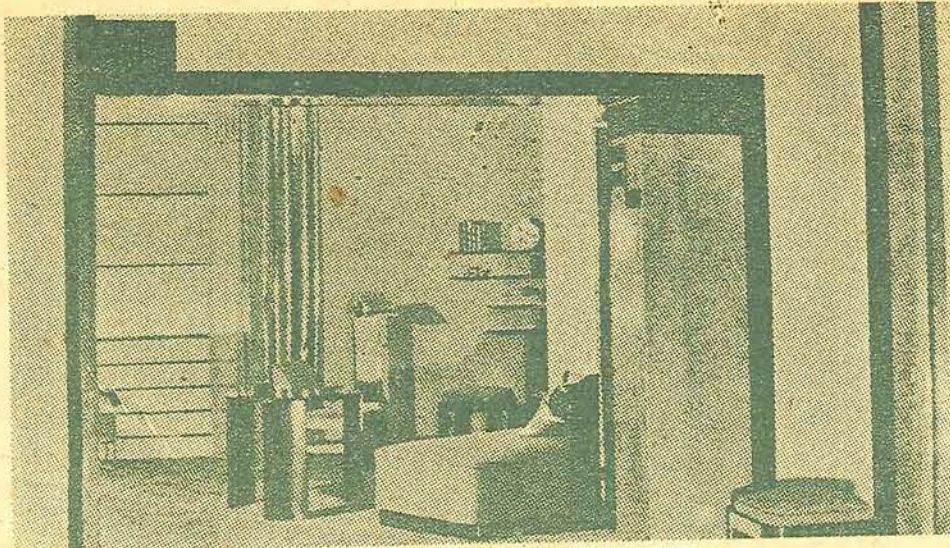
EL—Ya ves que trato de corroborar eso de que no me asustan los hechos.

ELLA—¡Máximo... voy a hacerte una proposición!

EL—¿Una proposición?

ELLA—No la llares así, si quieres...

ARTE Y DECORACION



Moderno living-room para hombre, de paredes grises y en parte plateadas, repitiendo el motivo plateado con franjas rojas, negras y azules

pero en el fondo no puede ser otra cosa.

EL—Dí.

ELLA—¡No te marches!

EL—¿Y eso?

ELLA—¡Quédate!

EL—No te entiendo.

ELLA—Si me entiendes.

EL—Hace diez minutos parecías lo que se acostumbra llamar una mujer fuerte.

ELLA—No te marches... Sufrirás y sufriremos... Si quieres...

EL—Habla. ¿Si quiero?

ELLA—Podrías haber un remedio.

EL—Lo conozco: que me ocupe de algo, que busque, que indague, que vea a los amigos. Pero, no. No estoy en condiciones de postular. No me negarás siquiera el derecho de elección.

ELLA—Te lo niego.

EL—Habla, entonces.

ELLA—La idea puede parecerte peregrina; descabellada, tal vez, pero lleva buena intención. ¿Por qué no nos asociamos, para trabajar con ese dinero que nos queda?

EL—Desvarías. Eso de los derechos civiles te ha trastornado.

ELLA—Seríamos socios. Iguales derechos e idénticas obligaciones. Calcula, este nuestro hogar, nuestro tibio nido, no se destruiría.

EL—Cubriríamos las apariencias.

ELLA—¿Aceptas?

EL—Vaya. Acepto, para que no digas que evito una posibilidad.

ELLA—¿Asociados, entonces?

EL—Asociados. Hablemos de negocios.

ELLA—Aun no; tiempo queda. Hablemos de nosotros.

EL—Poco nos resta para decirnos.

ELLA—Eso crees tú... Yo por mi parte empleo por decirte que para mí continúas siendo "mi Máximo mío".

EL—¿Tratas así a tu socio?

ELLA—Todavía no hemos entrado a tratar asuntos de la sociedad.

EL—¡Bien! ¡Sellemos entonces el trato con un beso!

ELLA—No. Con un apretón de manos. Otra cosa no estaría bien entre próximos asociados.

EL—(Dándose la mano). ¿Como socios?

ELLA—Como amigos.

EL—Sea... Ya ves que estoy en tren de aceptarlo todo.

ELLA—Acepta, entonces, lo que voy a proponerte.

EL—¿Otra proposición?

ELLA—Escucha. Me retiro de la sociedad. Trabaja tú solo.

EL—Hoy estás en un día raro. Estoy por creer que tu razón se halla alterada.

ELLA—Ten presente que a los locos no se les contradice.

EL—¡Adelante!

ELLA—Trabaja tú solo. Yo no haría más que molestarte.

EL—¿No dudabas hoy de mis condiciones para las empresas?

ELLA—Hoy, sí. Ahora no... Hoy eras el que eras; el que fuiste. Ahora eres otro.

EL—¿Mejor o peor?

ELLA—¡Peor, peor! ¡Antes eras demasiado "mejor"!

EL—¿Debo seguir empeorando?

ELLA—Por ahora no. Te encuentras en el justo límite. ¿Aceptas?

EL—Tú lo has dispuesto. ¿Otro apretón de manos?

ELLA—(Rechaza su mano). ¡Ahora un beso!

EL—¿Como amigos?

ELLA—Como marido y mujer. (Se besan).

UMBERTO MADDALENA: SUS PROEZAS

(Continuación de la pág. 36)

tampoco de buen gusto naufragar con hidroplano.

Maddalena tuvo una interrupción a tantas idas y venidas sobre los principales ríos europeos—que son como las ruedas de su hidroplano, los puestos de escala siempre dispuestos a acogerlo en caso de acuatizaje forzado—, cuando en 1922 permaneció varios meses en España, como instructor de hidroplanos en la base de Cartagena, donde tuvo un alumno que debía más tarde hacerse un gran navegador del aire: el comandante Franco.

UN ACUATIZAJE A TRES MIL METROS

Para trasladarse a los países del septentrion europeo, el inquieto volador siempre había elegido el camino más corto, si no el más lógico para su aparato marino: la que pasa idealmente a través de las más altas montañas italianas, los Alpes. Demostró así pronto que los hidroplanos van perfectamente sobre las sierras, teoría confirmada admirablemente por De Pinedo, con su conocida travesía de Matto Grosso a bordo de su hidroavión.

Siempre le había salido bien; pero tanto hizo que una vez por poco deja los huesos.

En 1925, de vuelta de una excursión a través de doce Estados, con un aparato grande, se decidió otra vez a llegar a Italia desde Suiza por sobre el paso alpino más alto, el del Spluga. Encontró vientos, nubes, nieve. No lograba salvarlos, y le estaba vedada también la posibilidad de volver atrás, porque habría ido a romperse contra cualquier cima, que se elevan a alturas mayores que las que el hidroplano puede alcanzar, y que la niebla le habría impedido advertir.

En la proximidad del Passo, ennegrecido por la nevada, tuvo que luchar contra ráfagas furiosas. El choque de los vientos que soplaban de los valles hicieron de pronto perder algunos centenares de metros de altura al aparato. Maddalena se

vió frente a la montaña, más alta que su situación; hizo un esfuerzo desesperado con el timón de profundidad, tratando de superarla, pero el aeroplano fué "chupado" por la ráfaga y precipitado contra la pared de un precipicio, donde por fortuna quedó prendido, aplastado contra la nieve.

Un nuevo crucero aéreo en 1927 lo llevó a Rusia. primer aviador italiano que haya llegado allá desde la proclamación de la República socialista de los Soviets.

Fué acogido cordialmente; pero una pequeña complicación, fuera de las muchas ocasionadas por la meteorología, le ocurrió también en aquella oportunidad.

Obligado a acuatizar en el Volga, cerca de una aldea desconocida, no lejos de un puente ocupado por la guardia roja, por miedo de atentados terroristas, y sin saber una palabra en ruso, fué tomado nada menos que por un guardia blanco y encarcelado; y por poco no alcanzó a experimentar el amor que se tienen entre los guardias rojos y blancos.

EL SOCORRO AL GENERAL NOBILE

El año siguiente en el verano, Maddalena se encontraba desde algunos meses antes en España, donde tiene muchos amigos, a fin de preparar, de acuerdo con las autoridades españolas, las bases para el gran raid efectuado por sesenta y dos hidroplanos italianos, al mando del general Italo Balbo, ministro de la Aeronáutica, y de Francesco De Pinedo, viaje que contribuyó considerablemente a estrechar los vínculos de amistad que ligan los dos países, y especialmente las fuerzas aéreas respectivas.

Cumplida su misión, pensaba gozar de una licencia. Pero no en el Polo. Las regiones árticas no habían tenido para él nunca muchos atractivos, como otras partes del mundo habían ejercido sobre su alma aventurera. Ante todo, como se ha visto, la América Latina, y luego el África, que había soñado poder recorrer a lo largo de todas sus costas.

Pero un general español, mientras paseaba por la playa de Los Alcázares, fué a su encuentro para anunciarle que había sido interceptado un mensaje

que daba la noticia de que un gran hidroplano mandado por Maddalena debía ponerse en viaje a los mares árticos para socorrer a los naufragos del dirigible Italia, de los que no se sabía nada desde muchos días atrás, después de haber llegado al Polo Norte.

Con todas las facilidades que las autoridades españolas le dieron, Maddalena pudo acudir a Italia, donde se preparó rápidamente con un aparato gemelo del Santa Maria, con el cual De Pinedo efectuó la doble travesía del Atlántico.

Partió el 10 de junio, cuando ya otros pilotos mucho más prácticos de las regiones polares se encontraban en la Bahía del Rey, que él no debía alcanzar sino después de haber recorrido en vuelo seis mil kilómetros.

Por algunos días parecía que los escépticos tenían razón; las condiciones meteorológicas hicieron imposible la travesía de los Alpes: el Isat (el aeroplano que Maddalena condujo a la "Tienda Roja") tenía el mismo nombre del hidroplano con el cual ha realizado el reciente vuelo, considerándolo un óptimo auspicio; mientras flotaba sobre un río de Suiza, tuvo un ala rota por un bote motor, a cuyo bordo se encontraban amigos demasiado entusiastas. Lo peor, como era natural, ocurrió después, cuando se trató de atravesar el peligrosísimo Mar de Barents, empresa que aun no había sido intentada por nadie.

Primero, cuando va se encontraba desde hacía más de dos horas en pleno océano, el audaz piloto se vió obligado a tomar el camino de vuelta, porque la niebla, que casi todo el año constituye el fantasma de los pescadores noruegos, le quitaba toda visibilidad, a cualquier altura, y no era posible fiarse de la brújula, sujeta en esas regiones a considerables alteraciones, causadas por las perturbaciones magnéticas, y se corría el riesgo de no llegar a ver siquiera la proa. Volando a la ciega entre la niebla logró volver a la costa del reino de Noruega.

Al día siguiente volvió a intentar el difícil vuelo.

Era el 18 de junio, fecha que no ha de olvidarse, porque ese día el Latham 47, pilotado por el gran aviador francés Guilbaud, que tampoco había soña-

do en una travesía atlántica, y por Ditrichson, y a bordo del cual se encontraba el célebre e intrépido explorador noruego Roald Amundsen, que también se había ofrecido generosamente para acudir en socorro del general Nobile, con el cual había ido al Polo Norte, se perdió en el maltrato mar de Barents, y no se supo más de él por más investigaciones que se hicieron.

Con Maddalena, la suerte tantas veces desafiada audazmente, quiso ser benigna también aquella vez. El aparato italiano pudo volar por sobre el mar del Norte, llegando una tarde a la Bahía del Rey, donde estaba anclada la nave Città di Milano.

BAJO LA "TIENDA ROJA"

El mismo día de la llegada de Maddalena a la Bahía del Rey, se recibió de la "Tienda Roja" el pedido de llevar lo más pronto posible reaprovisionamientos. Por la noche se proveyó la carga de los materiales que se lanzarían y el carburante, y por la mañana, a las 5, Maddalena reemprendió el vuelo, esta vez sobre los témpanos y con el aparato sobrecargado. El mismo contó los grandes esfuerzos que con sus compañeros tuvieron que hacer para no caer dormidos, por la fatiga y la fascinación mágica de aquel silencio y de aquel blancor que los rodeaba, invitándolos a abandonar las palancas y la voluntad para precipitarse en la blanca vorágine de abajo.

Llegado a las Siete Islas el piloto tuvo que convencerse de que toda esperanza de poder descender en la "banquisa" con un aparato tan pesado, era absurda, y que si se produjera una avería del motor, era casi seguramente la muerte más o menos inmediata.

A las 8 el hidroplano estaba ya sobre la Isla Foyn. Toda la atención del aviador estaba espasmódicamente fija en la brújula, la que debía indicar la dirección exacta para llegar al punto donde se encontraban los naufragos, conocido por las señales fijadas de la latitud y longitud. Pero cuando, según sus cálculos, los aviadores estuvieron persuadidos de encontrarse precisamente en el sitio en que debían encontrarse Nobile y sus compañeros, por más que inspeccionaron minuciosamente los hielos, no alcanzaron a observar

ninguno alguno de vida humana, en los revueltos témpanos atravesados de miles de grietas.

Tornaron los aviadores a la Bahía del Rey, después de siete horas de vuelo peligroso e inútil, oprimidos por la desilusión y el cansancio.

Concretadas con los naufragos las señales que debía usar la "radio" del general Nobile para indicar a los voladores la posición en que se encontraban a su respecto, y dirigirlos, a las 6.45 del 20 de junio el hidroplano volvió a partir, rehizo el camino del día anterior, y después de cerca de dos horas y un cuarto de vuelo, llegó de nuevo a la isla Foyn.

Durante diez minutos largos pareció a los aviadores que la suerte quería tornar otra vez a burlarse de ellos. De la "Tienda" no llegaba señal ninguna. Cuando finalmente llegó la primera indicación: "Dirijan 30" a la derecha", Maddalena y sus compañeros se sintieron presas de la mayor alegría.

Ese vuelo es demasiado conocido para que sea necesario emplear muchas palabras en recordarlo: los diarios dedicaron largo espacio a las narraciones del modo cómo el actual navegante del Atlántico pudo encontrar y reabastecer a los naufragos hacia los cuales convergían tantas ansias. Maddalena aseguró haber volado sobre el general Nobile y sus compañeros, prisioneros de los hielos, mientras los otros de la tripulación se inclinaban con medio cuerpo fuera para lanzar los materiales y las vituallas, con una habilidad y una audacia que sobrepasó todo lo que hasta entonces había realizado.

Bien conocido es que Maddalena volvió otra vez sobre el "pack" a arrojar a los compañeros y hermanos otros paquetes providenciales, junto con el segundo aeroplano llegado de Italia y pilotado por el capitán Penzo, el cual encontró muerte trágica en el viaje de vuelta a la patria. Fué por tercera vez sobre la "Tienda" junto con el aparato sueco Uppland.

Hemos dicho que el vuelo por el cual América hoy lo aclama puede ser considerado por Maddalena como el coronamiento de un hermoso sueño alimentado de tiempo atrás. Podemos añadir que él puede también considerarlo como un premio.

EL CAPITAN DE LOS SIETE MARES

Por EL CAPITAN JOHN THOMAS RANDELL

POR otra parte, el negocio era perfectamente lícito según las leyes marinas, pues el cargamento se realizaba en Belize, Honduras Británicas, con destino a Nassau, en las Bahamas.

Al regresar en lastre, el capitán debía indicar a las autoridades de Belize, que la operación de descarga se había realizado en alta mar, cumpliendo instrucciones de los armadores.

Sin embargo, mis relaciones con Hearn y sus compañeros se iniciaron con una divergencia de opiniones. Cuando supe que el barco, que debía dirigir durante el invierno 1929, era el I'M Alone, objeté a los propietarios, diciendo que, a mi juicio, esa no era una embarcación conveniente.

—Señores—les dije— es un barco famoso y ustedes saben que está inscripto en la Lista Negra de las autoridades de los Estados Unidos y de su servicio de Guardacostas.

—Comprendemos— contestaron—, sabemos que su anterior dueño ha sido condenado a prisión perpetua por contrabando de alcohol; pero las autoridades norteamericanas saben muy bien, que ya ha cambiado dos veces de manos y no podrán intervenir en nuestras operaciones, siempre que el buque se conserve fuera de sus aguas territoriales.

La contestación me pareció razonable, máxime cuando me la formuló un conocido abogado de Montreal, socio de la empresa. Tenía, además, una oferta para dirigir una nueva expedición con el Morso durante el verano siguiente, y no me disgustó poder ganar unos dólares durante el invierno.

Cuando acepté formalmente la oferta, me informaron que mi sueldo sería de quinientos dólares mensuales y una buena comisión al fin del viaje.

Fué así como me hice cargo del puesto de capitán del I'M Alone, el más famoso de los buques de contrabando de alcohol. Era un "schooner" de dos palos, de 147 toneladas de registro y 90 neto, con capacidad para cargar 250 toneladas de mercaderías generales. Estaba equipado con dos motores Fairbanks-Morse, semi-Diesel, de 100 HP. cada uno.

Con tiempo tranquilo corría unas 8 millas, a motor. A vela, con buen viento, su velocidad de crucero llegaba a 9 millas por hora, y 9 1/4 como caso de excepción.

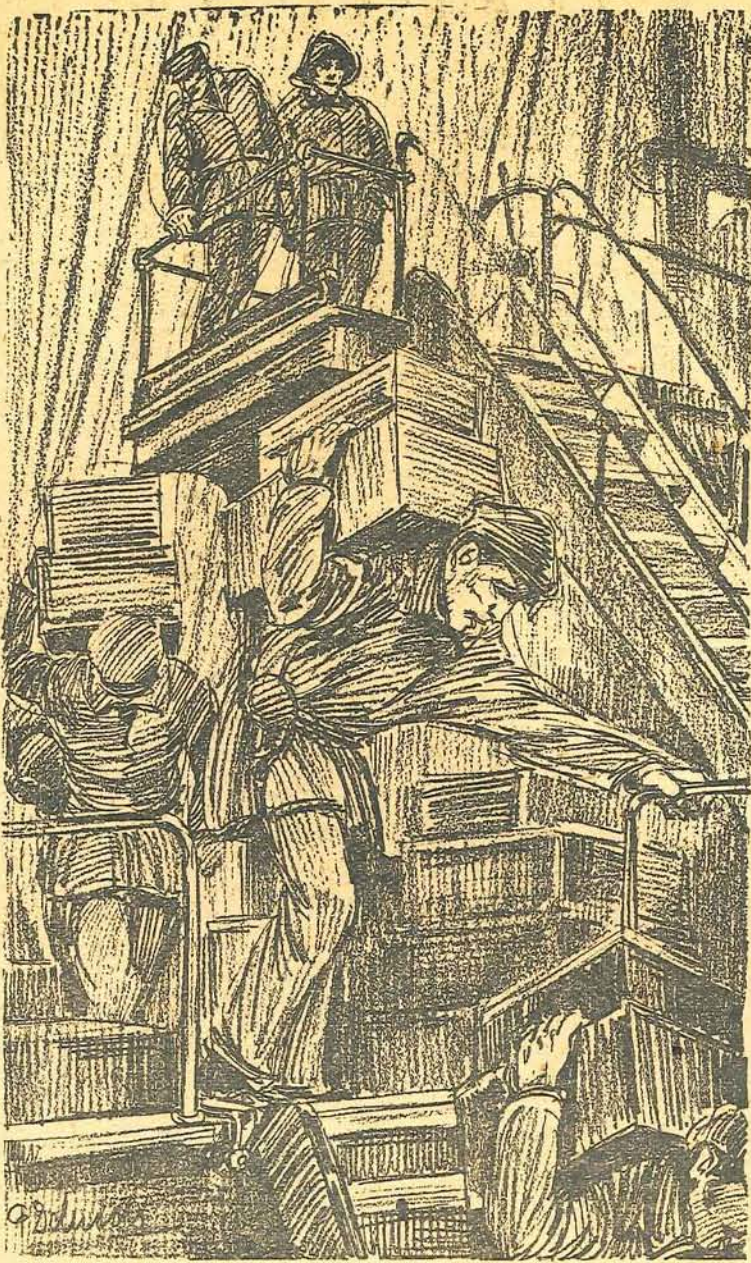
EL PRIMER VIAJE DEL "I'M ALONE"

Salimos de Halifax el 4 de noviembre de 1928, con destino a St. Pierre Miquelon. Allí cargamos un buen surtido de bebidas alcohólicas. Me fueron entregadas las instrucciones en sobre cerrado, con la orden de dirigirme a La Habana, Cuba, y abrir el sobre cuando me hallara delante de ese puerto. Realizamos un maravilloso viaje hacia el Sur. Cuando llegamos al castillo del Morro, abrí las instrucciones. Me ordenaban trasladarme hasta un lugar situado sobre el paralelo 28 de latitud norte y el meridiano 91 de longitud oeste. Ese lugar se hallaba delante de la costa Louisiana. Allí debía esperar la llegada de un buque, cuyo capitán se identificaría con un santo y seña, indicándome, después, un lugar más próximo a la costa.

Me dirigí al lugar indicado, donde esperé durante una semana, la llegada del buque anunciado. Nadie llegó. Decidí acercarme a las boyas luminosas del Banco de Trinidad, en la desembocadura del río Mississippi. Estudié bien la situación del citado banco en el mapa, me acerqué y eché anclas muy cerca del lugar en que nos había descubierto en el viaje anterior, el guardacostas norteamericano Walcott.

No estaba seguro de la exactitud de mi cronómetro y deseaba estacionarme en un lugar conocido, para allí poder rectificar mis instrumentos, en caso necesario.

Llegamos al lugar citado por la mañana, con el propósito de regresar al sitio anterior por la



ILUSTRACION DE PEDRO DELUCCHI

noche. Pero cuando nos dispusimos a levar anclas aquella tarde, descubrimos que la máquina del ancla no funcionaba. Mientras estábamos efectuando las reparaciones necesarias, apareció desde el sur el "cutter" guardacostas Walcott. Se acercó a nosotros y dió varias vueltas alrededor del I'M Alone. Después, detuvo la marcha a poca distancia de nuestro barco, echando anclas. No hacía ningún ademán, ni nos interpelló por el megáfono. Dispuse que mi tripulación levantara el ancla a mano. Tan pronto iniciamos el camino, el Walcott nos siguió.

En vista de que el "cutter" nos seguía, es natural que no me dirigí al lugar en que debía esperar al buque del contrabandista norteamericano. Durante toda la noche navegamos lentamente hacia el Sudeste, continuando el viaje en esa dirección durante todo el día siguiente. El Walcott no se separaba de nosotros.

Yo me proponía hacer creer al comandante del "cutter" que llevábamos rumbo al Sur, y, al mismo tiempo, evitar que supiera nuestra verdadera velocidad. Por eso di instrucciones de limitar la velocidad a seis millas por hora. En esas 24 horas recorrimos unas 150 millas, alejándonos en dirección sudeste del lugar en que nos había sorprendido el Walcott. La luna era escasa aquella noche, y esperé el momento en que se ocultara por completo, para tratar de burlar la persecución del Walcott.

Comprobé que estaba usando solamente uno de los motores, y que se mantenía a una distancia prudencial a nuestra vera. Cuando la luna se ocultó, di orden de aumentar nuestra velocidad al máximo, apagué todas las luces, alteré la dirección en ocho puntos y me alejé en una dirección que formaba con la anterior un verdadero ángulo recto. Después de haber efectuado algunas millas en esa dirección, alteré nuevamente el curso en ocho líneas, navegando, pues, en dirección completamente contraria a la que llevaba el Walcott. El engaño tuvo éxito. El comandante del Walcott quedó perplejo. En la obscuridad pudimos verle, navegando a toda velocidad, en zigzag, usando sus reflectores, con el fin de localizarnos. Primero

buscó a estribor y después a babor; pero ni por un momento se le ocurrió dirigir sus reflectores hacia atrás. Y así nos perdió de vista.

A la noche siguiente estábamos de vuelta en nuestra situación anterior, a unas cien millas de la costa y al Sur de la línea regular de navegación entre las costas de Florida y Texas.

Estaba a la espera del hombre que debía salir a mi encuentro. Tenía en mi poder las mitades de quince dólares. El hombre indicado debía poseer la mitad del primer billete de esa serie.

Pero el hombre no apareció. Esperé otras 48 horas. Después decidí dirigirme a Belize, Honduras Británica, para ponerme en comunicación por cable con mis armadores, para saber lo que había ocurrido. En efecto, cinco días después, entramos en Belize.

Allí envié a los propietarios del I'M Alone el siguiente cablegrama: "Estado diez días espera barco debía buscar cargamento lugar indicado sin encontrarlo. Rué les envíen instrucciones".

Al siguiente día recibí la contestación indicándome que debía trasladarme a un lugar situado a 35 millas al Sur del Banco de Trinidad. Busqué el lugar en el mapa y comprobé que distaba sesenta millas de la costa y en medio de las líneas de navegación.

Dos días después se acercó a nosotros una hermosa embarcación a motor. Serían aproximadamente las 18.

—"I'M Alone ahoy" — nos gritó el comandante.

—¿Quién es usted y qué desea? — le pregunté.

—Mi número es Y 28242814 D — me contestó.

Comparé el número con el del primer billete de la serie de quince dólares, que me había sido entregado por el agente de Hearn en St. Pierre Miquelon. Era el mismo número.

—Acérquese — le contesté.

El comandante de la lancha vino a bordo, trayendo la mitad del billete. Lo uní con la mitad que tenía en mi poder, y comprobé que estaba bien.

—¿Cuánto puede usted llevar? — le pregunté.

—Unos 1200 cajones.

Por su fisonomía comprobé que se trataba de uno de los

PRELIMINARES DE LUCHA

... cargamos la lancha que partió con destino a la costa de Louisiana

más importantes contrabandistas de Nueva Orleans. Pero no cambié ninguna conversación con el hombre, impartiendo instrucciones a mi tripulación para que tampoco hablaran con los hombres de la lancha. Todos los tripulantes de esta última subieron a bordo, completamente armados.

Esa noche cargamos la lancha, la que partió con destino a la costa de Louisiana. Dos noches después, regresó; pero en esta oportunidad el tiempo estaba agitado y la lancha no pudo cargar la misma cantidad que la vez anterior. Por otra parte, de nuestro cargamento sólo nos quedaban 200 cajones y no merecía la pena de esperar que mejorara el tiempo para descargar una cantidad tan reducida.

En consecuencia, regresamos a Belize, donde cargamos nuevamente para el contrabandista de Nueva Orleans. Media docena de viajes se realizaron en esas condiciones. La descarga se hizo cada vez sin inconvenientes. Las ganancias de la firma Hearn iban aumentando rápidamente. En ningún caso fuimos molestados por los buques de la Ley Seca. Varios miles de cajones de bebidas entraron así en Nueva Orleans.

Sólo un detalle comenzaba a molestarme. Cada vez que me dirigía al Banco de Trinidad para esperar a la lancha, tropezaba con un pequeño "schooner", el que no me inspiraba mayor confianza. Se me ocurrió del Banco de Canche. En todos los casos, para evitar un encuentro, me alejaba del "schooner" el que no me inspiraba mayor confianza. Se me ocurrió que podía haber sido instalado allí por el servicio de guardacostas, y que estaría dotado de una potente estación radiotelegráfica, teniendo la misión de comunicar a las naves de la Prohibición la situación exacta de los buques que efectuaban operaciones de contrabando por esos lugares. Es cierto que, al parecer, se dedicaba a la pesca; pero recordé que en tiempos de la guerra, yo mismo había sido comandante de un buque pesquero, que tenía la misión de comunicar a las unidades mayores el paso de todos los buques mercantes neutrales entre las Islas Shetland e Islandia, y que en numerosas oportunidades, esos buques, llevando materiales y provisiones para Alemania, habían sido secuestrados por la Armada Británica, como consecuencia de mis avisos.

Ello hizo que redoblara mis precauciones. Y estaba en lo cierto. En el último viaje antes de nuestro hundimiento, llegué al lugar habitual a las 10 de la mañana. Llovía. A eso de las once, el pequeño "schooner" apareció a nuestra proa y navegó alrededor del I'M Alone, con el fin de leer el nombre que llevaba en la popa. Para evitar sorpresas de ese género, había hecho pintar por uno de mis tripulantes el nombre de Giant King, en un trozo de vela, y con ello ocultamos el verdadero nombre del barco, cuando se acercó el "schooner".

Pasó a una distancia tan reducida de nosotros, que vi en cubierta la carnada destinada a la pesca.

—¿Cómo va la pesca? — pregunté.

Nadie me contestó.

Creí que no habían oído mis palabras y repetí la pregunta. El comandante no me contestó; pero un anciano, que estaba en el timón, agitó la cabeza negativamente, como queriendo decir: "No pescamos".

Me hallé colocado en una situación incómoda. Comprendí que no se trataba de un "cutter" guardacostas; pero era indudable que era un aviso.

A las 18 horas de aquel día me hallaba a 12 millas del "schooner".

Poco después, ya entrada la noche, comprobé que se acercaba a nosotros el guardacostas Dexter, desde el lugar en que se hallaba el "schooner". Era indudable que éste nos había delatado. Por las conversaciones oídas en los círculos del contrabando de alcohol, sabía que el Dexter era un "cutter" más peligroso que el Walcott. No nos quedaba, pues, otro medio que tratar de burlar su vigilancia, cuando se presentara la

oportunidad. El Dexter nos siguió durante toda la noche, y sus reflectores nos tenían constantemente enfocados.

Durante la noche se levantó un viento favorable que nos permitió alcanzar una velocidad de cinco millas con las velas solamente. Yo sabía que en ese viaje no sería posible efectuar el transbordo de nuestra mercadería a la lancha del contrabandista de Nueva Orleans, porque el Dexter no se alejaba de nosotros, ni por un minuto. Teníamos que engañarle, o, de lo contrario, regresar a Belize. Durante todo el día siguiente continuamos navegando en dirección al Canal de Yucatán. Observé que durante el día, el Dexter se conservaba a una distancia de una milla de nosotros. Pero cuando entraba la noche, aminoraba la distancia que separaba a ambos buques, hasta acercarse a unos pocos cientos de metros, y, además, nos enfocaba con sus reflectores.

Aquella noche me decidí a probar un nuevo medio para engañarle. Preparé una boya que teníamos a bordo y le até un palo, sujetando una linterna. Inmediatamente después, dispuse que todas las luces del I'M Alone fueran apagadas, quedando encendida solamente la linterna de la boya. Pocos minutos después, y aprovechando un momento en que la popa del I'M Alone se sumergía en el agua, coloqué la boya en el mar, alejándome a toda máquina en otra dirección. Poco después, observamos que el Dexter llegaba hasta cerca de la boya, la enfocó con un reflector, comprobando entonces el engaño. Creí por un momento que ya no nos encontraría; pero me equivoqué. El comandante del "cutter" mandó apagar todas las luces y cambiar la dirección de la nave, tomando la del viento más favorable, es decir, la misma que habíamos tomado nosotros; poco después, uno de sus reflectores, nuevamente encendido, nos bañaba de luz. Era evidente que en esa noche no era posible efectuar ninguna otra tentativa de fuga.

Así continuó la persecución. Dos días después, el viento se hizo mayor y el mar estaba más agitado. El Dexter comenzó a navegar con menor velocidad, pues siendo un buque de escaso calado, sus hélices salían frecuentemente del agua. En cambio, logré aumentar la rapidez del I'M Alone, que no tenía que luchar con ese inconveniente, y que, por el contrario, podía navegar con mayor velocidad, combinando las velas con el motor.

Resolví hacer otra tentativa de fuga esa noche, pero el tiempo no nos ayudó, porque apenas entrada la noche, el viento amainó y en pocos minutos el cutter se acercó en tal forma a nosotros, que tuve que perder toda esperanza de poder burlar su vigilancia en esas condiciones.

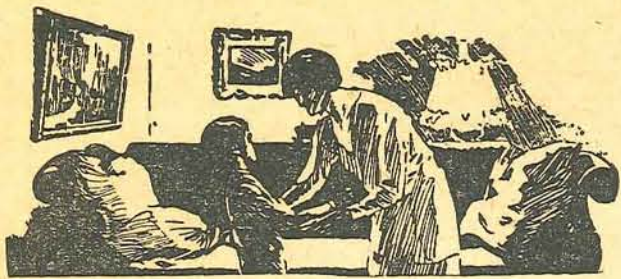
Sin embargo, la casualidad vino en nuestra ayuda. La noche era oscura y el viento comenzó a soplar nuevamente con regular intensidad. Comprobé que el comandante del Dexter había impartido instrucciones de acercarse y alejarse alternativamente de nosotros, aumentando y disminuyendo su velocidad contra el viento.

Calculé que el comandante del Dexter, recordando nuestra tentativa anterior, comenzaría por buscarnos por la dirección opuesta. Así fué. El cutter comenzó a navegar en zig zag con sus reflectores en actividad y cuando comprendió que habíamos huido en otra dirección, ya nos separaba una distancia tan grande, que la luz de sus reflectores ya no nos alcanzaba.

(Continuara).



LECTURAS INFANTILES



UN HOMBRE EN LA CASA

Por
HAROLD AVERIS

ESTA mala costumbre de dejar la ventana del pasillo abierta! — exclamó Catalina Batley al subir a acostarse en compañía de su pequeño sobrino Alex—. Siempre les digo que la cierren, pues pueden entrar gatos y darle a uno un buen susto a media noche. Ade-

más, desde que el otro día desaparecieron unas herramientas que había dejado afuera, tengo miedo de que anden ladrones por aquí. Suerte que ahora no estoy sola, y tengo un hombre en la casa, —añadió riendo.

El "hombre" era en realidad bastante pequeño, pero por el momento estaba convencido de que podría hacer frente a toda una cuadrilla de ladrones. No tardó en desvestirse y meterse en la cama; pero una vez en ella se acordó que había dejado

afuera su bicicleta. ¡Su bicicleta era el tesoro que más cuidaba en el mundo! Se la había regalado su papá después de pasar los exámenes. ¡Y su tía que decía que andaban ladrones!

—¡Soy un estúpido! — se dijo—. Si espero hasta mañana, seguramente habrá desaparecido, y si bajo a buscarla, mi tía se despertará.

—¡Qué idiota! — repitió—. Es de no conformarse. ¡Mi bicicleta, tan linda!

Resuelto a buscarla, Alex se puso las zapatillas y bajó la escalera sin hacer ruido, alumbrado por una vela que llevaba en un candelero. Cuando llegó al "hall", la vela estuvo a punto de apagarse por una corriente de aire, y siguiendo la dirección del viento, Alex vio con asombro que la ventana del pasillo estaba abierta. Su tía la había cerrado sin embargo antes de subir... Estaría tal vez falseada... Alex no quería pensar en nada más, pues estaba resuelto a buscar su bicicleta.

—La cerraré cuando vuelva — pensó — y empezó a correr muy suavemente la cerradura de la puerta de calle.

Bajó al jardín, buscó su bicicleta donde creía haberla dejado y no la encontró. Dió una vuelta, mirando por todos los rincones, pero no había nada. ¡Era demasiado tarde! ¡Ya se la habían robado! Nunca más volvería a tener una tan linda. Bien lo merecía por tonto y descuidado. Recordó entonces las recomendaciones de su madre, que al separarse de él le había repetido que la cuidara.

Obligados por la enfermedad de su abuelito a interrumpir sus vacaciones, resolvieron enviarlo a casa de su tía hasta que se abrieran de nuevo las clases. ¡Qué dirían cuando supieran que había perdido su bicicleta!

Al volver tristemente a la casa, le pareció sentir un ruido en la sala, pero estaba tan distraído que en vez de entrar, empezó por cerrar la puerta.

—¡Ahora sí! ¡Se había quedado afuera! ¿Qué hacer?

Sin saber realmente lo que hacía siguió caminando hasta que sintió una voz que decía a su lado:

—¿Qué anda haciendo a estas horas solo y sin vestirse?

El hombre que así hablaba, encargado de la vigilancia de ese barrio, miraba sorprendido al niño. Era un hombre acostumbrado a toda clase de encuentros nocturnos, pero nunca le había sucedido descubrir a un chiquillín caminando en "pyjama" a media noche.

—¿Así que te escapabas del niño? — insistió el gendarme al

ver la sorpresa del niño—. ¿Estás despierto o eres sonámbulo?

—Estoy despierto — dijo por fin Alex—. Ando buscando mi bicicleta que me han robado. Tal vez Vd. pueda ayudarme a encontrar al ladrón.

—¿Qué ladrón ni ladrón! Sabe lo que va a encontrar, jovencito, es una buena pulmonía, si insiste en andar con ese traje a estas horas. ¡Vamos a su casa y más pronto que corriendo!

—Es que no puedo entrar, pues la puerta está cerrada. —Llamaremos la campanilla — respondió el hombre.

—Si Vd. fuera muy bueno y me diera una manito, yo podría subir por la ventana del pasillo que está abierta. Así no despertaríamos a mi tía. ¡Hágalo por favor!

—¡Menos charla, y vamos adelante! No me va a dar usted instrucciones sobre lo que tengo que hacer.

Alex comprendió que era inútil seguir hablando y se dirigió en silencio hasta su casa.

—Me dijo que había una ventana abierta — dijo entonces el gendarme—. ¿Dónde está?

—No se le puede ver desde aquí — respondió el niño — tenemos que dar la vuelta. Y pensando que tal vez su acompañante había resuelto ayudarlo a subir, suplicó: —Caminemos despacio para que no nos oigan.

Entonces sucedió algo que Alex nunca olvidaría en su vi-

da. Mientras se dirigían al otro lado de la casa, oyeron un crujido. Miraron del lado donde venía el ruido y la linterna del gendarme iluminó el manubrio de la bicicleta que brilló, apoyada contra la pared, debajo de la ventana en cuestión.

En ese instante el crujido se hizo más intenso y se oyó el ruido de un cuerpo que caía al suelo. El agente se precipitó sobre el hombre; siguió una breve lucha que terminó con el ruido de las esposas que se cerraban.

—¡Te tengo, por fin, Jim Sprouts! — gritó el agente de policía.

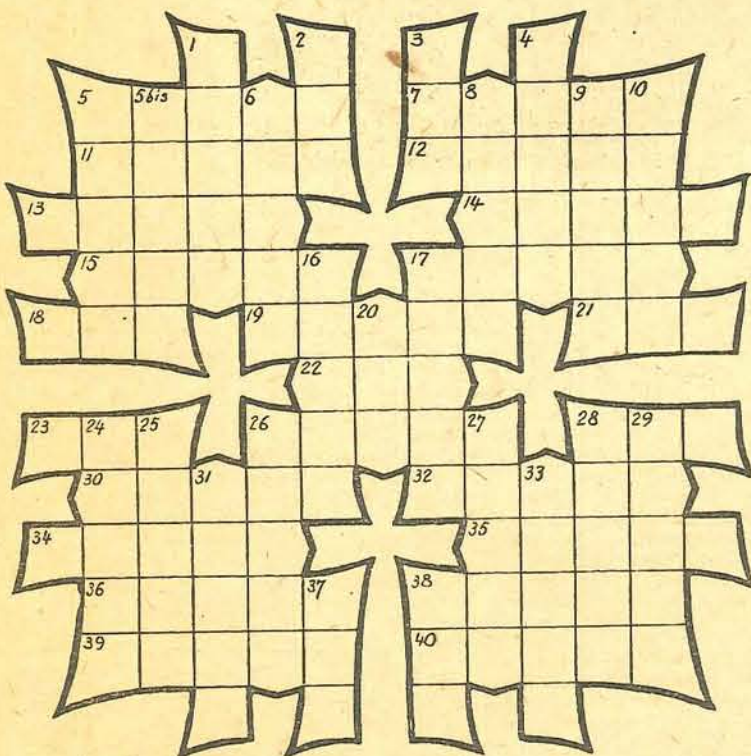
Alex comprendió inmediatamente lo que había sucedido. El ladrón había tomado su bicicleta para subir, parándose sobre ella, hasta la ventana del pasillo, entrando entonces a la casa. Ahora recordaba el ruido que había sentido en la sala, al bajar.

—Levante esa bolsa y sígame — ordenó el gendarme a Alex—. Yo me encargo de este bandido... Pero como tengo dos tipos que cuidar, será mejor que llame un compañero.

Inmediatamente se oyó un prolongado silbido y un instante después la ventana del dormitorio de Catalina Batley se abrió y su dueña se asomaba preguntando llena de terror, qué era lo que pasaba.

—No te asustes, Cata — respondió Alex — estoy ayudando a capturar un gato ladrón. Ya lo tenemos y además aquí tienes una bolsa llena de objetos de plata que te había sacado.

PROBLEMAS DE PALABRAS CRUZADAS



REFERENCIAS

Horizontales

5. Nombre de una consonante.
7. Aficionada.
11. Sonido inarticulado y confuso más o menos fuerte.
12. Bogan.
13. Último rey de Lidia, célebre por su fortuna, con cuyo nombre se designa al que posee muchas riquezas.
14. Enfermedad infecciosa muy grave, febril, caracterizada por síntomas nerviosos de estupor y por infección punteada roja que se presenta en el tronco.
15. Dios griego y romano de los oráculos, de la medicina, de la poesía, de las artes, de los rebaños, del día y del sol, y, por esta última particularidad llamado también a veces Febo.
17. Estar sin dormir el tiempo destinado de ordinario para el sueño.
18. Especie de bisonte, que vive en los montes del Cáucaso.
19. Causar, producir o hacer efecto una cosa.
21. El centro de nuestra sistema planetario.
22. Artículo.
23. Grande extensión de agua salada.
26. Acelerado, ligero y pronto en el movimiento.
28. Empléase para blanquear paredes y techos.
30. Andar por diversión o por hacer ejercicio o para tomar el aire.
32. Hacer cortaduras en la carne.
34. Copa grande de metal con baño de oro por dentro, en la que, puesta en el sagrario, se guarda el Santísimo Sacramento.
35. Emolumentos, obviaciones que corresponden a un destino o empleo.
36. Cubierta externa de las flores completas, casi siempre

verde y de la misma naturaleza de las hojas.

38. Parte del calzado que cubre el calcañar.
39. Conturba, sobresalta.
40. Nombre de mujer.

Verticales

1. Amó, tuvo cariño, voluntad o inclinación a una persona o cosa.
2. Pronombre demostrativo.
3. Igual o semejante totalmente.
4. Comparación, semejanza entre dos cosas.
5. No acertar.
- 5 bis. Tengo lugar o entrada.
6. Figura de una falsa deidad a que se da adoración.
8. Tratándose de chismes o enredos, promoverlos o levantarlos.
9. Anteojos con armadura que se afianza detrás de la oreja.
10. Aplicase a los batracios desprovistos de cola.
16. Trocito, por lo común circular, hecho de goma arábiga preparada en láminas y usado también para cerrar cartas.
17. Conductos por donde circulan los fluidos en los seres orgánicos.
20. Galicismo por "papel" que desempeña el actor en una obra dramática.
24. Minora, reduce a poco una cantidad.
25. Muchacho de corta edad.
26. Caminar de allá para acá.
27. Muchacho que ha llegado a la adolescencia.
28. Cañada larga por cuyo fondo corre algún río o arroyo.
29. Redondel de la plaza de toros.
31. Legislador de Atenas, uno de los siete sabios de Grecia.
33. Cierta baile popular andaluz.
37. Voz expresiva del sonido que hace un golpe, o del golpe mismo.
38. Superficie del rostro humano.

ANIMALES AMIGOS DE VIAJAR

UN animal interesante es el antilope o cabra salvaje que vive en el Africa Austral y que cada cuatro o cinco años emigra hacia el Sur.

El capitán Gordon Cumming cuenta que son verdaderamente extraordinarias las manadas de estos animales, pudiéndoseles comparar a las de las langostas. Lo mismo que éstas, destruyen en una noche las plantaciones de todo el año, de-



vorando todos los vegetales que encuentran a su paso.

El 28 de diciembre — dice el capitán — tuve por primera vez oportunidad de ver la emigración de estos curiosos animales. Dos horas antes de amanecer me despertó el ruido de los balidos de los antilopes; creí que se tratara de una tropa que pasaba cerca de mi campamento, pero cuando llegó el día ví toda la llanura literalmente cubierta por estos ani-

males que avanzaban lentamente. Bajaban del lado oeste por dos colinas, como si fuera un río y desaparecían al noroeste, detrás de una altura. Durante dos horas permanecí en mi coche, extasiado ante este asombroso espectáculo y durante todo ese tiempo los antilopes seguían pasando en masas compactas. Nunca, durante toda mi vida de cazador, me he encontrado en medio de semejante reunión de animales. A la noche siguiente, seguían caminando siempre en la misma dirección y su número, lejos de disminuir, parecía haber aumentado. Sería una tarea imposible tratar de calcular su número, pero creo poder decir que muchos centenares de miles estaban bajo el alcance de mis ojos.

Se cree que estos animales emprenden esos viajes huyendo de los pastos altos, que les impiden ver a sus enemigos.

"MASCARA BLANCA"

(Continuación de la pág. 33)

to, a soñar despierta con verdes lomas y montañas altas y soleadas, en que los pequeños babuinos parlotean día y noche.

Esa noche, a las diez, cuando ya Janice se desnudaba para introducirse en el lecho, llegó un cablegrama que la hizo empalidecer y temblar. No deja de ser significativo que la primera persona en quien pensó para que acudiese en su ayuda fuera Michael Quigley.

Pero al recurrir con mano temblorosa al teléfono para llamarlo, supo que Michael había salido de la redacción, respondiendo a una llamada urgente. Janice miró el reloj; eran entonces las diez y media. Cambió de intenciones en lo que respectaba a acostarse y empezó a vestirse diligentemente.

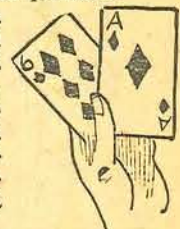
COMO HACERSE PRESTIDIGITADOR

Un cuatro volador



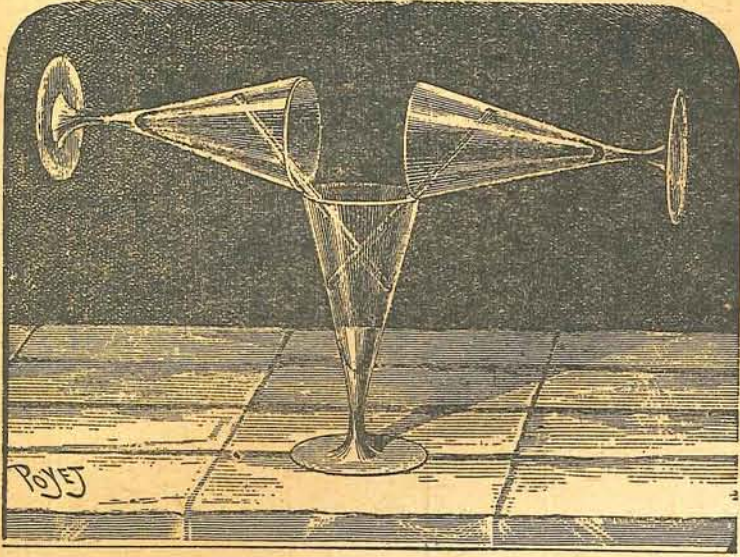
Para ejecutar esta prueba se necesitan, al parecer, tres naipes: un seis, un cuatro y un as. Cubra estos naipes, después de mostrarlos, con un pañuelo.

Al retirar a este último el cuatro habrá desaparecido, quedando sólo el seis y el as. Sin embargo, el pañuelo no ocultará nada.



El secreto consiste en cortar de antemano la punta de naipe en que se encuentre un número cuatro y colocarlo entre los dos, como si estuviera entero. Este pedacito será fácil de ocultar dentro del pañuelo o dejarlo caer al retirarlo.

TRES COPAS EN EQUILIBRIO



PROPIAMENTE hablando, no existe equilibrio alguno en la extraña colección de estas tres copas, puesto que están sostenidas gracias a unos palitos; mas, a pesar de todo, resulta una prueba espectacular. Para ello se eligió unos palitos más bien delgados o bien unas copas de color, lo que hará más impresionante la situación.

FLORES ARTIFICIALES DESINFECTANTES

ES sabido que las flores aromáticas, además de embellecer las habitaciones, purifican el aire, pues todo perfume posee propiedades desinfectantes. Pero hay sitios en que, por su ubicación geográfica o por una razón tan importante aunque menos trascendental, como es la falta de unas delicadas manos femeninas, es difícil si no imposible mantener un ramillete de flores frescas y perfumadas.

En muchos de estos sitios se

suple la deficiencia visual con un ramo de flores artificiales; pero éstas, si llegan a engañar la vista, no producen la desinfección de las flores naturales.

Por eso, entre los diferentes medios imaginados para purificar el aire en las habitaciones donde no es posible tener flores, sea por pulverización, sea por evaporación lenta de perfume por medio de recipientes abiertos, se destaca una combinación original, imaginada por un inventor para asegurar una evaporación continua y eficaz, a la vez que procurar un aspecto estético grato a la vista a ese recipiente.

La base de este invento la forma un compuesto químico de aldehído, una mezcla fenolada y un hidrocarburo, es decir, de productos que poseen las mejores propiedades insectífugas y purificadoras del aire. El líquido ocupa un pequeño frasco que afecta la forma de un florero y que está cerrado herméticamente por una tapa metálica.

Un tubo, que afecta la forma del tallo de una flor, permite la evaporación lenta y graduada del perfume así guardado, y la flor, por supuesto, completa la obra y sirve de evaporador. El líquido sube por capilaridad a lo largo del tubo y no tarda en embeber los pétalos de la flor. Y en poco tiempo emana ésta perfume en cantidad suficiente para impregnar, según el grado que se desee, el aire de la habitación. Y como la ascensión del perfume por el tallo artificial es graduada, esta flor también artificial tiene una indudable ventaja sobre la natural.

Los ensayos hechos en el Museo de Historia Natural de París han demostrado que esta pequeña y curiosa combinación es eficazísima. El perfume emanado por las flores artificiales, sin ser exótico para las personas y los animales domésticos, y sin destruir las valiosas pieles y tejidos allí conservados, fué suficiente para purificar el aire, siempre saturado de humedad y destruir los parásitos que lo frecuentan. —***

EL COLMO DE UN VENDEDOR

EL vendedor, después de haber ofrecido infinidad de artículos distintos a la clientela: —¿Puedo ofrecerle, señora, una trampa para lauchas?

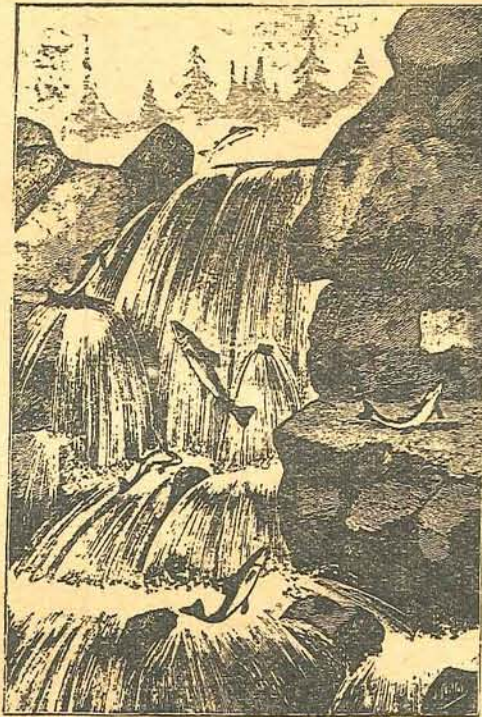
—No tengo nunca lauchas en mi casa.

—Eso no importa. Yo puedo proporcionarle unas cuantas a un precio muy ventajoso.

EL SALMON

EL salmón es un viajero incansable. Sus huevos son siempre depositados en agua dulce y los pequeños pecercillos que nacen de ellos no son por cierto nada bonitos, pues tienen un color gris obscuro en el lomo, con unas rayas transversales en los costados.

En un momento dado, estos pecercillos se transforman en esguines, es decir, que adoptan su traje de viaje, cubriéndose su cuerpo de un reflejo metálico. Hasta entonces vivían cada uno por su lado, pero una vez convertidos en esguines se reúnen — como una caravana de viajeros — y durante la primavera bajan los ríos en



bancos, hasta llegar a su desembocadura. El viaje no deja de tener sus peligros: los dientes terribles de sus enemigos, las redes de los pescadores, etc., pero para ellos estos obstáculos parecen ser placeres de viaje. Por fin el cardumen, algo diezmando, llega a la desembocadura del río, pero ellos, prudentemente, no se precipitan al mar, lo que podría ocasionarles mucho mal si lo hicieran de golpe, sino que se detienen durante dos o tres días para ir acostumbrándose a la diferencia del agua, y por fin desaparecen. ¿Qué sucede entonces? No se sabe. Los salmones desaparecen y los pescadores tratan entonces inútilmente de pescarlos. El agua salada parece serles necesaria para obtener una buena alimentación, pues está probado que si se les retiene en agua

dulce, su carne pierde su color y se hace blanda y sosa. El hecho es que después de siete u ocho semanas de permanencia en el mar, el salmón reaparece en la desembocadura del mismo río de donde salió, pero está tan cambiado que no se le reconocería, y así se explica que durante mucho tiempo se creyera que tratábase de otra clase de pez. Se ha hecho un gran número de experimentos, atando hilos en la cola de los esguines y largándolos en el río. Dos meses después se les veía volver en forma de salmones, siempre con su distintivo en la cola. Al irse al mar un esguín no pesa más de 200 ó 300 gramos, y al volver, su peso es de un kilo y medio o dos kilos.

Lo mismo que a la ida, los salmones se detienen unos días en la desembocadura del río antes de penetrar en él y luego emprenden el viaje guiados por los mayores, los que ya han hecho una vez ese mismo recorrido, a los que le siguen los menores.

Nada los detiene en esta subida. Si encuentran una red la rompen o pasan por encima de ella o por debajo, y cuando uno ha encontrado la manera de hacerlo, los otros lo siguen. Nadan cerca de la superficie del agua y como son muy numerosos y agitan el agua violentamente, hacen un ruido que se siente desde lejos. Cuando el tiempo está caliente y tormentoso nadan en el fondo del río, buscando la sombra de los árboles. Los cuerpos flotando en el agua y los colores vivos los asustan, obligándolos a veces a retroceder. Si la temperatura del río o calidad de agua les conviene, viajan lentamente, pero si quieren evitar una sensación incómoda o algún peligro, se precipitan con tal rapidez, que la vista no alcanza a seguirlos. Se ha observado que pueden recorrer, en el intervalo de una hora, casi diez leguas. Los salmones poseen una cola que les sirve de poderoso remo y es gracias a ella que están en condiciones de saltar, subiendo cascadas bastante elevadas. Apoyándose contra las piedras acercan a su boca la extremidad de la cola, sosteniendo su punta con los dientes y formando así una especie de resorte, gracias al cual dan un salto que llega a medir 4 ó 5 metros. Muchas veces vuelven a caer sin lograr su intento, pero insisten nuevamente en su maniobra hasta conseguirlo. Cuando los obstáculos son muy altos, los ribereños construyen unas escaleras, gracias a las cuales los salmones pueden seguir río arriba.

LA VIDA A 271 GRADOS BAJO CERO

CON el empleo de helio líquido para someter a una temperatura de 269 grados bajo cero algunos granos desecados en el vacío, M. Paul Becquerel, el notable investigador francés, demostró en 1923 que se puede suspender la vida del protoplasma de las células de un embrión sin provocar su muerte. Los ensayos más recientes, hechos sobre granos de polen por L. Mangin y J. Nohara, demuestran que en las condiciones normales a la temperatura ordinaria y en la obscuridad, las especies más resistentes no conservan su poder germinativo más de 70 a 80 días.

Empleando como deshidratante la barita cáustica, M. Becquerel ha desecado ahora progresivamente, para proseguir sus investigaciones, en una atmósfera despojada de toda traza de vapor de agua, granos de polen de tabaco habano. Luego, después de haber comprobado su poder germinativo al término de unos sesenta días, los ha colocado en pequeños tubos de vidrio, cerrados a la lámpara, donde los ha sometido al más riguroso vacío mensurable por medio de una bomba rotativa de Gaiffe, hasta llegar a una presión de diez milésimos de milímetros de mercurio. Los tubos así puestos al vacío fueron enviados en diciembre de 1928 al laboratorio de Heyde, del profesor de Haas, quien los mantuvo durante siete horas en helio líquido a una temperatura de 271 grados cen-

tigrados bajo cero. Vueltos al laboratorio de Poitiers, M. Becquerel los mantuvo, unos durante dos meses, otros durante siete, al aire seco, y luego los puso a germinar, comprobando que la temperatura más baja obtenible — que apenas difiere en 3 grados del cero absoluto — en nada altera el poder germinativo de los granos de polen.

No se puede admitir, en estas condiciones tan singulares, la existencia de una vida detenida, pues el protoplasma de las células adquiere una dureza comparable a la del granito y ha perdido el estado coloidal indispensable a los fenómenos físico-químicos de la asimilación y de la desasimilación. Esta observación ha planteado un nuevo problema de fisiología vegetal. —***

PROBLEMA RESUELTO

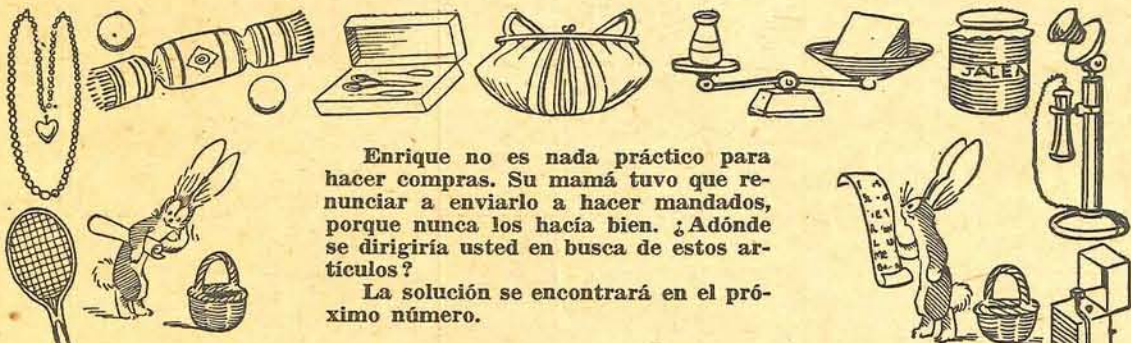
UN hombre que deseaba comprar una casa se entusiasmó con una que le convenía desde todo punto de vista, menos uno. Estaba situada en una colina con una vista admirable, pero el ferrocarril pasaba cerca de ella. El que se la ofrecía, empeñado en venderla, pero persona de conciencia, se creyó obligado a indicarle los inconvenientes que tenía.

—Los primeros días usted se sentirá incomodado por el ruido del ferrocarril...

—¡Eso no importa! —respondió el comprador entusiasmado.

—Ya arreglaré eso bien. Conirme los primeros días a dormir a casa de mi madre...

ENRIQUE EN LAS TIENDAS



Enrique no es nada práctico para hacer compras. Su mamá tuvo que renunciar a enviarlo a hacer mandados, porque nunca los hacía bien. ¿Adónde se dirigirá usted en busca de estos artículos?

La solución se encontrará en el próximo número.



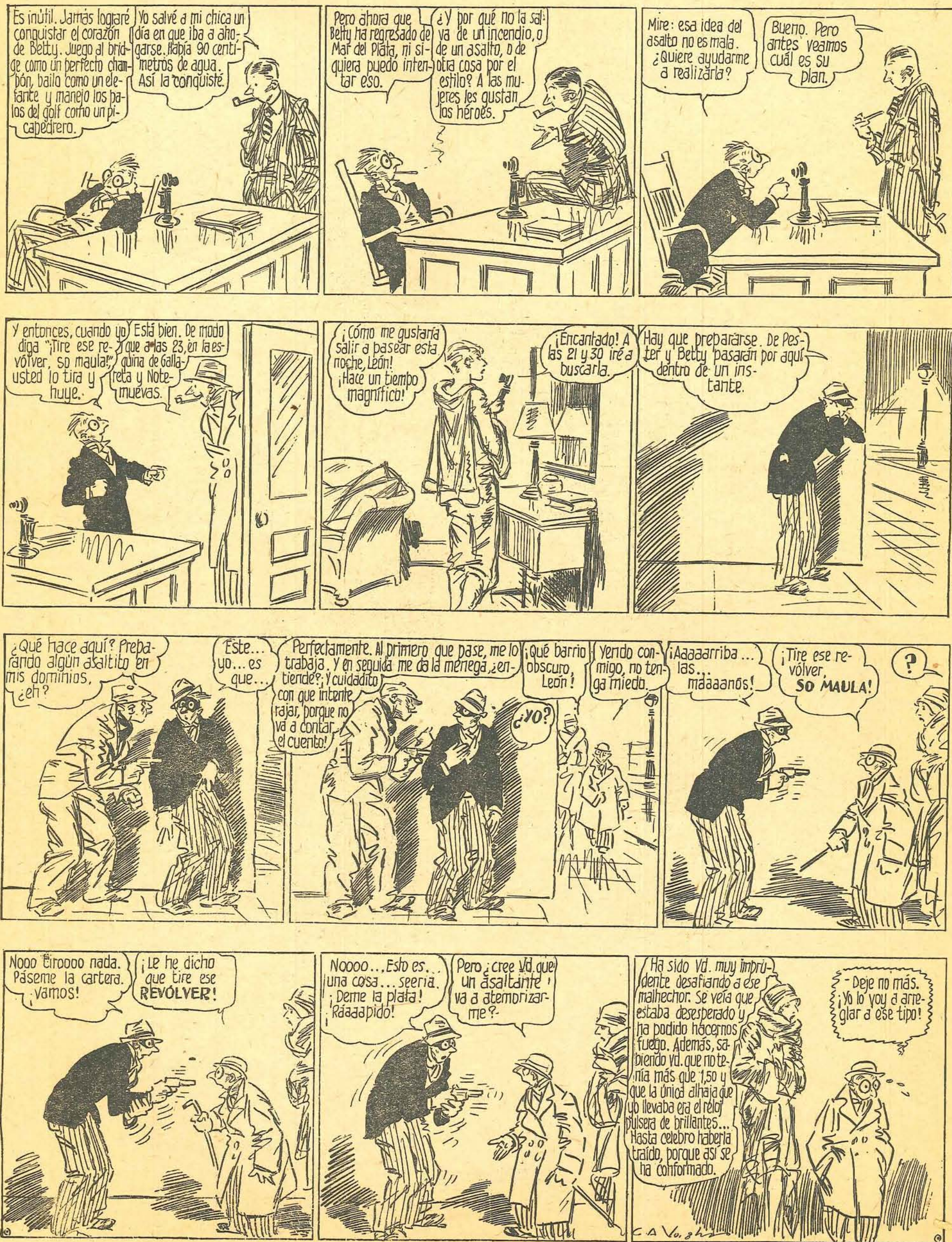
BETTY

© 1929 N.Y. TRIBUNE, INC.

por C.A.Voight

EL HEROE FRUSTRADO

(DERECHOS EXCLUSIVOS PARA LA ARGENTINA ADQUIRIDOS POR "LA NACION". CUALQUIERA OTRA REPRODUCCION DE ESTA HISTORIETA EN NUESTRO PAIS DEBE CONSIDERARSE ILEGITIMA).



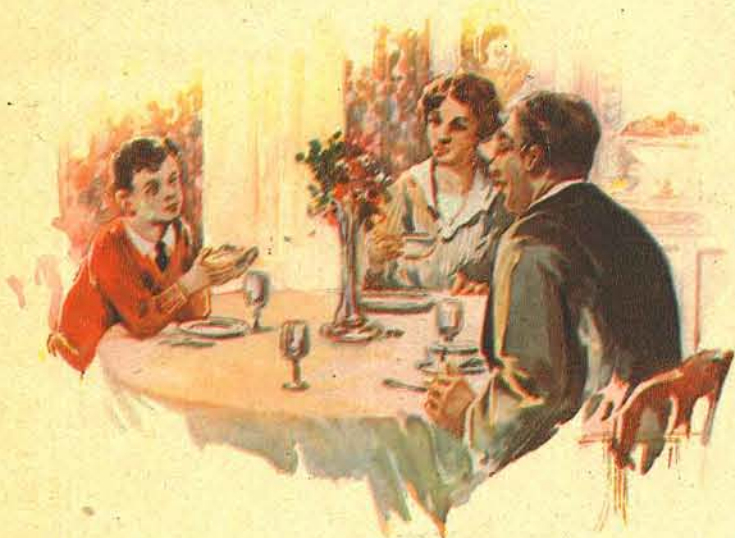
**Muchas personas
nos preguntan**

¿Qué es el Te del Hogar?



Sueño reparador

Si toma antes de acostarse una taza de Te del Hogar dormirá placida y tranquilamente; se despertará despejado y con un agradabilísimo sabor en la boca.



Por el buen camino

En todo el mundo se abandona cada vez más la mala costumbre de tomar café después de las comidas. La experiencia demuestra que nuestros antepasados tenían razón cuando terminaban sus comidas con una infusión de plantas y flores aromáticas, grandes entonadoras del estómago.

Contestamos:

El TE del HOGAR es la bebida racional e higiénica que todos, hombres y mujeres, grandes y chicos, deben tomar a diario, después de las comidas, para mantenerse en plena y equilibrada salud.

Tan feliz resultado se debe a las flores y plantas aromáticas que fundamentan la excelencia del TE del HOGAR con sus virtudes, tradicionalmente consagradas: *estomáticas*, por la menta, cedrón, manzanilla y anís; *diuréticas*, por la cola de caballo, estigmas de maíz, ulmaria; *antinerviosas*, por el tilo, violeta, flor de azahar.

Estas flores y plantas, cuidadosamente seleccionadas en los países de origen, forman un armonioso conjunto, indicadísimo para asegurar, a quienes las tomen a diario, en lugar de café y te común

**Digestiones Felices
Nervios en Calma
Sueño Reparador**

Las personas que toman TE del HOGAR notan complacidas, a los pocos días, una agradable sensación de bienestar y equilibrio orgánico que les hace amable la vida.

El TE del HOGAR se vende en toda la República a \$ 1.80 el tarro para 70 tazas. Poco más de dos centavos por taza.

Dep. Gral. para la República Argentina:
Lab. Salud - Sáenz Peña 1614 - Bs. Aires

Eso es el Te del Hogar

La bebida higiénica y saludable para después de las comidas

En la casa donde entra el Te del Hogar, desaparecen el te y el café comunes — tan perjudiciales — con gran satisfacción de todos y con ventaja para la salud de todos. Se prepara como el te común. Una cucharadita para cada taza.

*Mejor que el te y café comunes,
mucho más rico y más barato*

Tubo Medio \$ **0.70**



Tubo Grande \$ **1.70**

El más científico de los dentífricos

Así ha sido clasificado el "DUBARRY" por todos los doctores odontólogos que lo usan, al comprobar que, con el cepillo seco y en contacto con la saliva, "produce más rápidamente" la espuma cremosa y penetrante de la fórmula jabonosa que contiene, hecha a base de "manteca de cacao"

Esta espuma jamás da gusto a jabón y equilibra todos los otros componentes que limpian sin raspar. Su consistencia y mejores propiedades se debe a las esencias complementarias que son altamente antisépticas y desodorantes.

El dentífrico DUBARRY es el que "necesita menos" del cepillo, eliminando el riesgo de descarnar los dientes y retraer las encías.

Usado el DUBARRY con el cepillo seco o sin éste, "perlifica" la dentadura y deja la boca fresca y perfumada.

Sin cepillo

Gran desodorante y especialmente del cigarrillo.

Colocar un centímetro de la pasta—blanca o rosa—sobre los dientes, extenderla con la lengua sobre los mismos y las encías, dejar un instante y luego hacer buches con agua fría o tibia.

Perfumeria
Dubarry

FUNDADA EN 1903

Cualquier cepillo es bueno

si se usa el dentífrico DUBARRY, y su duración es mayor por cuanto es el que los desgasta menos.

